EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 31

EL FONDO DEL ALMA

(CUENTOS)

ADMINISTRACION
Calle de San Bernardo, 37, principal
MADRID

BIBLIOTECA DE LA MUJER

La importancia que desde mediados del siglo anterior va adquiriendo el destino de la mujer, y la agitacion que en favor de su cultura se advierte en los pueblos más civilizados, sugirió á Emilia Pardo Bazán la idea de publicar una Biblioteca donde tuviesen cabida cuantas obras pueden servir para completar el conocimiento científico, histórico y filosófico de la mujer en todas las épocas y en todas las literaturas.

TOMOS PUBLICADOS

1.—SECCIÓN RELIGIOSA.—*Vida de la Virgen María*, según la Venerable de Agreda. (La primera edición se halla agotada ya.)—**Tres pesetas.**

2.—SECCIÓN SOCIOLÓGICA.—*La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill.—**Tres pesetas.**

3.—SECCIÓN NOVELESCA.—*Novelas escogidas de doña María de Zayas*—**Tres pesetas.**

4.—SECCIÓN BIOGRÁFICA.—*Reinar en secreto (La Maintenón)*, por el Padre Marcier, de la Compañía de Jesús, con un estudio crítico de G. Merlet.—**Tres pesetas.**

5.—SECCIÓN HISTÓRICA.—*Historia de Isabel la Católica*, por el Barón de Nervo, y *Elogio de la misma Reina*, por D. Diego Clemencín.—**Tres pesetas.**

6.—SECCIÓN PEDAGÓGICA.—*La instrucción de la mujer cristiana*, por Juan Luis Vives, famoso polígrafo valenciano. — I. *Tratado de las Vírgenes.* — **Tres pesetas.**

7.—CRÍTICA.—*La Revolución y la Novela en Rusia*, por Emilia Pardo Bazán.—**Tres pesetas.**

8.—VIAJES. — *Mi Romería*, por Emilia Pardo Bazán.—**Dos pesetas.**

9.—*La mujer ante el socialismo*, por Augusto Bebel, jefe de los socialistas alemanes.—**Tres pesetas.**

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO 31

EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 31

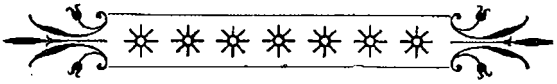
EL FONDO DEL ALMA

(CUENTOS)

ADMINISTRACION
Calle de San Bernardo, 37, principal
MADRID

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11.—Telef. 551



DEL TERRUÑO

I

El fondo del alma

EL día era radiante. Sobre las márgenes del río flotaba desde el amanecer una bruma sutil, argéntea, pronto bebida por el sol.

Y como el luminar iba picando más de lo justo, los expedicionarios tendieron los manteles bajo unos olmos, en cuyas ramas hicieron toldo con los abrigos de las señoras. Abriéronse las cestas, salieron á luz las provisiones, y se almorzó, ya bastante tarde, con el apetito alegre é indulgente que despiertan el aire libre, el ejercicio y el buen humor. Se hizo gasto del vinillo del país, de sidra achampañada, de licores, servidos con el café que un remero calentaba en la hornilla.

La jira se había arreglado en la tertulia de la registradora, entre exclamaciones de gozo de las señoritas y señoritos que disfrazaban con el juego de la lotería y otros igualmente inocentes,

inclinaciones del corazón no menos lícitas. Cada parejita de tórtolos vió en el proyecto de la excelente señora el agradable porvenir de un rato de expansión; paseo por el río, encantadores apartes entre las espesuras floridas de Penamoura. El más contento fué Cesáreo, el hijo del mayorazgo de Sanín, perdidamente enamorado de Candelita, la graciosa, la seductora sobrina del Arcipreste.

Aquel era un amor, ó no los hay en el mundo. No correspondido al principio, Cesáreo hizo mil extremos, al punto de enfermar seriamente: desarreglos nerviosos y gástricos, pérdida total del apetito y sueño, pasión de ánimo con vistas al suicidio. — Al fin se ablandó Candelita y las relaciones se establecieron, sobre la base de que el rico mayorazgo dejaba de oponerse y consentía en la boda á plazo corto, cuando Cesáreo se licenciase en derecho.—La muchacha no tenía un céntimo, pero... ¡ya que el muchacho se empeñaba! ¡Y con un empeño tan terco, tan insensato! «Allá él, señores...» Así dijo el mayorazgo á sus tertulianos y tresillistas, otros hidalgos viejos, que sonrieron aprobando, y hasta clamando «enhorabuena», fácilmente benévolos para lo que no les «llegaba al bolsillo...» Al cabo, ellos no habían de dar biberón á lo que naciese de la unión de Cesáreo y Candelita.

La felicidad del noviazgo la saboreó Cesáreo desatadamente. Loco estaba antes de rabia, y loco estaba ahora de júbilo; las contadas horas que no pasaba al lado de su novia, las dedicaba á escribirla cartas ó á componer versos de un

lirismo exaltado. En el pueblo no se recordaba caso igual: son allí los amorios plácidos, serenos, con algo de anticipada prosa casera entre las poesías del idilio. Envidiaron á Candelita las niñas casaderas, encubriendo con bromas el despecho de no ser amadas así: y cuando, al preguntarle chanceras qué hubiese sucedido si Candelita no le corresponde, contestaba Cesáreo rotundamente: «me moriría», las muchachas se mordían el labio inferior. ¡Qué tenía la tal Candelita más que las otras, vamos á ver...!

En la jira á Penamoura estuvo hasta imprudente, hasta descortés, el hijo del mayorazgo: de su proceder se murmuraba en los grupos. Todo tiene límite; era demasiada «cesta». Aquellos ojos que se comían á Candelita; aquellos oídos pendientes del eco de su voz; aquellos gestos de adoración á cada movimiento suyo... francamente, no se podían aguantar. Mientras la parejita se aislaba, adelantándose castañar arriba, á pretexto de coger moras, el sayo se cortó bien cumplido; sólo el viejo capitán retirado, don Vidal, que dirigía la excursión, opinó con bondad babosa que eran «cosas naturales», y que si él se volviese á sus veinticinco, atrás se dejaría en rendimiento y transporte á Cesáreo...

Habían decidido emprender el regreso á buena hora, porque, en otoño, sin avisar se echa encima la noche; pero ¡estaba tan hermoso el pradito orlado de espadañas! ¡Si casi parecía que acababan de comer! ¡Si no habían tenido tiempo de disfrutar la hermosura del campo! Da-

ba lástima irse... Además, tenían luna para la navegación.—Fué oscureciendo insensiblemente, y con la puesta del sol coincidió una niebla, suave y ligera al pronto, como la matinal, pero que no tardó en cerrarse, ya densa y pegajosa, impidiendo ver á dos pasos los objetos. Don Vidal refunfuñó entre dientes: «Mal pleito para embarcarse. Vararemos». Y ello es que no había otro recurso sino regresar á la villa...

Al acercarse á la barca los expedicionarios. no parecían ni patrón ni remeros. La registradora empezó á renegar: «¡Darles vino á esos zánganos! ¡Bien empleado nos está si nos amanece aquí!» Por fin, al cabo de media hora de gritos y búsqueda, se presentaron sofocados y tartajosos los remerillos. Del patrón no sabían nada. Se convino en que era inútil aguardar al muy borrachín; estaría hecho un cepo en alguna cueva del monte; y el remero más mozo, en voz baja, se lo confesó á Don Vidal. «Tiene para la noche toda. No da á pie ni á pierna.»

—«¿Sabéis vosotros patronear?», preguntó Cesáreo, algo alarmado. «Con la ayuda de Dios, saber sabemos», afirmaron humildemente. Se conformaron los expedicionarios, y momentos después la embarcación, á golpe de remo, se deslizaba lentamente por el río. Asía Don Vidal la caña del timón y guiaba, obedeciendo las indicaciones de los prácticos.

Hacía frío,—un frío sutil, pegajoso. La gente joven empezó á cantar tangos y cuplés de zarzuela. El boticario, para lucir su voz engolada, entonó después el «Spirto». Las señoras se arro-

paban estrechamente en sus chales y manteletas, porque la húmeda niebla calaba los huesos. Cesáreo, extendiendo su ancho impermeable, cobijaba á Candelita, y confundiendo las manos á favor de la oscuridad y del espeso tul gris que los aislaba, los novios iban en perfecto embeleso. «Nadie ha querido como yo en el mundo», susurraba el hijo del mayorazgo al oído de su amada. «Esto no es cariño, es delirio, es enfermedad. ¡Soy tan feliz! ¡Ojalá no lleguemos nunca!»

—¡Ciar, ciar, pateta!—gritó, despertándole de su éxtasis, la voz vinosa de un remero —¡Que vamos cara á las peñas! ¡Ciar!

Don Vidal quiso obedecer... Ya no era tiempo. La barca trepidó, crugió pavorosamente; cuantos en ella estaban fueron lanzados unos contra otros. La frente de Cesáreo chocó con la de Candelita. En el mismo instante empezó á sepultarse la barca. El agua entraba á borbollones y á torrentes por el roto y desfondado suelo. Ayes agónicos, deprecaciones á santos y vírgenes, se perdían entre el resuello del abismo que traga su presa. Era el río allí hondo y traidor, de impetuosa corriente. Ningún expedicionario sabía nadar, y se colaban apelotados en los abrigos y chales que los protegían contra la penetrante niebla, yéndose á pique rectos como pedruscos.

Aturdido por el primer sorbo helado, Cesáreo se rehizo, braceó instintivamente, salió á la superficie, se desembarazó á duras penas del impermeable, y exclamó con suprema angustia:

—¡Candela! ¡Candelita!

Del abismo negro del agua vió confusamente surgir una cara desencajada de horror, unos brazos rígidos que se agarraron á su cuello.

—¡No tengas miedo, hermosa! ¡Te salvo!

Y empezó á nadar con torpeza, á la desesperada. Sentía la corriente, rápida y furiosa, que le arrastraba, que podía más.

—Suelta... No te agarres... Echame sólo un brazo al cuello... Que nos vamos á fondo...

La respuesta fué la del miedo ciego, el movimiento del animal que se ahoga: Candelita apretó doble los brazos, paralizando todo esfuerzo, y por la mente de Cesáreo cruzó la idea:

—Moriremos juntos.

El peso de su amada le hundía, efectivamente; el abrazo era mortal. Se dejó ir; el agua le envolvió. Su espinilla tropezó con una piedra picuda, cubierta de finas algas fluviales. El dolor del choque determinó una reacción del instinto; ciegamente, sin saber cómo, rechazó aquel cuerpo adherido al suyo, desanudó los brazos inertes; de una patada enérgica volvió á salir á flote, y en pocas brazadas y pernadas de sobrehumana energía, arribó á la orilla fangosa, donde se afianzó, agarrándose á las ramas espesas de los salces. Miró alrededor: no comprendía. Chilló, desvariando, «¡Candelita! ¡Candela!» La sobrina del Arcipreste no podía responder: iba rio abajo, hacia el gran mar del olvido.

II

El Xeste

ALBOROZADOS soltaron los picos y las llanas, se estiraron, levantaron los brazos al cielo nubloso, del cual se escurría una llovizna menudísima y caladora, que poco á poco había encharcado el piso. Antes de descender, deslizándose rápidamente de espaldas por la luenga escala, cambiando comentarios y exclamaciones de gozo pueril. bromas de compañonaje, — las mismas bromas con que desde tiempo inmemorial se festeja semejante suceso. — uno, no diré el más ágil—todos eran ágiles,—sino el de mayor iniciativa, Matías, desdeñando las escaleras, se descolgó por los palos de los mechinales, corrió al añoso laurel, fondo del primer término del paisaje, cortó con su navaja una rama enorme, se la echó al hombro, y trepando, por la escalera esta vez, á causa del estorbo que la rama hacía, la izó hasta el último andamio y allí la soltó triunfalmente. Los de-

más la hincaron de pie en la argamasa fresca aún y el penacho del «xeste» quedó gallardeándose en el remate de la obra. Entonces, en tropel, empujándose, haciéndose cosquillas, bajaron todos.

Eran obreros,—no condenados, como los de la ciudad, á la eterna rueda de Ixión de un trabajo siempre el mismo.—Mestizos de cantero y labriego, en verano sentaban piedra, en invierno atendían á sus heredades. Organizados en cuadrilla, iban á donde les llamasen, prefiriendo la labor en el campo, porque en las aldeas ¡retoño! se vive más barato que en el pueblo, se ahorra casi todo el jornal, para llevarlo, bien guardado en una media de lana, á la mujer, y mercar el ternero y el cerdo y las gallinas y la ropa y la simiente del trigo y algún pedacillo de terruño. No sentían la punzada del ansia de gozar como los ricos, que asalta al obrero en los grandes centros; el contacto de la tierra les conservaba la sencillez, las aspiraciones limitadas del niño; disfrutaban de un inagotable buen humor, y la menor satisfacción material les transportaba de júbilo. Sus almas eran todavía las transparentes y venturosas almas de los villanos medioevales.

Se atropellaban por la escala sonando en los travesaños húmedos la madera de los zuecos, y ya abajo hacian cabriolas, despreciando la frialdad insinuante de la llovizna tristo y terca. ¿Qué importaba un poco de «friaje»? Ya se calentarían bien por dentro, con el mejor abrigo, el abrigo de Dios, que es la comida y la bebi-

da. Allá lejos divisaban el humo, corona de la chimenea de la casa señorial, y el montón de leña ardiendo que producía aquel humo les guisaba su cena, la cena solemne del «xeste», el banquete extraordinario ofrecido desde la primavera para el día en que terminasen las paredes del nuevo edificio. ¡Daba gusto tratar con señores, no con contratistas miserables! El «xeste» del contratista... sabido: un cuarterón de aguardiente, una libra de pan «reseso». ¡En el obsequio del señor se vería lo que es rumbo! El agua se les venía á la boca. Se miraron, se hicieron guiños, saboreando la proximidad del placer, en el cual pensaban á menudo ya desde el instante en que los peones abrieron la zanja de los cimientos.

Era temprano aún para que la cena estuviese lista, pero convinieron en dirigirse «cara allá» y Matías se ofreció á enjaretarse con cualquier pretexto en la cocina y adelantarles noticias del festín. Vistiéronse las chaquetas sobre las camisas mojadas, y la cuadrilla se puso en camino, zanqueando, aplastando la hierba sembrada de pálido aljófar. A pocos pasos de la casa, ante la tapia del huerto, se pararon, irresolutos; pero aquel enredante de Matías, como más despabilado, se fué muy serio hacia el abierto portón, lo cruzó, y al cabo de diez minutos volvió agitando las manos, bailando los piés. ¡Qué cena, recacho, qué convite! Aquello era lo nunca visto ni pensado. Unas cazuelas así... y que echaban un olido! ¡El vino en ollas, para sacarlo con el cacillo de la herrada; y has-

ta postres, arroz con leche, manzanas asadas con azúcar! ¡Y orden del señor de que podían entrar y calentarse á la lumbre mientras se acababa de alistar la comilona! Entrasen todos, canteros y peones, y el chiquillo carretón de los picos también... Matías, volviéndose algo contrariado, añadió:

—Tú no, Carracha... Tú, quédate...

Nadie protestó. Era un parásito esmirriado, un mendigo, que no formaba parte de la cuadrilla.

Sin fuerzas para trabajar, medio tísico, se pegaba á los canteros, y como no hay pobre que no pueda socorrer á otro, le daban corruscos de pan de maíz, restos de su frugal comida. Carracha padecía hambre crónica; para pedir limosna alegaba males del corazón, mil alifafes, pero su verdadera enfermedad, el origen de su consunción, era el no comer, el haber carecido de sustento desde la lactancia, pues estaba «seca» su madre... La cocinera de los señores no quería á Carracha de puertas adentro, en razón de que una vez faltó una cuchara de plata, coincidiendo con haber dado al mendigo sopas en escudilla de barro y con cuchara de palo. Carracha quedó excluído; ni en ocasión tan señalada había indulgencia para él. Se le obscureció el semblante demacrado, lo mismo que si lo envolviesen en negro tul. ¡No ver el comidón! Sólo con verlo, sin catarlo, imaginaba que se le calentaría la panza floja y huera. . La cuadrilla, con alegre egoísmo, reía de la decepción del infeliz, y, á empellones, se precipitaba aden-

tro, á aquel paraiso de la cocina... ¡Pues lo que es él, Carracha, no se movía de allí! Y se quedó fuera, hecho un can humilde...

A las siete en punto sacaban, humeantes, las grandes tazas de caldo de pote, y el señor se aparecía un momento, risueño, longánimo. «A comer, muchachos, á rebañarme bien esas tarteras; que no quede piltrafa; dénles cuanto necesiten... ¡Que nada les falte!» Desapareció, «para que comiesen con más libertad» y empezó el cuchareo, alrededor de la larga mesa de nogal bruñido por el uso. ¡Vaya un caldo, amigos, vaya un caldo de chupeta! Caldo lo comían diariamente los canteros: constituía su alimentación; pero era un agua chirle, unas patatas y unas berzas cocidas sin chiste ni gracia. Por real y medio diario de hospedaje, ¿qué manutención se le da á un cristiano, vamos á ver?

A este caldo no le faltaba requisito: su grasa, sus chorizos, su rabo, sus tajadas de carne... Y al elevar la cuchara á la boca, los canteros se estremecían de beatitud. Sólo en Nadal, y allá por Antruejo, y el día de la fiesta de la parroquia, les tocaba un caldo algo sabroso, ¿pero como este? ¡Los guisados de los señores tienen un sainete particular!—Cada cual despachó su tazón; muchos pidieron el segundo. Que viniese después gloria. No sería mejor que aquel caldo.—Y Matías, chistoso como siempre (¡condenado de Matías!) anunció á voz en cuello, jactándose:

—Yo, de cuanto venga, he de arrear tres raciones. Lo que coman tres, ¿oís? cómolo yo.

—No eres hombre para eso—observó flemáticamente Eiroa, el viejo asentador de piedra, siempre esquinado con Matías.

Y este, que acababa de echarse al coleto dos cacillos de vino seguidos, respondió con chunga y sorna:

—¿Que no soy hombre? Pues aventura algo tú... Aventúrame siquiera un peso de los que llevas en la faja.

Hubo una explosión de carcajadas, porque la avaricia de Eiroa era proverbial; ¡jamás pagaba aquel roña un vaso! Pero el asentador, echando á Matías una mirada de través, replicó, con igual tono sardónico:

—Bueno, pues se aventura¡retoño! Un peso te ganas ó un peso me gano. ¡Recacho, Dios!

¡Cerrada la apuesta! Los canteros patearon de satisfacción. ¡Cómo iban á divertirse! Eiroa, sin perder bocado, con la ojeada que tenía para notar si las piedras iban bien «de nivel»—se dedicó á vigilar á Matías. ¡No valen trampas!—Sí; en trampas estaba pensando Matías. A manera de corcel que siente el acicate, su estómago respondía al reto, abriéndose de par en par, acogiendo con fruición el delicioso lastre. Después de las tres tazas de caldo con tajada y otros apéndices, cayeron tres platos de bacalao á la vizcaina, de lamerse los dedos, según estaba blando, sin raspas, nadando en aceite, con el gustillo picón de los pimientos. Luego despojos de cerdo con habas «de manteca» y en pos la paella, ó lo que -uese: un arroz en punto, lleno de tropezones de tocino, que alter-

naban con otros de ternera frita; y los estipulados tres platos llenísimos, á «cogulo», fueron pasando—ya lentamente—por el tragadero de Matías. Sorbos continuos del rico tinto del Borde le ayudaban en la faena. Empezaba á sentir un profundo deseo de que el lance de la apuesta parase allí, de que no sirviese la cocinera más platos. La algazara de los compañeros le avisó: aparecía un nuevo manjar, tremendo; unas orondas, rubias, majestuosas empanadas de sardina. A Matías le pareció que eran piedras sillares, y que sentía su peso en mitad del pecho, oprimiéndole, deshaciéndole las costillas. Una ojeada burlona del asentador le devolvió ánimos. ¡Aunque reventara! Y, fanfarroneando, pidió media empanada para sí. Mejor que andar ración por ración. ¡Venga media empanada!—Un murmurio de asombro, halagador para su vanidad, corrió por la mesa. La cocinera reía, mirando con babosa ternura á aquel guapo muchacho de tan buen diente. Y le partió la empanada, dejándole el trozo mayor.

Principió á engullir despacio, auxiliándose con el tinto. Masticaba poderosamente, y la indigesta pasta descendía, descendía, revuelta con el craso y plateado cuerpo de las sardinas, con el encebollado y el tomate del pebre. Le dolían las mandíbulas, y hubo un momento en que lanzó un suspiro hondo, afanoso, y paseó por la cocina una mirada suplicante, de extravío. Eiroa soltó una pulla.

—¡No es hombre quien más lo parece!

—¡Recacho! ¡Eso quisieras! ¡Se gana el peso!

Y el cantero, con esfuerzo heróico, supremo, pasó el último bocado de empanada y tendió el plato para que se lo llenasen de lo que á la empanada seguía: el arroz con leche y canela, al cual acompañaban unas tortas de huevo y miel, tan infladas, que metían susto... A la vez que los postres sirvióse el aguardiente, una «caña» de Cuba, especial. ¡Qué regodeo, qué fiesta, qué multiplicidad de sensaciones voluptuosas, refinadas! La cuadrilla estaba en el quinto cielo; perdido ya del todó el respeto á la cocina de los señores, hablaban á gritos, reían, comentaban la colosal apuesta. El desfallecimiento de Matías era visible. ¿A que no colaban los tres platazos de arroz? ¡Bah! ¡A fuerza de caña! El cantero, moviendo la cabeza abotargada, hacía señas de que sí, de que colarían, y pasaba cucharadas, dolorosamente, como quien pasa un vomitivo.

Allá fuera, Carracha, el excluído, se pegaba á la pared, á fin de percibir olores, escuchar ruidos, participar con la exaltada imaginación del hartazgo. Sus narices se dilataban, sus fauces se colmaban de saliva. ¡Qué no diera él por verse á la vera del fogón! ¡Y cuánto duraba la comilona! Matías le había prometido traerle algo, la prueba, en un puchero... ¿Se acordaría?... A todo esto el agua menuda de antes, el frío «orvallo», iba convirtiéndose en lluvia seria, y el hambrón sentía sus miembros entumecidos y bajo sus piés unas suelas de plomo helado. Temblaba, pero no se iba, ¡quiá! El mastín de guarda le ladró dos ó tres veces, enseñándole

los dientes agudos, pero le conocía desde antes de aquello de la cuchara, y el ladrido fué sólo una especie de fórmula, cumplimiento de un deber.

¡Atención! ¿Qué clamor se alzaba de la cocina? ¿Reñían acaso? ¿Una desgracia? El hambriento vió que la puerta se abría con ímpetu, y salían disparados dos de la cuadrilla, hechos unos locos. ¡El médico! ¡El médico!... dijeron al pasar... Carracha notó que la puerta no se cerraba, y con su timidez canina, haciéndose el chiquito, se coló dentro, mascando el aire espeso, saturado de emanaciones de guisos sustanciosos y bebidas fuertes. Nadie le hizo caso. Rodeaban á Matías; le habían arrancado la chaqueta, desabrochado la camisa; le echaban agua por la cara, y su pelo negro, empapado, se pegaba al rostro violáceo por la fulminante congestión. Y el cantero no volvía en sí... ni volvió nunca. Según el médico, que llegó dos horas después—vivía á legua y media de allí—de la congestión podría salvársele, pero había sido lo peor que al hincharse los alimentos, el estómago de Matías se abrió y se rajó, como un saco más lleno que su cabida máxima...

—El Señor nos dé una muerte tan dichosa—repetía Carracha, sinceramente, pasándose la lengua por los labios y recordando el hartazgo que gozó en un rincón,—mientras todo el mundo se ocupaba de Matías.

III

Curado

Al salir el médico rural, bien arropado en su capote porque diluviaba; al afianzarle el estribo para que montase en su jaco, la mujerona lloraba como una Magdalena. ¡Ay de Dios, que tenían en la casa la muerte! ¡De qué valía tanta medicina, cuatro pesos gastados en cosas de la botica! ¡Y á más el otro peso en una misa al glorioso San Mamed, á ver si hacía un milagriño!

El enfermo, cada día á peor, á peor... Se abría á vómitos. No guardaba en el cuerpo migaja que le diesen; era una compasión haber cocido para eso la sustancia, haber retorcido el pescuezo á la gallina negra, tan hermosa, ¡con una enjundia! y haber comprado en Areal una libra entera de chocolate, ocho reales que embolsó el ladrón del *Bonito*, el del almacén...

Ende sanando, bien empleado todo... ¡vender la camisa...! ¡pero si fallecía; si ya no tenía ánimo ni de abrir los ojos...! ¡Y era el hijo mayor, el que trabajaba el lugar! ¡Los otros, unos rapaces que cabían bajo una cesta! ¡El padre, en América, sin escribir nunca! ¡Qué iba á ser de todos! ¡A los caminos, á pedir limosna!

Secándose las lágrimas con el dorso de la negra y callosa mano, la mujerona entró, cerró la cancilla, no sin arrojar una mirada de odio al médico, que indiferente se alejaba al trotecillo animado de su yegua. Estaban *arrendados* con él, según la costumbre aldeana, por un ferrado de trigo anual; no costaban nada sus visitas... pero ¡cata! ellos se hermanan con el boticario, recetan y recetan, cobran la mitad si cuadra... ¡todo robar, todo quitarle su pobreza al pobre! Y allí, sobre la artesa mugrienta, otro papel, otra recetiña, que sabe Dios lo que importaría, —además del viaje á Areal, rompiendo zapatos y mojándose hasta los huesos.

Lejos, en el fondo de la cocina, apenas alumbrada por una candileja de petróleo, se oía el fatigoso anhelar del enfermo y el hálito igual, dulce, de los tres niños echados en un mismo jergón de hojas de maíz. El fuego del lar aún ardía semiextinguido. Una sabandija corrió un instante por la pared y se ocultó en un resquicio, dejando la medrosa impresión de su culebreo fantástico, agigantado por la proyección de sombra. La vaca, en el establo, mugió insistente, llamando á su ternerillo; fuera aulló el perro. La mujerona, con movimiento de cólera,

agarró la receta y la echó á las brasas, donde se consumió trabajosamente el recio papel...

Quejóse el enfermo, con aquel quejido suyo, desgarrador, de rabia y náusea, y la madre, acercándose al cajón de tablas pegado al muro —el lecho aldeano,—se inclinó sobre el mozo y susurró á su oído:

—Calla, mi yalma, que ende amaneciendo voy por el mediquín, y te lo traigo, y te cura. ¡Como hay Dios que voy por él! ¡Ya no me pasa el médico esa puerta!

Era el supremo recurso, la postrer ilusión de todo labriego en aquella parroquia de Noan,—el curandero, el médico libre, sin título, que ejercía secretamente, acertando más ¡buena comparanza! que los otros pillos.—El mediquín no recetaba. Llevaba consigo, en el profundo bolso, tres ó cuatro frasquetes y papelitos doblados, unas gotas y unos polvos, y en el acto administraba lo preciso; no había que trotar hasta Areal, esperar los siete esperares en la botica, y después largar pesos al boticario, que el diaño cargue con él. Una peseta ó dos al mismo mediquín, y campantes; y el mozo, antes de una semana, sachando en la heredad.

Aún no blanqueaba el alba, anunciándola tan sólo vago reflejo cárdeno hacia el bosque,—cuando salió la mujerona, rebujada la cabeza en su *mantelo* de burel, haciendo saltar barro líquido ¡flac! ¡flac! de los charcos, al hincar en ellos las enormes zuecas. Cuando volvió, acompañada del curandero, que renegaba del tiempo—¡vaya una invernía, vaya un perro llover!—á la

puerta de la choza la esperaba el mayor de los pequeños, Juaniño, asustado, descalzo, manoteando.

—¡Señora madre..., que Augenio está al cabo! ¡Que ya no atiende cuando le gritan!

La mujerona y el curandero se precipitaron; el interior de la choza parecía tenebroso á quien venía del exterior, de la claridad que ya empezaba á derramar un mustio amanecer de Noviembre,—y el mediquín encendió cerillas, y á la intermitente luz examinó al moribundo. Un gemido horrible, lento, rumiado, por decirlo así, salió de la fétida cama.

—¡Ay Virgen de la Guía! ¡Ay San Mamed!—clamó la madre.—¡Es el estortor! ¡Está gunizando!

—No, mujer, no; calle, no se desdiche, que va á descansar.

La voz del curandero fué como un conjuro. El gemido se atenuó. Por la única ventana de la choza entró un rayo dorado del sol naciente. Los tres chicuelos, asombrados y respetuosos, permanecían de pie, mal despiertos, enredados los rubios rizos, sofocados aún los carrillos, metido el índice en la boca. Esperaban el milagro que iba á realizarse, y sus almitas cándidas y nuevas se entreabrían para acoger el rocío de lo maravilloso. ¡Aquel señor regordecho, de gabán de paño azul y gorra de cuadros verdes, podía curar á Eugenio! ¿Cómo, de qué manera? Por *una virtud*... Eso, por una virtud... El caso es que iba á curarle. Eugenio no gemiría más; no tendría aquellas ansias tan

grandísimas; cerraría los ojos y dormiría como un santo bendito.

El curandero, entretanto, sacaba del bolso uno de sus frasquetes no rotulados, lo miraba un instante al trasluz, enderezaba el cuentagotas, pedía agua, que le traían en un cuenco de barro, dosificaba, y cuenco en mano, volvía á llegarse al lecho... Con un brazo pasado alrededor del cuello del moribundo, le hacía beber, beber... ¡Asombroso caso! El mozo bebía y guardaba lo bebido... Cruzó las manos la madre, deshaciéndose en bendiciones. El curandero dejó suavemente sobre la almohada de follato la cabeza de revueltas greñas, de cara demacrada, color de arcilla. Una imperceptible sonrisa, una ráfaga de paz, de bienestar, sosegaron un momento la dolorosa faz atormentada del enfermo.

—¿Te va bien, yalma?—preguntó embelesada la mujerona.

—Sí, señora... muy bien...—respondió él dulcemente.

Del pico de un pañuelo salieron tres pesetas, que el curandero, al retirarse, guardó en el ancho bolsón de su abrigo; el precio de la visita y de la pócima. Los pequeñuelos permanecían absortos. ¡Eugenio no se quejaba ya! ¡Le veían así... dormido, tan sereno... respirando maino, á modo del aire entre el trigal! ¡Como un santo, un santo bendito!

Ni se enteraron de que, hacia el mediodía, aquel ligero susurro cesó... La madre, al acercarse para administrarle otra dosis de la medi-

cina milagrosa, tocó algo ya frío, rígido: un cuerpo inerte. Alzó estridente alarido. Se mesó las canas á puñados; se clavó las uñas en el pergamino del rostro... y Juaniño, consolándola, cogiéndose á su zagalejo remendado, repetía:

—No se apure, señora... Voy por el curandero... Calle, que se lo traigo ahora mismo...

IV

Consuelos

María Vicenta, la costurera, alzó la cabeza, que tenía caída sobre el pecho, y momentáneamente llevó sus hinchados y extraviados os ojos hacia la puerta de entrada. Se oía ruido. Era que traían la caja comprada en Areal, y Selme, el cantero, que se había encargado de la adquisición, la depositaba en el suelo, refunfuñando:

—Veintitrés reales... Ni una condenada perra menos... Es de las superiores, bien pintada...

En efecto, el cajón, donde iban á guardar para siempre al niño de María Vicenta— lucía simétricas listas azules sobre fondo blanco, é interiormente un forro chillón de percalina rosa. No se hacía en Areal nada más elegante. Con extrañeza notó Selme que la costurera no admiraba el pequeño féretro. Acababa de fijar ahincadamente la vista en el jergón donde re-

posaba el cuerpecito, amortajado con el traje de los días de fiesta y la marmota de lana blanca y moños de colores. Sobre la cara diminuta, pálida, se veían manchas amoratadas, señales de besos furiosos.

Selme se creyó en el caso de repetir y ampliar su relación.

—Vengo cansado como un raposo. De Areal aquí hay la carreriña de un can. No me paré á resollar ni tan siquiera un menuto, porque te corría prisa la caja, mujer. Decíame Ramón el de la taberna: «Hombre, echa un vaso, que un vaso en un estante se echa.» Pero ni eso, diaño. Ya sabrás que sólo me diste dazaocho reales. Cinco los puse yo de mi dinero...

Incorporóse María Vicenta, andando como un autómata; fué al cajón de su máquina de coser, y de entre carretes revueltos y retales de indiana arrugados, sacó un envoltorio de papel que contenía calderilla.

—Ahí tienes—dijo de un modo inexpresivo al cantero.

Selme desdobló el papel y contó escrupulosamente la suma. Sobraban unas perras; las devolvió, echándolas en el regazo de la costurera, que había vuelto á sentarse.

—Aún es de más, mujer... Apaña esos cuartos, que falta te harán... Y ¡qué carala! vuelve por tí, que ese no es modo ni manera. A mí se me llevó Dios á cuatro rapaces y para esos menos tengo que trabajar. Anda, que moza eres, y cuando vuelva tu mozo de servir al rey y casedes, verás... ¡A fellas que los chiquillos

nácente y médrante más pronto que los carballos!

—Selme—respondió la costurera con la misma frialdad—coge ahí de la lacena una botella que hay mediada y echarás un vaso.

No hubo que decirlo dos veces. Mientras Selme revolvía la alacena, fueron entrando comadres y mocitas aldeanas, porque ya sabían el regreso del cantero con el ataud acuestas, y las picaba curiosidad de ver la caja bonita, un objeto de lujo. La señora Antonia, la viuda, tenía á su cargo el pésame y la oratoria consoladora, por ser la más suelta de lengua y de mejor explicación entre todas las viejas de la parroquia de Boiro. ¡Como que hasta sabía improvisar coplas!

—María Vicentiña, prenda de mi corazón... —exclamó la comadre abrazando á la costurera.—Echa cohetes, que hoy le envías á Nuestro Señor del cielo divino un ánguele. Dios está alegre, Nuestra Señora está alegre, el bendito San Antón está que hasta pega gargalladas, y los demás anguelitos... todo se les vuelve cantar como locos. Llega allá, á los cielos divinos, tu neno, y lo reciben con violines, panderetas, conchas, gaita... ¡A fellas que oigo la música! ¡Dichoso dél! ¡En una caja así, tan preciosa, nos hubiesen llevado á nosotras, enfelices, que nos hemos pasado la vida sudando para ganar el triste comer! A tu neno ahora le regala rosquillas la Virguen, y San Antón le está poniendo una ropa toda de oro, y de plata, y de pelras, con unos fleques colorados... ¡Mujer,

boba, María Vicentiña, alevántate, quita esas manos de la cara, no seas desagradecida con el Señor, que tanto bien te hizo!

La costurera se levantó extendiendo los brazos para rechazar á la consoladora. Involuntariamente la despidió contra la pared. Silenciosa, avanzó hacia el jergón donde yacía el cuerpo—pero lo rodeaban las mocitas, admirando la gorra de moños y el traje con tiras bordadas.—¡Cuanta majeza! Por algo María Vicenta tenía aquella habilidad y aquellos dedos primorosos...

—¡Apartar, apartar!—mandó la madre sin esforzar la voz; y las rapazas se desviaron, estremecidas sin saber por qué... María Vicenta se echó al suelo, pegó el rostro al de su hijo, y así permaneció un rato largo, sin llorar, sin moverse, cual si se hubiese dormido. Por fin la llamaron, la sacudieron, gritaron á su alrededor:

—¡Los señores amos! ¡María Vicenta! ¡Erguete! ¡Están ahí los señores amos!

Rígida, muda, se levantó la costurera mostrando respeto. Eran, en efecto, los señores, los propietarios de su humilde casa, los que la daban costura, la enseñaban á trabajar, la protegían bondadosamente. Eran los amos de la aldea, los dueños de la quinta; un caballero de barba gris, una dama cuarentona, muy retocada, de traje de percal incrustado de entredoses, sombrero y sombrilla de encaje negro. La pareja se aproximó á María Vicenta y la interpeló con dulzura:

—¡Sea todo por Dios! ¡Al fin se te murió la criaturita...!—dijo la dama.—En cuanto supe yo

que tenía convulsiones, ¡cosa perdida! Así se nos quedó muerto un sobrinito monísimo, que era mi encanto... Tranquilízate tú ahora, María Vicenta, que como estabas criando puede arrebatársete la leche á la cabeza, y eso es muy serio. ¿Por qué no te vienes allá así que... en cuanto... «no tengas nada que hacer aquí?» Te pondremos la cama en el cuarto que cae á la carretera... Te distraerás con los compañeros en la cocina...

No hubo respuesta. La costurera, inmóvil, quizás ni escuchaba el murmullo sedoso y blando de las consoladoras frases. La señora, entonces, la cogió suavemente por un brazo, la arrinconó, y la secreteó algo más personal y directo.

—Es preciso ser razonable, María Vicenta. Ya sabes que te hemos amparado en tu... «desgracia». Nada te ha faltado, ¿verdad? Ni asistencia, ni caldo, ni ropita para el nene... Ya ves, podríamos ser como otros, que en casos así despiden á las muchachas... Hasta el día antes de tu apuro, has cosido en casa, has tenido buena comida, que en tu «estado»... Después, lo mismo. Te llevaban el chico, le dabas de mamar; nadie te ha dicho una palabra desagradable. ¿Es cierto? Pues hija, cuando Dios dispone lo que dispone... por algo será. ¿No se te ha ocurrido que puede ser un castigo de... de tu... ligereza? Recíbelo así: á título de castigo. Ten paciencia. A serenarse, y á vivir mejor desde ahora. ¿Eh? Aunque vuelva... «ese», tu amigo de antes... como si no existiera. Y si te persigue, le respondes:—«No me propongas picardías... Soy la

madre de un ángel».—¡Si hoy debías estar más contenta! ¡Debías reir! Con que ¿te vienes allá? Sin coser, por supuesto, en unos días... á distraerte...

La madre del ángel hizo con la cabeza signos negativos y trató de volverse hacía la pared. Las mocitas habían aprovechado la ocasión para meter el cuerpo en la caja. Selme la cerró y la tomó acuestas; ya pesaba doble, pero á bien que hasta el camposanto el viaje era corto. Formadas en fila, las mujeres siguieron al cantero, y apenas fuera de la casa, alzaron las voces, el griterío obligado en todo entierro de aldea, lúgubre cuando acompañan á un adulto, regocijado cuando se trata de un niño. Aquellos clamores despertaron á María Vicenta..

Pegó un salto de fiera y se abalanzó al jergón. No quedaba en él sino la depresión leve marcando el sitio del cuerpo. Un alarido ronco, profundo, como de animal herido, salió de la garganta de María Vicenta, al desplomarse al suelo con el ataque de nervios. Se retorcía, se golpeaba, rugía... y también se reía, sí. Cumplía la consigna de reirse, con risa violenta, inextinguible, terminada, á cada acceso, en sollozos. El caballero y la dama se miraron, apurados, confusos. ¡Qué terquedad! ¿Pues no habían hecho todo lo posible para consolarla?

V

Leliña

SIEMPRE que salían los esposos en su cesta, tirada por jacas del país, á entretener un poco las largas tardes de primavera en el campo, encontraban, junto al mismo matorral formado por una maraña de saucos en flor, á la misma mujer de ridículo aspecto. Era un accidente del camino, cepo ó piedra, el hito que señala una demarcación ó el crucero cubierto de líquenes y menudas parasitarias. Manolo sonreía y pegaba suave codazo á Fanny. «Ya pareció tu Leliña... ¡Qué fea, qué avechucho! En este momento el sol la hiere de frente... Fíjate».

La mayordoma les había referido la historia de aquella mujer. ¿La historia? En realidad no cabe tener menos historia que Leliña. Sin familia, como los hongos, dormía en cobertizos y pajares—¡á veces en los cubiles y cuadras del ganado!—y comía... si la daban «un bien de caridad».

Sin embargo, no mendigaba. Para mendigar se requiere conciencia de la necesidad, nociones de previsión, maña ó arte en pedir... y Leliña ni sospechaba todo eso. ¿Cómo había de sospecharlo, si era idiota desde el nacer, tonta, boba, lela, «leliña»? ¡Ella pedir!

Un can pide meneando la cola; un pájaro ronda las migajas á saltitos... Leliña ni aún eso; como no la pusiesen delante la escudilla de bazofia, allí se moriría de hambre.

Inútil socorrerla con dinero; á la manera que su abierta boca de imbécil dejaba fluir la saliva por los dos cantos, de sus manazas gordas, color de ocre, se escapaban las monedas, yendo á rodar al polvo, á perderse entre la espesa hierba trigal. Manolo y Fanny lo sabían, porque, al principio, acostumbraban lanzar al regazo de la tonta pesetas relucientes... Ahora preferían atenderla de otro modo: con ropa y alimento. El pañuelo de percal amarillo, el pañolón anaranjado de lana, el zagalejo azul de Leliña, se lo habían regalado los esposos. ¡Cosa curiosa! Leliña, indiferente á la comida, gruñó de satisfacción viéndose trajeada de nuevo. Una sonrisa iluminó su faz inexpresiva, al ponerse, en vez de sus andrajos, las prendas de esos matices vivos, chillones, por los cuales se pirran las aldeanas de las Mariñas de Betanzos, el más pintoresco rincón del mundo.

—¡Hembra al fin!...—fué el comentario de Manolo...

—¡Pobrecilla!—exclamó Fanny.—¡Me alegro de que la gusten sus galas!...

Fanny ansiaba hacer algo bueno; tenía el alma impregnada de una compasión morbosa, originada por la íntima tristeza de su esterilidad. Diez años de matrimonio sin sucesión, el dictamen pesimista de los ginecólogos más afamados de Madrid y París, pesaban sobre sus tenaces ilusiones maternales. «Ensayen ustedes una vida muy higiénica, aire libre, comida sana...» les ordenó, por ordenarles algo, el último doctor á quien acudieron en consulta.—Y se agarraron al clavo ardiendo de la rusticación, método que si no les traía el heredero suspirado, al menos debía proporcionarles calma y paz.—Pero en medio de la naturaleza remozada, germinadora, florida, despierta ya bajo las caricias solares, la nostalgia de los esposos revistió caracteres agudos; se convirtió en honda pena. Fanny no contenía las lágrimas cuando encontraba á una criatura. ¡Y en la aldea mariñana cuidado si pululaban los chiquillos! A la puerta de las casucas, remangada la camisa sobre el barrigón, revolcándose entre el estiércol del «curro», llevando á pastar la vaca, tirando peladillas á los cerezos ó agarrándose al juego trasero del coche y voceando: ¡Tralla atrás...;! en el atrio de la iglesia, á la salida de misa, con un dedo en la boca, en la romería comiendo galletas duras, en la playa del vecino pueblecito de Areal escarabajeando al través de las redes tendidas á manera de cangrejillos vivaces... no se hallaba otra cosa: cabezas rubias, ensortijadas, que serían ideales si conociesen el peine; cabezas pelinegras, carnes sucias y rosadas, chiqui-

llería, chiquillería... «Los pobres, señorita, cargamos de hijos... Es como la sardina, que cuanta más apañamos, más cría el mar de Nuestro Señor...»—decía á Fanny una pescadora de Areal, la Camarona, madre de ocho rapaces, ocho manzanas por lo frescos... La dama torcía el rostro para ocultar al esposo la humedad que vidriaba sus pupilas, y allá dentro, dentro del corazón, elevaba al cielo una oferta. Quería realizar algo que fuese agradable al poder que reparte niños, que fertiliza ó seca las entrañas de las mujeres. No permitiría ella aquel invierno que la idiota, la mísera Leliña, tiritase en la cuneta encharcada y helada; apenas soplase una ráfaga de cierzo, recogería á la inocente, dándola sustento y abrigo, y la Providencia, en premio, cuajaría en carne y sangre su honesto amor conyugal... Por eso—al divisar á Leliña cuando cruzaban al pie del enredijo de saucos en flor—Manolo, confidencialmente, empujaba el codo de Fanny, y una esperanza loca, mística, ensoñadora, animaba un instante á los dos esposos. La idiota no les hacía caso. Ellos, en cambio, la contemplaban, se volvían para mirarla otra vez desde la revuelta. Les pertenecía; por aquel hilo tirarían de la misericordia de Dios.

Fué Manolo el primero que advirtió que los cocheros se reían y se hacían un guiño al pasar ante la idiota, y les reprendió con enojo.

—¿Qué es eso? ¡Bonita diversión, mofarse de una pobre! ¡Cuidadito! ¡No lo toleraré!

—Señorito...—barbotó el cochero, que era antiguo en la casa y tenía fueros de confianza.—

Si es que... ¿No sabe el señorito...?—Y puso las jacas al paso, casi las paró.

—¿Qué tengo de saber? Porque sea lela esa desdichada, no debéis vosotros...

—Pero, señorito... ¡Si es que ya corre por toda la aldea!...

—¿Qué diantres es lo que corre?

—Que, perdone la señorita, Leliña está...

Un ademán completó la frase; Fanny y Manolo se quedaron fríos, paralizados, igual que si hubiesen sufrido inmensa decepción. La señora, después de palidecer de sorpresa, sintió que la vergüenza de la idiota la encendía las mejillas, á ella, que había proyectado redimirla y salvarla. Bajó la frente, cruzó las manos, hizo un gesto de amargura.

—Eso debe de ser mentira—exclamaba Manolo furioso.—¡Si no se comprende! ¡Si no cabe en cabeza humana!... ¡La idiota! ¡La lela! Digo que no y que no...

Marido y mujer, entre el ruido de las ruedas y el tilinteo de los cascabeles de las jacas, que volvían á trotar, examinaron probabilidades, dieron vueltas al extraño caso... ¡Vamos, Leliña ni aun tenía figura humana! ¿Y su edad? ¿Qué años habian pasado sobre su testa greñosa, vacía, sin luz ni pensamiento? ¿Treinta? ¿Cincuenta? Su cara era una pella de barro, su cuerpo un saco, sus piernas dos troncos de pino, negruzcos, con resquebrajaduras... ¡Leliña!... ¡Qué asco! Y al volver de paseo, envueltos ya en la dulce luz crepuscular de una tarde radiosa, viendo á derecha é izquierda cubiertas de ve-

getación y florecillas los linderos, respirando el olor fecundo, penetrante, que derraman los blancos ramilletes del «vieiteiro», y á Leliña ni triste ni alegre, indiferente, inmóvil en su sitio acostumbrado, Manolo murmuró, con mezcla indefinible de ironía y cólera:

—¡Como la tierra!...

Fanny, súbitamente deprimida, llena de melancolía, repitió:

—¡Como la tierra!...

No hablaron más del proyecto de recoger á la idiota. Ya era distinto... ¿Quién pensaba en eso? Preguntaron á derecha é izquierda, poseídos de curiosidad malsana, sin lograr satisfacerla. ¿El culpable del desaguisado? ¡Asús, asús! Nadie lo sabía, y Leliña de seguro era quien menos. No sería hombre de la parroquia, no sería cristiano; algún licenciado de presidio que va de paso, algún «húngaro» de esos que vienen remendando calderos y sartenes... ¡Qué pecado tan grande! ¡Hacer burla de la inocente! El que fuese, ¡asús! había ganado el infierno...

El verano transcurrió lento, aburrido; comenzaron á rojear las hojas, y Fanny y Manolo, al acercarse á los saucos, donde ahora el fruto, los granitos verdosos, se oscurecían con la madurez, volvían el rostro por no mirar á Leliña. De reojo la adivinaban, quieta, en su lugar. Un día Fanny, girando el cuerpo de repente, apretó el brazo de su marido, emocionada;

—¡Leliña no está! ¡No está, Manolo!

Cruzaron una ojeada, entendiéndose. No añadieron palabra y permanecieron silenciosos

todo el tiempo que el paseo duró. Durmieron con agitado sueño. Tampoco estaba Leliña á la tarde siguiente. Más de ocho días tardó la idiota en reaparecer. Antes aún de llegar al grupo de saucos, Fanny se estremeció.

—Tiene el niño—murmuró, oprimida por una aflicción aguda, violenta.

—Sí que lo tiene...—balbuceó Manolo—y le da el pecho, ¿no es increíble?

Abierto el ya haraposo pañolón de lana, recostada sobre el ribazo, colgantes los descalzos pies deformes, la idiota amamantaba á su hijo, agasajándole con la falda del zagalejo, sin cuidarse de la humedad que la entumecía los muslos.

—¡Si hoy parece una mujer como las demás! —observó Manolo, admirado.

Fanny no contestó; de pronto sacó el pañuelo y ahogó con él sollozos histéricos, entrecortados, que acabaron en estremecedora risa.

—Calla... calla... Déjame .. No me consueles... ¡No hay consuelo para mí! Ella con su niño... ¡Yo, nunca, nunca!—repetía, mordiendo el pañuelo, desgarrándolo con los dientes, á carcajadas.

El esposo se alzó en el asiento, y gritó:

—Den la vuelta... A casa, á escape... ¡Se ha puesto enferma la señora!

VI

Cuesta abajo

A la feria caminaban los dos, él llevando de la cuerda á la pareja de bueyes rojos, ella guiando con una varita de «vimio», larga y flexible, á cinco rosados lechones.—No se conocían; viéronse por primera vez cuando, al detenerse él á resollar y echar una copa en la taberna de la cima de la cuesta, ella le alcanzó y se paró á mirarle.

Y si decimos la verdad pura, á quien la zagala miraba no era al zagal, sino al ganado. ¡Vaya un par de bueyes, San Antón los bendiga! A la claridad del sol, que comenzaba á subir por los cielos, el pelaje rubio de los pacíficos animales relucía como el cobre bruñido de la calderilla nueva; de tan gordos, reventaban, y el sudor les humedecía el anca robusta. Fatigados por las acometidas de alguna madrugadora mosca, se azotaban los flancos, lentamente, con la cola poblada. La zagala, en un arranque de

simpatía, abandonó á sus gorrinos, se llegó á uno de los castaños que sombreaban la carretera, sacó del seno la navajilla, y cortó una rama, con la cual azotó los morros de los bueyes mosqueados. El zagal, entretanto, corría tras un lechón que acababa de huir, asustado por los ladridos del mastín de la taberna.

—¿D'onde eres?—preguntó él, así que logró antecoger al marranito.—Antes que el nombre, en la aldea se inquiere la parroquia; luego, los padres.

—De Santa Gueda de Marbián. ¿Y tú?

—De Las Morlas.

—¿Cara á Areal?

—Sí, mujer. Soy el hijo del tío Santiago, el cohetero.

—Yo soy nieta de la tía Margarida de Leite.

—¡Por muchos años!—exclamó el zagal lleno de cortesía rústica.—¿Cómo te llamas, rapaza?

—Margaridiña.

—Yo, Esteban. ¿Vas á la feria, mujer?—añadió, aunque comprendía que la pregunta estaba de más.

—Por sabido. A vender esta pobreza. Tú si que llevas cosa guapa, rapaz. ¡Dos bueis! Dios los libre de la mala envidia, amen.

El zagal, lisonjeado, acarició el testuz de los animales, murmurando enfáticamente:

—Mil y trescientas pesetas han de arrear por ellos los del barco inglés, y si no... pie ante pie tornan á casa. ¡Los bueyes del cohetero de las Morlas... no se pasean otros mejores mozos por toda la Mariña!

—Mira no te den un susto en el camino cuando tornes con el dinero—indicó solícita Margarida...—Hay hombres muy pillos. Andan voces de una gavilla. Yo tornaré temprano, antes que se meta la noche. ¡La Vírgen nos valga!

Esteban contempló un instante á la miedosa. Era una rapaza fornida, morena como el pan de centeno; entre el tono melado de la tez resplandecían los dientes, semejantes á las blancas guijas pulidas y cristalinas que el mar arroja á la playa; los ojos, negros y dulces, maliciosos, reían siempre.

—Ende tornando yo contigo, asosiégate—exclamó Esteban, fanfarroneando.—Tengo mi buena navaja y mi buen «revolvér» de seis tiros. Vengan dos, vengan cuatro ladrones, vengan, aunque sea un ciento. ¡Soy hombre para ellos! ¡Conmigo no pueden!

A su vez, la mocita miró al paladín. Esteban tenía el sombrero echado atrás, las manos, á lo jaque, en la faja, y un pitillo, acabado de encender, caído desgarbadamente sobre la comisura de los labios, bermejos como guindas. Su rostro fino, adamado, sin pelo de barba, contrastaba con sus alardes de valentón. La zagala acentuó la alegría de sus ojos; el zagal se puso colorado, y para disimular la timidez, dió al cigarro una feroz chupada.

Después se encogió de hombros. ¿Qué hacían parados allí? Cruzaba mucha gente en dirección á la feria. Las mejores ventas se realizan temprano... ¡Hala! Y ella antecogió sus marranos, y él atirantó la cuerda y dió aguijada á sus bue-

yes. Ya no pensó ninguno de los dos en bobería ninguna, sino en su mercado, en su negocio. ¡Hala, hala!

Al revolver de la carretera, festoneada de olmos, descubrieron el pueblecito, tendido al borde del río—pintoresco, bañado de luz, con sus tres torres de iglesia descollando sobre el caserío arcaico, irregular.—Ningún efecto les hizo la hermosa vista. Se apresuraron, porque ya debía de estar animándose la feria. Margarida pasaba las del Purgatorio cuidando de que no se perdiesen, entre el gentío, los cinco diminutos fetiches, adorables con sus sedas blancas nacientes sobre la tersa piel color rosa. Acabó por coger á dos bajo el brazo, sin atender á sus gruñidos rabiosos, cómicos, y ya sólo por tres tuvo que velar, que era bastante. Esteban, columbrando entre un grupo de labriegos y un remolino de ganado las patillas de cerro del tratante inglés, se apresuró á acercarse con su magnífica pareja de cebones para «empatársela» á los otros vendedores. Así se apartaron, sin ceremonias, el zagal y la zagala. Sacó él sus mil y trescientas y cuarenta pesetas y las ocultó en la faja; guardó ella entre la camisa de estopa y el ajustador de caña unos duros, producto de la venta de los lechones; fué él convidado al figón por el inglesote de azules ojos y patillas casi blancas; devoró ella, sentada en el parapeto del puente, dos manzanas verdes y un zoquete de pantrigo añejo, y á cosa de las tres y media de la tarde—cuando el sol empezaba á declinar, en aquella estación de otoño,—volvieron á en-

contrarse en el camino, y sin decirse oste ni moste, acompasaron el paso, deseosos de regresar juntos. Margarida tenía miedo á la noche, á los borrachos que vuelven rifando y metiéndose con quien no se mete con ellos; Esteban, sin saber por qué, iba más á gusto en compañía, ahora que no necesitaba aguijar ni tirar de la cuerda. El diálogo al fin brotó en lacónicos chispazos.

—¿Vendiste? – dijo la moza.

—Vendí.

—¿Pagáronte á gusto?

—Pagáronme lo que pedí, alabado Dios.

—¡Qué mano de cuartos, mi madre! ¿Y los bueis? ¿Van para el barco?

—Para se los comer allá en Ingalaterra... ¡Bien mantenidos estarán los ingleses con esa carne rica! ¡Qué gordura, qué lomos!

Callaron. Anochecía. Se escuchó detrás un silbido, pisadas fuertes, y la zagala, alarmada, se arrimó al zagal. La alarma pasó pronto: eran dos chicuelos que zuequeaban y soltaban palabrotas. Esteban rodeó los hombros de Margarida con su brazo derecho, para protegerla, y siguieron andando así, sin romper el silencio. La carretera serpenteaba por la vertiente de un montecillo cubierto de pinos; á la izquierda, los esteros y los juncales inundados brillaban, reflejando en rotos trazos la faz de la luna; el camino, lejos de ser fatigoso, como á la ida, descendía suavemente. Corría un fresco de gloria, un airecillo suave, más de primavera que de otoño; y el zagal y la zagala sentían algo muy

hondo, que eran absolutamente incapaces de formular con palabras. Lo único que Esteban acertó á decir fué:

—¡Qué á gusto se va cuesta abajo, Margaridiña!

—Se anda solo el camino, Esteban—respondió ella quedito.

—¡Todos los santos ayudan!—insistió él.

—Los pies llevan de suyo—confirmó ella.

Y siguieron dejándose ir, cuesta abajo, cuesta abajo, alumbrados por la luna, que ya no se copiaba en los esteros, sino en la sábana gris de la ría.

VII

Dalinda

A echar el mantel bueno!—ordenó el mesonero de Cebre á la moza entrada á su servicio la víspera.— Nos están ahí los señoritos de Ramidor, y han de querer almorzar de lo mejorcito. Largay al puchero chorizos gordos... ¡Menéate!

Llegaban, en efecto, los señoritos, levantando polvareda, al trote picado de sus caballejos del país, y precedidos de alegre repiqueteo de cascabeles y ladridos atronadores de perros de caza. En el mesón estaban hartos de conocer á don Camilo, el mayorazgo, al segundón, don Juanito; pero les sosprendió y llenó de curiosidad la presencia de un caballero guapo, con ropa lucida, polainas de cuero crujiente y cinturon-canana avellanado, flamante, sin la capa de mugre negruzca que cubría los arreos cinegéticos de los señoritos de Ramidor. Tiempo le faltó á la mesonera para interrogar á Diaño—el criado

que porteaba un saco de perdices muertas á perdigonadas.—Y Diaño dijo que el forastero era un señorito de Madrid que estaba pasando temporada con don Camilo; que se llamaba don Mariano, y que era—no despreciando á nadie—muy llano y muy habladero; que daba conversa á todo el mundo, y á las rapazas — ¡San Cebrián benditol— las repicaba como si fueran panderetas...

Sobre la mesa, tendido ya el mantel blanquísimo, disponía la moza pan de mollete, platos vidriados, tenedores de peltre y jarrillas para el vino picón— prescindiendo de vasos para el agua, porque no suelen gastarla los cazadores.

Estos, aureolados ya por el humo de sus cigarros, sentados á horcajadas, se fijaron en la muchacha que ponía el cubierto. Era una niña casi, vestida de luto pobre, dividido en dos trenzas el hermoso pelo rubio; finita de facciones y con una boca de capullo de rosa, menuda y turgente, hinchada de vida. Juanito Ramidor, el más joven de los cazadores, extendió la mano y ciñó el talle estrecho de la sirviente. Ella saltó hacia atrás, y hasta la frente se le puso bermeja.

—¡No molestes!— exclamo el forastero, interviniendo. —¡Es una criatura! Déjala en paz. ¿Como te llamas, hija mía? Contesta, que yo he de tratarte con el mayor respeto.

—Dalinda me llamo, señor—murmuró ella con el acento cantarín de la comarca, fijando en don Mariano la mirada agradecida de sus ojos azules.

— ¡Bonito nombre! ¿Hace mucho que estás en el mesón?— Y la voz de Mariano indicaba interés.

—Entré ayer, señor; porque soy huérfana de padre y madre, y ahora se me murió mi tío, el señor cura de Doas, que si viviera él, no sirviera yo más que á Dios — respondió la niña con lágrimas en el acento, pero las lágrimas no brotaron.

—Pues sírvenos bien, Dalinda, y toma esto para comprarte un pañuelito de seda, que tienes un pelo precioso.—Don Mariano intentó deslizar un duro en la mano de la muchacha, que lo rechazó suave y porfiadamente.

—Se estima... Al señorito se le sirve de gana, sin necesidad de eso.

Como lo dijo, lo hizo Dalinda. Activa y gentilmente, presentó los manjares, que eran sabrosos y toscos, adecuados al apetito recio de los cazadores: pote con rabo, olla con jamón y chorizo, y tragos, tragos, tragos del clarete color de vinagre, que «la tierra» da copiosamente. Las cabezas se calentaban; don Juanito y don Camilo, guiñando el ojo, bromeaban con don Mariano, á medias palabras, convertidas en desvergüenzas enteras cuando la sirviente salía para traer algo que hiciese falta.

—Eres un hipócrita, un farandulón— decía Camilo. —El que no te conozca, que te compre.

—¿De cuándo acá—confirmaba Juanito—te dedicas tú á proteger la inocencia de estos arcángeles? A fe que la cosa es chusca. Tú, hombre, tú... Si uno no se hubiese criado contigo,

como quien dice, cuando estudiábamos juntos en Santiago... nos la pegas; vaya, que nos la pegas.

—¡Chist!—exclamaba Mariano viendo venir á Dalinda, que alzaba, con gracioso movimiento, la fuente de arroz con «riles», y la depositaba en la mesa. Y así que la niña salía en busca de otro plato, el forastero murmuraba, atusándose el negro bigote:

—Qué queréis, yo sé refinar. Vosotros tenéis el gusto acostumbrado á estos guisos de figón, muy sanos, aunque grasientos... Coméis á bocados, andáis después ocho leguas á caballo ó tres á pie... dormís como canónigos... Encontráis una muchacha, y con tal que podáis estrujarla y ella no chille, tan contentos. Que ella sea así ó del otro modo... no os importa. Os basta un cacho de carne con ojos.

—Dí claro que somos unos brutos...—refunfuñó Juanito Ramidor algo picado; y callóse, porque Dalinda entraba, portadora de un bacalao oloroso y humeante.

—Si lo vuestro es brutalidad, yo la envidio—confesó Mariano,—porque revela salud y normalidad. Yo necesito otros estimulantes... Me ha caído en gracia esa niña de las trenzas de oro porque me parece una figura de retablo... ¡La sobrina de un cura! Una azucena mística, intacta... O pierdo el nombre que tengo, ó me la llevo del mesón, á pasar en Madrid una temporadita; y ha de ir contenta, ó mejor dicho, loca... ¡Si sois buenos amigos, ayudadme!

—Por nosotros que no quede — contestaron

riendo los señoritos.—Hacia esta parte vendremos á cazar, aunque se acaben las perdices en tres leguas á la redonda.

—Y vosotros la acosáis un poco, ¡no mucho, eh!, y yo soy su paladín; á mí me cree otro santo como ella.

Cuando Dalinda volvió presentando una olla de castañas cocidas, echando vaho caliente, tapada con un trapo, y recendiendo á anís, aún celebraban estrepitosamente la ocurrencia los tres comensales. Y al despedirse, pagado el escote al mesonero, Mariano llamó aparte á la niña, y la dijo en tono sencillo y confidencial:

—Ya que no quieres dinero, acepta este dije en recuerdo mío...—El dije era un capricho de oro y turquesas, de esos que se cuelgan en la cadena del reloj, y se lo había regalado á Mariano una novia, una señorita con la cual estuvo á pique de casarse. Dalinda, con movimiento infantil, casto y apasionado, besó la joyuela al recibirla...

Cumpliendo lo pactado, los señoritos de Ramidor y su huesped llevaron sus cacerías por la parte de Cebre, y Mariano tuvo frecuente ocasión de ver y hablar á la sobrinita del cura. Transcurrido algún tiempo, por las bardas de la corraliza, no muy bajas, tenían sus paliques el forastero y la niña.

—¿Qué tal? ¿Te la llevas?— solían preguntar Juanito y Camilo, ya un poco burlonamente.

—Paciencia, todo se andará —contestaba algo mohino é impaciente el galán cortesano.— Es que estas chiquillas educadas á la mística...

Lo que os digo es que mujer más apasionada, y al mismo tiempo más... más... más difícil.. ¿entendéis?, no la he encontrado en toda mi larga carrera...

De esta franca confesión tomaron pie los amigos para torearle, primero solapadamente, después á descubierto, con la clásica pesadez rural en las bromas. Los dichos, al pronto picantes, se convirtieron en mortificadores. Los dos gallos de villorrio se reían del intruso y frustrado gallo forastero, al cual sentían despechado, bajo la capa de una ironía desdeñosa. ¿Fué este despecho, ó estímulos de otra naturaleza, lo que precipitó á Mariano? Cierta mañana anunció á sus amigos que aquella noche no volvería á Ramidor. Se proponía pasarla en el mesón, y no en el cuarto que le diesen, sino en otro del piso segundo, «¿no sabéis? aquel que tiene, en la solera del balcón sin balaustre, un tiesto de claveles reventones...» ¡El aposento de Dalindal Si querían cercionarse, que rondasen á media noche; él entreabriría un momento la ventana, y le verían...

Y en efecto; poco después de sonar en el reloj del Ayuntamiento doce tristes campanadas, Camilo y Juanito Ramidor se internaron en la solitaria calleja que cae al costado del mesón. Al pasar ante la tapia de la corraliza habían visto la puerta abierta y se dieron al codo. Apenas avanzaron dos pasos por la calleja, tropezaron con un bulto que yacía en el fangoso suelo; y una mujer, que venía de la corraliza, desmelenada, retorciéndose las manos, les arrolló.

—¡Ay Dios! ¡Virgen mía!—gritaba la mujer.

—¡Ay pobriño del alma! ¡Socórranme, ayúdenme á levantarlo de ahí! ¡Ay, no permita el Señor que esté muerto!

—Pero ¿cómo ha sido?— preguntó Camilo á Dalinda.

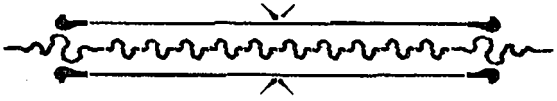
—¡Yo misma lo tiré por el balcón abajo!—respondió ella sollozante.

—¿Sabes lo que hiciste?— gritaron amenazadores los dos hidalgos.

—¡Hice bien!— exclamó la niña enderezándose y relampagueando indignación.—¡Vuelvo á hacerlo ahora mismo!—Y rompiendo en convulsivo lloro, se arrrodilló en el barro de la sucia calleja.—¡Ay Virgen mía! ¡Sangra! ¡Sangra! ¡Está sin conocimiento! —Sus brazos rodeaban el cuerpo inerte, su cara bañaba en lágrimas la del señorito...

Mariano tenía rota una pierna por el muslo, herido el cráneo por el tiesto de claveles que cayó con él, y dislocada una muñeca.

La asistencia fué larga y penosa; se temió la amputación; al fin sanó, quedando cojo. Dalinda no se apartó de su cabecera hasta verle repuesto; y entonces, á sus ofrecimientos, respondió pidiendo una corta suma—el dote para entrar en un convento de Clarisas.



VIII

La cruz negra

A CABO de verla, tan borrosa, tan chiquita, en la encrucijada, y por uno de esos fenómenos reflejos de la sensibilidad que difícilmente podrían explicarse, y que son una de las miserias de nuestro sér, su vista me apretó el corazón. Y sin embargo, la persona cuya muerte conmemora esa cruz de palo pintado érame tan indiferente como la hojarasca que el último otoño arrancó del castañal, y que hoy se descompone en la superficie de la tierra labradía.

Era una mendiga—la mendiga de la encrucijada, que formaba parte del paisaje, por decirlo así. — Sentada á la orilla del camino, con los pies descansando en la cuneta, el cuerpo recostado en el *cómaro* mullido de madreselva y zarzarrosa, allí estaba en todas las estaciones y con todas las temperaturas. Que el sol tostase, que bufase el vendaval, que la lluvia encharcase los

baches de la carretera, la mendiga inmóvil, sin más protección contra la intemperie que uno de esos enormes paraguas escarlata, de algodón, con puño de latón dorado, que en el país suelen llamarse de *familia*.

Raro es el mendigo que no tiene instintos de vagabundo. Moverse, trasladarse, es género de libertad, y los pobres estiman mucho el sumo bien de ser libres. Hasta los semihombres que carecen de piernas lagartean velozmente sobre las manos; hasta los paralíticos, en un carro, se hacen zarandear. Una inquietud, un gitanesco espíritu aventurero suele hurgar y escarabajear á los mendigos. La de la encrucijada, por el contrario, pertenecía al número de los que se pegan, como el liquen, á las piedras, ó como el insecto al rincón sombrío donde no le persigue nadie. Dos razones podrían explicar su carácter estadizo: tenía más de ochenta años y no tenía ojos.

Digo que no tenía ojos, — y no á secas que era ciega,—porque en el sitio donde los ojos se abrirían allá en las olvidadas juventudes, sólo se veían dos encarnizados huecos. ¿Qué tragedia ó qué horrible padecimiento recordaban aquellas cuencas vacías, que el cristalino globo anima aún apagado? Jamás se lo preguntamos, ni probablemente nadie lo quiso saber. No agradaba mirar de cerca los agujeros rojos que el pañuelo de algodón cubría, disimulando también en lo posible el resto de la cara, plegada por mil arrugas y bajo cuyo pergamino, endurecido, recurtido por las influencias del aire li-

bre, se adivinaba exactamente la forma de la calavera. Las manos, siempre extendidas, eran un haz de sarmientos, y negruzcas, temblonas, ya no aferraban el paraguas; éste se sostenía por medio de uno de esos puerilmente ingeniosos aparatos que sólo la pobreza discurre, y que hacen sonreir como las invenciones de los salvajes... El cuerpo carecía de forma; ¿quién adivina lo que envolvían tres ó cuatro refajones de bayeta, una compacta trapería de colores muertos, secos, que en Agosto igual que en Enero cubrían á la mendiga de la encrucijada?

Pasábase las horas silenciosa, aguzando el oído, que á larga distancia percibía los cascabeles de los coches y el trote de los caballos. Se necesitaba gran destreza para arrojarla una moneda que recibiese, y lo más acertado era tomar la resolución de apearse y colocársela en la mano. Si la moneda caía entre el polvo ó en las zarzas, perdida para la mendiga infaliblemente. La aprovecharían los golfitos de aldea, que siempre están traveseando en la carretera, á fin de agarrarse á la zaga de los carruajes y disfrutar del inefable placer de ir quince minutos en la posicion más violenta, para que los cocheros les apeen de un trallazo. Estos gorriones solían comerse el grano de trigo ofrecido á la mendiga, á no ser que, viéndoles sus madres, les gritasen indignadas, prontas al estregón de orejas:

—¡Teney vergüenza! ¡Soltay los cuartos! ¡Eso es de la mal pecada!

La mal pecada, por su parte, no reclamaba

nunca. Al percibir que la echaban limosna, que la recogiese ó no en el hueco de su regazo, daba las gracias lo mismo, con interminable retahila de bendiciones y plegarias en que salían á relucir Nuestra Señora, los angelitos del cielo, el bienaventurado Santiago Apóstol, el Santísimo Sacramento del altar, las nobles almas que se compadecen de los desdichados, los caballeros generosos, toda la retórica de la pordiosería aldeana. Yo no sé por qué esta retórica, en la desdentada boca obscura, sonaba con sinceridad humilde, y la indiferencia ante la moneda, olvidada muchas veces entre el polvo del camino, daba mayor fuerza á la presunción de que la mendiga era verdaderamente una pobre de Cristo..., un sér que cree con toda su alma que el que pasa y la arroja una mísera suma, es alguien que realiza nada menos que *una obra de caridad*...

La hubiésemos sosprendido mucho; hubiésemos escandalizado su espíritu, su manso espíritu de vejezuela desvalida, si la dijésemos: «¡No somos caritativos; somos egoístas, feroces! Porque tú pides y porque te damos una mezquindad, ya creemos sancionado el hecho, que debiera ser inaudito, de que una mujer ciega, de más de ochenta años, esté como tú estás abandonada, desechada en la cuneta del camino, sin lazarillo, sin un perro siquiera! ¡Ya creemos legítimo pasar con tilinteo de cascabeles, con golpeteo de cascos de caballos, entre remolinos de polvo, y dejarte ahí, lo mismo que si fueses un enmohecido pedrusco, sin saber adónde te recogerás cuando salga la luna, qué reparo aguar-

da tu débil estómago aterido de frío, qué manta cubrirá tus áridos huesos! ¡Y todavía nos lanzas bendiciones y te deshaces en manifestaciones de gratitud! ¡Todavía tu acento, que parece balido de oveja, nos sigue y nos acompaña y resuena hasta que trasponemos los vetustos castaños, los que acaso te vieron bailar, mocita, á su sombra!

Por eso la desaparición de la malpecada, á quien sustituye la tosca negra cruz, tuvo para mí no sé qué de trágico, algo que removió cenizas y ascuas de sentimiento. . confuso, dormido, pero capaz de despertarse y de convertirse en la infinita piedad suscitada por el espectáculo del infinito dolor. Acabábamos de dejar atrás los corpulentos castaños; el sol declinaba, encendiendo al soslayo, con toques y vislumbres de cobre limpio, el pelaje de las vacas y los recentales juguetones que aguijoneaba un aldeano, de retorno sin duda de la feria. El aroma penetrante y ambiguo de la flor del saúco, se confundía con el olor insulso del polvo removido por las pezuñas del ganado. Un automóvil amarillo cruzó como alma que el diablo lleva, soltando vahos de gasolina. ¡Un automóvil! ¡Si viviese aún la malpecada! ¡Cómo pedir limosna á quien vuela en automóvil!

Y la cruz negra, de repente, la cruz que me había comprimido el pecho, me pareció consoladora, buena. Era otra súplica de la ciega... «Por amor de Dios..., acordáos todavía de mí, rezad.» Y, entre el silencio campestre, alto y religioso, que había sucedido al paso de la má-

quina endemoniada y al correteo de los becerrillos desmandados de susto, se me representó otra vez la mendiga, en pie, al lado de la cruz negra. Las cuencas de sus ojos ya no estaban vacías: en ellas brillaban unas pupilas azules, espléndidas, con limpidez de zafiro. Su vestimenta era blanca; y alrededor de su cuerpo derecho, casi gallardo, clareaba un halo de luz, los oros en fusión del poniente y la plata que vierte la luna nueva...

Y si no existiese esa región misteriosa donde te han engastado otra vez los ojos en las órbitas y donde tus andrajos son blancuras, ¿qué excusa, qué explicación tendría para ti este mundo, vejezuela, cuyo monumento es esa negra cruz desbastada á hachazos por un carpintero de aldea, y que el próximo invierno pudrirán las lluvias?

IX

Accidente

BAJO el sol—que ya empieza á hacer de las suyas, porque estamos en Junio,—los tres operarios trabajan, sin volver la cara á la derecha ni á la izquierda. Con movimiento isócrono, exhalando á cada piquetazo el mismo ¡a-hum! de esfuerzo y de ansia, van arrancando pellones de tierra de la trinchera, tierra densa, compacta, rojiza, que forma en torno de ellos montones movedizos, en los cuales se sepultan sus desnudos pies. Porque todos tres están descalzos, lo mismo las mujeres que el rapaz desmedrado y consumido, que representa once años á lo sumo, aunque ha cumplido trece. La boina, una vieja de su padre, se le cala hasta las sienes, y aumenta sus trazas de mezquindad, lo ruín de su aspecto.

Es el primer día que trabaja á jornal, y está algo engreído, porque un real diario parece poca cosa, pero al cabo de la semana son ¡seis

reales! y la madre le ha dicho que los espera, que le hacen mucha falta.

Hablando, hablando, á la hora del desayuno se lo ha contado á las compañeras,—una mujer ya anciana, aguardentosa de voz, seca de calcañares, amarimachada, que fuma tagarnina, y una mozallona dura de carnes, tuerta del derecho, con magnífico pelo rubio todo empolvado y salpicado de motas de tierra, á causa de la labor.

—Somos nueve hemanos pequeños – ha dicho el jornalerillo—y por lo de ahora, ninguno, no siendo yo, lo puede ganar. Ya el zapatero de la Ramela me tomaba de aprendís; solamente que ¡ay carambo! me quería tenere tres años lo menos sin me dar una perra... Aquí desde luego se gana.

—En casa éramos doce—corrobora la tuerta, con tono de indefinible vanidad,—y mi madre baldada, y yo cuidando de la patulea, porque fuí la más grande. ¡Me hicieron pasar mucho! Peleaba con ellos desde l'amanecere. A fe, más quiero arrancar terrones. Había un chiquillo de siete años que era el pecado. Estando yo dormida me metió un palo de punta por este ojo y me lo echó fuera...

Y la vieja, entre dos chupadas, declaró sentenciosamente:—El que con chiquillos se acuesta... Yo, ende viendo uno (que sea ajeno, que sea mi nieto), le levanto la ropa y le pego un buen azote...

No era verdad; el vecindario de aquel pobre barrio extramuros sabía que la bruja de la voz

carrascuda, aun cuando tuviese el cuerpo muy lastrado de líquido, no se metía en realidad con nadie; pero andaba siempre alabándose de abofetear al uno y de destripar al otro. Y la tuerta, con expresión de malicia, guiñó su ojo viudo, sonriendo al escuchimizado rapaz.

Desde que sonó la hora cesaron las confidencias. La taciturnidad del trabajo monótono pesaba sobre los espíritus, adormilándolos, como si el aire que sus pulmones absorbían afanosamente en el trajín les barriese las ideas del seso. Su faena mecánica les atontaba quitándoles del pensamiento cuanto no fuese la repetición incesante, espaciada por la acción de alzar y bajar la piqueta, del golpe que había de socavar aquella trinchera formidable, desmontando tierra y más tierra, que llevaban los carros ni sabían los jornaleros adónde.—¿Qué les importaba, además?

El rapaz, Reimundo, trabajaba, lo mismo que las dos mujeres, por cuenta de un contratista, hombre agenciador, que hacía el negocio de proporcionar gente á los que tenían obras en planta, cobrando los jornales á peseta y abonándolos á real. ¡Vaya! Para eso, con él, seguros estaban de tener *choyo* todo el año.

No sospechaban, y si lo sospechasen no les importaría, que aquella tierra se destinaba á rellenar un parque en una quinta próxima. Nutriría con sus jugos, en vez de ortigas y cardos, las plumeadas araucarias, las palmeras elegantes, las fragantes magnolias, las camelias indiferentes á todo en su charolado orgullo. La trin-

chera, abierta por la construcción del nuevo camino que á la estación conduce, es alta y muestra las zonas de color de las capas del terreno. El trabajo de excavación ha abierto en ella una cava, que ya ofrece sombra cuando el calor arrecia, en aquella hondonada que limitan dos taludes y que no refresca el abanicar del aire de la ría. Y los jornaleros truecan chanzas cuando se enteran de que ya les cobija el desmonte.

Luego, á darle á la piqueta, á darle duro. ¡Ahum! El rapaz se siente desfallecer de cansancio. Es fuerte el trabajo así, el primer día, sobre todo el primer día. Los brazos parece que se los han apaleado, de tanto como le van doliendo. Las compañeras se ríen.

—¡Mocoso! ¿Pensaste que era como jugar á la billarda?

El amor propio, el pundonor le reaniman. Alza la piqueta con más ánimos. Se acuerda del contratista, de la ojeada de desprecio con que le dijo al concederle jornal:

—Te tomo... no sé por qué; no vas á valer; estás esmirriado; eres un papulito que siquiera puedes con la herramienta...

¿Esmirriado? Ahora se vería si las otras, las *femias*, hacían más... La tuerta notó el arrechucho del novato, y le dijo maternal, bondadosota:

—No te mates, hombre, que igual ha de ser. El negocio no está en dar tanto piquetaso, sino en arrincar de cada golpe buena pella.

Y señalaba al hacinamiento á su lado, don-

de cada fragmento de terrón era doble de los que hacía caer Reimundo. El suspiró sin responder, volviendo á la carga.

Un automóvil pasó, haciendo retemblar la tierra. No vieron sino la rotación deslumbrante de sus ruedas amarillas. Flotó en el aire un tufo de bencina, exasperado por el calor. Aún no se había disipado, cuando asomó por la carretera un cura de aldea, caballero en un borrico. Tan despacio avanzaba, que el jinete tuvo tiempo de observar sobre las cabezas de los tres jornaleros algo que le llamó la atención. Era una enorme masa de tierra, suspendida, por decirlo así, en el aire. La cueva, ahondada por la continua mordedura afanosa de las piquetas, no tenía ya más cubierta que aquella saliente costra, conmovida sin tregua, de desplome fatal, inevitable. Y en la imaginación del párroco se precisó la catástrofe, enlazada al recuerdo de una frase leída por la mañana, entre sorbo y sorbo de chocolate, en el diario integrista: «Socavan y socavan la sociedad, y se les vendrá encima cuando menos lo piensen.» Refrenó á su rucio, cerró el paraguas de alpaca obscura, y sin apearse arrimóse al socavón, gritando:

—¡Eh! ¡Vosotros! Que se vos viene encima esa tierra. ¿Estades ciegos?

La alcoholizada le contestó pintoresca reata de injurias sobre el tema de la profesión. La moza tuerta sólo refunfuñó:

—¡Nos deje en paz! Vusté no nos hace el trabajo.

Reimundo, por su parte, ni se volvió. Enfae-

nado, cayéndole una gota de cada pelo, sin aire ya para sus chicos pulmones, se puede creer que ni oiría. El zumbido de la piqueta, su retumbo mate contra la pared borrosa, era lo único que vagamente percibía, envuelto en el jadear de su anhelante pecho. ¡Cuándo serían las doce, señaladas por el paso del tren, para dejarse caer al suelo de golpe y mascar, ya medio dormido de cansancio, el corrusco de pan de maíz!

El cura, no obstante, seguía vociferando caritativos insultos. «¡Bárbaros! ¡Brutanes! ¡Ni media hora tarda eso en venirse!» Y como la vieja se lanzase fuera del excave para replicar furiosa, se oyó un estrépitc sordo, apagado; se alzó una nube de polvo rojo, y en seguida un silencio siniestro, interrumpido por el rodar de los últimos terrones que caían de lo alto. De pronto, un escarabajeo, un pataleo, un trajín de fiera soterrada y que violenta las paredes de su entierro. Era la moza rubia, que, vigorosamente, perneaba, cabeceaba para salir de entre la masa de tierra de la impensada sepultura.

Acudieron el párroco y la bruja; la ayudaron; se la vió sacar primero la rodilla, después una pierna, al fin el tronco, y la faz lívida, con la respiración cortada; el único ojo, loco de espanto. Nadie pensó sino en ella. El rapaz no resollaba; al principio le olvidaron. Cuando se empezó á solevantar la tierra, porque acudieron vecinos de las casucas y tabernas desparramadas por el camino real, costó trabajo descubrirle; lo

más fuerte del desplome había recaído sobre su pecho. Tenía los ojos inyectados de sangre, la boca y las orejas tapiadas con barro bermejo. Los pies parecían incrustados en la tierra, otra vez compacta.

Ardid de guerra

AQUELLAS elecciones iban á ser sonadas! Las de más «sona» desde hacía muchos años, y cuenta que el distrito de Eiguirey siempre da que hablar en casos tales. Pero acrecía la resonancia dramática del presente el que luchasen dos hermanos, últimos vástagos de la antigua estirpe de Landrey Lousada, el señorito Jacinto y el señorito Julián. Enemistados desde las partijas de la herencia paterna, enzarzados en interminable pleito, trababan ahora campal batalla en el terreno electoral. Jacinto representaba á los conservadores, Julián al poder, á los fusionistas. El propio ministro de la Gobernación, llamando á su despacho al candidato, le había dirigido observaciones prudentes, y en vista de su decisión irrevocable, acabó por transigir. ¡Allá ellos, después de todo! ¡Que se matasen, si era capricho!

Y es que el odio aproxima como el amor; es que en el alma de los contrincantes hervía el impulso del encuentro cuerpo á cuerpo y cara á cara (el «montielismo», decía Raide, médico rural muy leído y muy diserto). La vanidad también les inducía á disputarse á Eiguirey; ahora que no existen vínculos ni mayorazgos, con igual derecho podían ocupar la cabecera del banco de roble de su capilla en la iglesia parroquial, donde, sobre ennegrecidas piedras, se inscriben, en letras góticas, los foros de la familia. ¿Acaso el Pazo, el destartalado caserón, con su torre aún erguida, su escudo rudimentario, sus balcones de hierro atacados por el orín, su aspecto de majestad caduca; acaso aquella residencia secular, testigo del dominio de los Landrey, no estaba también en litigio? ¿Sabía alguien si se lo llevaría el mayor ó el menor? Lo decidirían los jueces, pero el resultado de las elecciones ¡calcule usted si pesaría en el desenlace de la cuestión! La telaraña de influencias entretegida alrededor del importantante asunto tendía sus hilos por el campo de la política; ninguno de los dos Landrey podía retroceder una pulgada.

Dentro de sus gruesas paredes guardaba el Pazo á una mujer—elemento patético en la fratricida contienda. — Era la viuda de Landrey Lousada, la madre de ambos contendientes. Desde el primer indicio de la desavenencia entre los hermanos, la señora, negándose á vivir en la ciudad con ninguno de ellos, se había retirado allí, al antiguo solar; cada vez que Julián

ó Jacinto venían á Eiguirey para manipular la elección, pretendían saludar á su madre, y ella se negaba á recibirles, «á no ser que fuesen juntos». Al pasar ante el caserón, las comadres de la parroquia proferían exclamaciones de lástima, con el enfático tono que adopta la gente de aldea para comentar las desdichas del señorío. ¡Vaya una compasión! ¡A nadie le falta su cruz, Asús, Asús nos valga! Y tal vez una comadre, dándola de escéptica, formulaba su voto particular:

—Callade, parvas de vosotras... ¡Quién se viera en el pellejo de la señora, diaño! ¡Mi vida como la suya! ¡La mesa muy bien puesta mañana y tarde, ella muy bien descansada, con sus criadas para la descalzaren! ¡Desdichadiñas nosotras, que andamos al sol y á la friage para nos ganar el no morir!

Un rumor de protesta ahogaba estas manifestaciones díscolas. ¿No veían las comadres que la señora se iba acabando, acabando? ¿No estaba en misa el domingo, flaca, flaca y amarilla, amarilla? ¿No había visto Marijuana la «Chosca», con su único ojo, correr por las mejillas de la señora abajo unas lágrimas así? ¿No tenía el señor cura en su poder la cera para la función «solenísima» á la virgen de los Dolores, que la señora ofrecía si hacían paces sus hijos? ¿Y no juraba el secretario, Pedro Miñato, que antes se vería al Avieiro remontar corriente arriba que abrazarse á los dos Landrey? ¿Qué val la comida rica, si quien hala de comer tiene el corazón atragantado en el gañote? ¿Qué

interesa la cama mol, si quitan el sueño pensares amargos?

Y el caso era que aquella madre dolorosa, recluída en aquel caserón, complicaba más de lo que parecía el problema electoral. Así lo creía y lo repetía el gran muñidor y cacique Pedro Miñato, que andaba loco trabajando por D. Julián á fin de desbaratar los planes del terrible cura de Cerverás, factotum de D. Jacinto. ¡Porque, velay! la señora disponía de una buena mano de votos, poseía en el distrito numerosos «caseros», arrendatarios de sus lugares, «fuerza» en fin, y había dado en la peregrina tema de advertir que, si alguno de los suyos votase, le quitaría las tierras inmediatamente. La «fuerza» de la señora inclinaría la balanza. ¡No poder apoderarse de elemento tan capital! ¡Si al menos la señora no residiese allí; si dejase el campo libre!—La idea echó raíces en el fértil cerebro de Miñato, famoso por sus estratagemas y ardides electorales hasta más allá de los términos de la provincia. ¡Expulsar á la señora! ¡Aprovechar su ausencia para copar los votos! No se trataba de hacer picardías... ¡que si se tratase, allí estaba Miñato también! Sólo de un destierro temporal,—de despejar el ruedo... «Y no hace falta—añadía Miñato para su chaquetón,—que se entere D. Julián: puede que se enfadase y lo estropease todo. Estas cosas, allá yo, yo solito me las amaño...»

Cuatro días después, observando Miñato á la señora, al salir de misa mayor, no pudo reprimir la chispa de satisfacción que asomó á

sus pupilas. ¡Ya empezaban á surtir efecto los «avisos» anónimos! Dos había escrito, con su habilidad pendolística de exmaestro de escuela, disfrazando la letra, esmerándose en la redacción. Si la señora no daba los votos á su hijo D. Julián, que se atuviese á las consecuencias: la noche menos pensada, el Pazo—¿lo entendía bién?—el Pazo saltaría por los aires. Y al notar cómo la señora apenas podía sostenerse; al mirar su cara de desenterrada, sus ojos de espanto, Miñato calculó: «No aguanta el miedo ni una semana. Toma el coche y se limpia.»

Corrió la semana y no dió señales de disponer viaje la señora. Al contrario, tuvo Miñato soplo de que había convocado á todos los caseros, reiterándoles, con imperiosa energía, la consigna de neutralidad y abstención. «El que vote ya sabe lo que le aguarda. Será despedido y le ejecutaré por justicia. Todos me debéis, todos andáis atrasados. Si no os mezclais para nada en las elecciones, os perdono. Si no... os arruino. He de veros pedir limosna. ¡No decir que no os avisé!» Y Miñato, al tratar inútilmente de arrastrarles á la desobediencia, les decía al oído: «No tener miedo, parvos, gallinas. La señora no vos hace nada, porque luego ha de espichar. ¿No le véis estampada en la cara la muerte?»

No moría, sin embargo, y á las elecciones se las llevaba Judas,—para el gobierno, se entiende—porque D. Jacinto, el conservador, el mejor, gracias al activo apoyo del clero y del

señorío, ganaba terreno. Miñato vaciló, luchando con la diabólica tentación, ó mejor dicho, con las consecuencias que de ceder á ella pudieran seguirse. Preocupado é indeciso, rondó á deshora el caserón, ocultándose entre las sombras de la noche. «Si no es más que asustarla» se repetía á sí mismo. «Pondré una cantidad insignificante... Bomba de palenque más ó menos.»

Entre el silencio nocturno, sólo interrumpido por la queja misteriosa del Avieiro, que eternamente plañe las miserias de la vida, resonó pavoroso el estrépito de la detonación; la repercutieron los ecos de las vertientes, la prolongaron los escarpes de la montaña. ¡La dinamita! ¡Volaba el Pazo! Los aldeanos sacudieron el sueño, corrieron á armarse de hoces, de palos, de horquillas; las mujerucas rezaban ringleras de oraciones, apretando contra el seno á los chiquillos. ¡Volaba el Pazo! Cuando llegaron al pie de la anciana torre, la vieron con asombro impertérrita... Ni una grieta, ni conmovido un sillar. Había resistido como paladín de leyenda al fendiente de un gigantazo follón. En el cuerpo de edificio los vidrios se hicieron añicos. Algún marco de puerta se desquició... Insignificante en verdad sería la dosis graduada por el pirotécnico... Una bomba más ó menos, un episodio de fiesta y algazara. Una estratagema, un chiste, un susto.

A la señora la encontraron tendida en la cama, caliente aún su cuerpo, pero sin señal de vida. La volvieron, la prestaron auxilios

inútiles. Si cada corazón no guardase su secreto hincado como un puñal, se sabría que aquella madre no murió de miedo á un ruido, ni del temblor de unas paredes. Lo clavado hasta el mango en el pobre sangriento corazón maternal era el último anónimo que decía «por orden del señorito, se va á tomar una providencia...» ¡Por orden de su hijo! Y temerosa de comprometer á su Julián, uno de sus dos tristes é inmensos amores, la señora, ya en las ansias del último trance, había quemado en la bujía el infame papel. Al abrirse la puerta, negras películas cenizosas revolotearon alrededor del cadáver.

XI

Inútil

MIENTRAS sus amos y todos los demás servidores salían por la vetusta portalada tupida de hiedra, que ya encubría el blasón de los Valdelor,—Carmelo, el mayordomo viejo, experimentaba el mismo recelo de costumbre, siempre que le dejaban así. guardando el Pazo, solo, como se deja en un corral á un mastín desdentado y caduco. «¿Y si vienen?» pensaba, rumiando los noticierismos de tertulia aldeana en la cocina y en las deshojas de maíz.

La culpa de semejante caso teníala el capellán, su ocurrencia de largarse á Compostela á consultar con el sapientísimo médico Varela de Montes... Señores y criados se veían compelidos á oir la misa parroquial de Proenza, á dos leguas y media de Valdelor; toda una caminata por despeñaderos,—para que, al fin, el abad, reñido de antiguo con don Ciprián de Valdelor por no sé qué cuestiones de límites de una here-

dad de patatas, alargase á propósito la misa á fuerza de pláticas y responsos, con el fin de retrasarle al gordo hidalgo la hora de sentarse ante el monumental cocido de medio día. ¡Que se fastidiase! Y, adrede, el abad se eternizaba en los latines, recalcando, de un modo pedantesco por lo despacioso, los sacros textos. No es de extrañar que D. Cipriano saliese hacia Proenza, de humor perruno, al paso que su hija Ermitas iba jubilosa, á lomos de su pollina gris enjamugada de terciopelo granate y con frontalera de lucios cascabeles. Ermitas se reía en las narices de Carmelo, al mirarle tan cariacontecido.

—¿Qué es eso? ¿Hay miedo, eh, viejiño? ¿Y á que tenemos miedo? ¿Al cocón? ¿Qué va á pasar á las diez de la mañana, con este sol de gloria? ¿Por qué no vienes también á Proenza?

Carmelo señalaba á sus piernas flojas, temblonas, de achacoso y murmuraba:

—No hay ánimos.... Está uno derreado.... Y tampoco se podrá dejar la casa sin compaña ninguna.

—Si estas derreado, no servirás para guardarla—respondía la mayorazga alegremente.—Bueno, no te apures. No anda gente mala en estas parroquias.

—Anda más arriba de Proenza, cara á Boan—afirmaba temosamente el anciano.—Dijéronme antiyer...

—Cacareos de comadres—intervenía don Cipriano.—¡Y si andan, que vengan! Se les hará un bonito recibimiento. Tres criados, el cape-

llán, cuando vuelva, y yo; total, cinco hombres; armas cargadas de sobra... Llevarían qué rascar.

Sin falta, saltaba Ermitas Valdelor:

—¡Cinco hombres! ¿Y luego María Lorenza y yo, íbamos á quedarnos sentadas ó á fecharnos en el desván?

A lo cual, María Lorenza, mozallona fornida, que asi barría y guisaba como ensillaba la yegua de su señor, exclamaba briosa:

—¡A fe, yo tumbo á uno! ¡Así Dios me salve, lo tumbo escarranchado!

Carmelo agachaba la cabeza. ¡Cinco hombres! A él no le contaban, y era natural. No es hombre un abuelo que ni tiene pulso para meter una llave por el agujero de una cerraja.

—¡Vayan muy dichosos!—mascullaba al alejarse la cabalgata y desaparecer en el recodo del sendero. Ya no se oían los cascabeles de la borrica, el golpeteo sonoro de las herraduras sobre el pedregal: y en el alma del viejo pesaba la impresión honda del amplia soledad del campo, sumido en la paz silenciosa, absoluta, del domingo. La naturaleza estaba vacía y solemnemente muda; ni un soplo de aire agitaba las hojas; el mismo regato, tan cantador y vivo, los pardillos y gorriones inquietos, dijérase que callaban y se adormían inmóviles. Allá, á lo lejos, un girón de niebla, deshilachado suavemente por el sol, flotaba, engarzándose en los riscos de Penamoura. La mirada turbia de Carmelo se fijó en la enhiesta cumbre, y un recuerdo pueril le trajo una asociación de ideas apro-

piada á su estado de ánimo. «Ahí, en Penamoura, cuentan que enterraron los moros un tesoro muy grandísimo», había pensado el viejo; y este pensar le refrescó «el otro», origen principal de sus terrores; el «secreto», la arquilla repleta de ricas onzas portuguesas y castellanas que, ayudado por él, Carmelo, había ocultado el señor de Valdelor en el escondrijo que únicamente los dos conocían... ¿Por qué misteriosos conductos se esparció la noticia del caso? D. Cipriano no lo dijo ni á su hija; y Carmelo... ni se lo dijera al confesor, así fuese pecado mortal. Ello corrido andaba por el país; que en Valdelor existían onzas, un montón de oro, encanfurnado en un rincón que solo el amo y el mayordomo sabían, los muy zorros, ladinos... La propia furia de Carmelo cuando los aldeanos aludían al «secreto» de las onzas, era delatora, era imprudente. Y Carmelo creía que la oculta arquilla hablaba, gritaba, hacía señales, despertando codicias y atrayendo á los malhechores. Por eso no dormía; por eso le temblequeteaban las enclenques piernas, al quedarse abandonado en aquel Pazo de carcomidas puertas y tapia desportillada, llena de boquetes. ¡Las onzas! Al olor de las onzas, la «gente mala» no podía menos de acudir. Y él, ¿como las defendía? ¿Era él capaz de defender algo?

Para distraer el temor, dirigióse á la cocina, á cuidar del puchero. Recebó el fuego del hogar con leña menuda, y destapó y espumó la olla, lentamente. El glu, glu del pote colga-

do le interesó, y lo revolvió con un cucharón largo, profundo. Sus pasos levantaban eco en la vasta cocina desierta. Hasta los canes, á hora semejante, andarían correteando por los sembrados; su oficio era vigilar de noche... De pronto se oyó un pitido de averío que se azora, y unos pollos se refugiaron en la cocina, á trancos grotescos. Carmelo, que dialogaba con los bichos, preguntó en alta voz, sin volverse: «¿Qué tenedes, malpocados?» Detras de la cáfila de pollos venían cinco figurones, de cara cubierta por negros pañuelos, que el sombrero ancho sujetaba, y en que dos tijeretazos habían recortado el hueco de los ojos. La partida se echó sobre Carmelo y le sujetó. No le ataron; ¿para que? Y el capitán se le acercó, hablándole con buen modo, en voz cambiada, de máscara aguardentosa.

—Señor Carmelo, no hay mientes de hacerle mal. Muéstrenos onde paran las onzas, y nos vamos por onde hamos venido.

El viejo respiraba congojosamente. Se oía el choque de sus dientes amarillos. Sus ojos espantados se desviaban de las horribles caras de sombra. Ni acertaba á contestar: no revolvía la lengua.

—Por señas, amigo—añadio el jefe.—Señale onde es, que allá vamos.

Débil, extinguido, salió por fin un acento de la apretada gorja.

—No... no hay... aquí... onzas... No hay.

—¿A ver si tenía yo razón, maldita mi suerte?—vociferó otro de los enmascarados.— Por

bien no le sacaremos ni esto. A preguntar de otro modo: ¡hala!

—Cante la verdad, señor Carmelo—insistió el jefe.—Este asunto se ha de despabilar pronto; antes que vuelva de misa la demás familia. Sabemos que está escondido mucho dinero en la casa. ¿Onde? Apriesa, que le conviene

Un hilito de voz cascada repitió:

—Aquí... no hay nada... nada de onzas.

El jefe blasfemó.

—...¡Dios!... Ya que se le antoja, será... Alistarse, rapaces...

Arrastraron fácilmente al anciano hacia el fuego que acababa de recebar, y que ardía restallando, enrojeciendo la oscura panza del pote y las trébedes en que descansaban las ollas. Desviaron las más próximas, y arrodillando á Carmelo de un empujón, le apoyaron ambas manos en la brasa. Un alarido de salvaje dolor subió al cielo.

—A levantarlo—dispuso el jefe.—Ahora hablará.

Le enderezaron, le echaron agua por la faz cérea y contraída—estaba desvanecido—y al verle entreabrir los párpados, porfiaron con duro tono. El viejo movía la cabeza, diciendo que no, y que no, débilmente.

—¡Vuelta al fuego!

Y despacio, con rabia fría, le extendieron las palmas sobre el brasero, avivado por llamitas cortas, en que se evaporaba la resina del pino. Crujían, desnudándose de piel y tegumento, los secos huesos, al tostarse,—y el cuerpo, inerte

ya, no se revolvía.—Solo al principio, al sentir el ardor infernal del fuego, había sollozado la víctima:

—¡Compasión! ¡Por el alma de vuestras madres!

—Nos ha desgraciado el golpe—refunfuñó el jefe. —Aunque le desollemos, no chista.

—¡Si está medio muerto!

De un puntapié le empujaron más adentro del hogar. La llama prendió en la ropa y en el pelo canoso. No hizo un movimiento. Ardía mejor que la yesca y la madera apolillada.

Al volver de misa los señores de Valdelor, creyeron que era un accidente casual—la caída del viejo en la lumbre,—lo que les privaba de un criado bueno, realmente bueno, fiel,—pero inútil para el servicio.

XII

Armamento

FUÉ en una noche de invierno, ni lluviosa ni brumosa, sino atrozmente fría, en que por la pureza glacial del ambiente se oía aullar á los lobos lo mismo que si estuviesen al pie de la solitaria rectoral y la amenazasen con sus siniestros *¡ouu. . bée!*—cuando el cura de Andianes, á quien tenía desvelado la inquietud, oyó fuera la convenida señal, el canto del *cucorei*, y saltando de la cama, arropándose con un balandrán viejo, encendiendo un cabo de bujía, descendió precipitadamente á abrir. Sus piernas vacilaban, y el cabo, en sus manos agitadas también por la emoción, goteaba candentes lágrimas de esperma.

Al descorrerse los mohosos cerrojos y pegarse á la pared la gruesa puerta de roble, dejando penetrar por el boquete la negrura y el helado soplo nocturno, alguien que no estuviese prevenido sentiría pavor viendo avanzar á tres

hombres, más que embozados, encubiertos, tapados por el cuello de los capotes, que se juntaba con el ala del amplio sombrerazo. Detrás del pelotón se adivinaba el bulto de un carrito y se oía el jadear del caballejo que lo arrastraba, y cuyas peludas patas temblaban aún, no sólo por el agria subida de la sierra, sino por haber sentido tan de cerca el ardiente hálito de los lobos monteses hambrientos.

—¿Está todo corriente?—preguntó el que parecía capitanear el grupo.

—Todo. No hay más alma viviente que yo en la casa. ¡Pasen, pasen, que va un frío que pela á la gente....!

Metiéronse en el portal é hicieron avanzar el carrito, que al fin cupo, no sin trabajo, por el hueco de la puerta; cerráronla aprisa solo con llave, sin echar los cerrojos otra vez, y ya defendidos de curiosidades—aunque en tal lugar y tal noche no era verosímil ningún riesgo,—bajaron los cuellos de los abrigos y se vieron unos rostros curtidos por la intemperie, animados por la resolución; unas barbas salpicadas de goteruelas—la respiración, liquidada al abrigo del paño.

—Suban,—dijo el párroco solícitamente.—Hay en la mesa buen jamón, queso, vino.... Echen un chisco, caliéntense.

—¡Mal truco!—juró el jefe de la partida.—Interin no se acomoda el género... nadie bebe un chisco aquí. ¡A lo que venimos!

Obedeció el cura, alzando cuanto pudo la luz; quitaron prestamente la capa de paja que

cubría el carro, y apareció relleno, atestado de armas diversas, desde la anticuada escopeta de caza y el arcaico trabuco, hasta los revólveres de ordenanza y el fusil Remington. Una corriente de orgullo, un espíritu de reto, de provocación, surgió de aquel hacinamiento de bélicos trastos. El párroco olvidó los temores que momentos antes hacían entrechocarse sus dientes; los tres mocetones montañeses rieron y blasfemaron de gusto. ¡A ver cuándo llegaba el día de estrenar el armamento! Y no había de tardar, ¡mal truco! Ahora, á esconder el arsenal donde ni el mismo diaño acierte con él...

—Más secreto, imposible...—afirmó el cura.

—Mis sobrinas, en Compostela desde antes de ayer. ¡En lenguas de mujeres no hay fianza! El sacristán pasa todo el día de hoy y el de mañana en Cebre con su hermano, el tendero, que necesita que le saque las cuentas del almacén. Por aquí, con el frío lobero, la nieve amagando, no aporta alma cristiana. Tenemos veinte horas nuestras. Si prefieren cenar y dormir...

Repitieron que no. En quitándose de encima el ansia de esconder aquello, ya comerían, ya dormirían... Ahora; ¡al negocio! De la carga del carro tomó cada cual lo que pudo, y guiando el cura, que amparaba la luz con la mano, salieron al huerto, comunicado con la iglesia por una puerta baja abierta en el románico ábside y que daba acceso á la sacristía. El frío del cañón de los fusiles les quemaba los dedos, y resbalaban en la escarcha de los senderos, guarnecidos de árboles frutales sin hojas. Dentro de

la iglesia ya, encendió el cura los dos cirios colocados ante la efigie de Nuestra Señora, y se vió que los tableros que cubrían la mesa del altar habían sido desclavados; en el suelo yacía una espuerta con martillos, clavos, tenazas; la piedra de ara descansaba sobre las gradas del presbiterio, y el hueco obscuro del altar vacío semejaba la boca de un sepulcro...

—¿Nos cabrán ahí?—preguntó uno de los mocetones.

—Si no caben, ya tengo yo discurrido otro escondrijo muy bueno; pero me ayudarán á levantar la losa, que no soy hombre de hacerlo solo,—añadió, señalando á un gótico sarcófago sostenido por dos leones toscamente labrados y sobre el cual reposaba un paladín de granito, armado de punta en blanco, ceñudo, severo.

Comenzaron á depositar el contrabando en el hueco del altar: á pocos viajes, quedaron acomodadas las dos terceras partes de las armas, hasta el borde. Clavaron otra vez los tableros. encajó el cura la piedra de ara, extendió el mantelillo, restableció en orden las sacras, los candeleros, el atril—y aquí no ha pasado cosa alguna.—Ahora era preciso alzar la losa de la tumba de granito, interrumpir el sueño secular del guerrero noble. Aplicáronse á ello los tres forzudos mocetones; arrancaron la argamasa, dura como mármol, y sirviéndose de trabucos á guisa de palanquetas, lograron desquiciar y alzar la losa, corriéndola á un lado. El cura retrocedió despavorido: en el fondo del sepulcro

había huesos, cenizas, guiñapos, polvo humano. —lo que restaba de aquel batallador, ¡lo que ha de restar de todos los hombres!—La idea de la profanación humedeció su frente con sudor frío; precipitadamente hizo la señal de la cruz. ¡De *aquello* no podía salir cosa buena! Entretanto, los mocetones, sin cuidarse de la suerte que corrían los despojos del valeroso caballero, acomodaban en la tumba el resto del depósito, —fusiles, escopetas, cartuchos, balas...— Al volver á sentar con violento esfuerzo la losa, preguntaron:

—¿No habrá un poco de mezcla?

—No... Dejarlo ahora así: yo le echaré la mezcla cuando esté solo y tenga tiempo...

Hicieron desaparecer las últimas huellas de la misteriosa labor; apagaron los cirios; cruzaron el huerto; subieron á la salita de la rectoral—y ni los lobos que les habían seguido de lejos echándoles unos ojos como brasas, devoran así.—Engulleron todo—el jamón curado de Lugo, el queso de San Simón, el pan de centeno; — tres veces vieron el fondo del botellón de añejo vino. Rieron, contaron chascarrillos de cazadores, describieron plásticamente á la médica de Cebre, el mejor bocado en seis leguas á la redonda, y sobre todo, evocaron las contingencias de un alzamiento ya inminente, la distribución y empleo de aquella ferranchinería escondida con tanta habilidad, que ni el mismo diaño... ¡Mal truco! ¡No tendría tiempo de comérsela el oríni ¡Ya sonaría, ya, manejada por quien sabemos Estabamos en Nadal, ¿no? Pues

allá para Antruejo... lo más tarde! ¡A embromar al Gobierno y á la guardia civil!

Hartos, semichispos aún, después de un sueño de cinco horas,—se marcharon á medio día con su carrito, donde, por disimular, por si les daban el alto, metieron cerro, habas secas, haces de paja. Sólo quedó el cura con el depósito.

Sólo... y espantado. – Siempre que decía misa en el altar, relleno de armas, creía oir que se entrechocaban, que el hierro hablaba y amenazaba, que las balas querían atravesar los tableros irradiando destrucción.—«Paciencia—pensaba: esto poco ha de durar: allá para Antruejo...» Vinieron los gordos Carnavales, con su escolta de ollas tocineras y de *filloas* amarillas, vinieron la Semana Santa, la Pascua, el mes de María ,. y como si tal cosa; el país reposaba tranquilo. Estaba el cura lo mismo que si hubiese asesinado á alguien, enterrando el cadáver secretamente, y temiese á cada minuto que iban á descubrir el cuerpo—No comía ni dormía; en cada rostro pensaba leer que el secreto había transpirado, que se cuchicheaba, que vendrían los civiles á registrar, que se le llevarían á él, ¡un sacerdote! atado codo con codo, sabe Dios á qué destierro, á qué presidio... ¡á qué consejo de guerra! Y corría el año, y volvía la nieve á poner monteritas blancas á los abruptos picos de la sierra, y del famoso alzamiento... ni indicios. «No puedo vivir más con este embuchado», resolvió el cura. «Me volvería loco.» En arranque repentino y febril, metió ropa en el cofre,

se despidió de sus sobrinas, montó en la yegua, llegó á Marineda en tres jornadas, y el primer vapor de emigrantes que salió de la linda bahía acogió en su seno á un hombre que iba huyendo de un altar y de un sepulcro.

XIII

La Capitana

AQUELLOS que consideran á la mujer un sér débil y vinculan en el sexo masculino el valor y las dotes de mando, debieran haber conocido á la célebre Pepona, y saber de ella, no lo que consta en los polvorientos legajos de la escribanía de actuaciones, sino la realidad palpitante y viva.

Manceba, encubridora y espía de ladrones; esperándoles al acecho para avisarles, ó á domicilio para esconderles; ayudándoles y hasta acompañándoles, se ha visto á la mujer; pero la Pepona no ejercía ninguno de estos oficios subalternos; era, reconocidamente, capitana de numerosa y bien organizada gavilla.

Jamás conseguí averiguar cuáles fueron los primeros pasos de Pepona: cómo *debutó* en la carrera hacia la cual sentía genial vocación. Cuando la conocí ya eran teatro de sus proezas

las ferias y los caminos de dos provincias. No quisiera que os representáseis á Pepona de una manera falsa y romántica, con el terciado calañés y el trabuco de *Carmen*, ni siquiera con una navaja escondida entre la camisa y el ajustador de caña que usaban por entonces las aldeanas de mi tierra. Consta, al contrario, que aquella varona no gastó en su vida más arma que la vara de aguijón que la servía para picar á los bueyes y al peludo rocín en que cabalgaba. Éranle antipáticos á Pepona los medios violentos, y al derramamiento de sangre le tenía verdadera repugnancia. ¿De qué se trataba? ¿De robar? Pues á hacerlo en grande, pero sin escándalo ni daño. No provenía este sistema de blandura de corazón, sino de cálculo habilísimo para evitar un mal negocio que parase en la horca.

La táctica de Pepona era como sigue. Montada en su cuartago iba á la feria, provista de banasta para las adquisiciones, como una honrada casera del conde de Borrajeiros ó del marqués de Ulloa. En la feria aguardábanla ya los de su gavilla, bajo igual disfraz de labriegos pacíficos. Mientras feriaba una rueca, un candil ó una libra de cerro, Pepona observaba atentamente á los tratantes, y sus espías, en la taberna, avizoraban los tratos cerrados por un vaso de lo añejo. Sabedores de á donde se dirigía el que acababa de vender la pareja de bueyes y regresaba con las onzas de oro ocultas en el cinto, se adelantaban á esperarle en sitio favorable y solitario. Los ladrones solían tiznarse ó

enmascararse con un paño negro. Pepona no intervenía: asistía emboscada tras un grupo de árboles. Si aparecía era para impedir que maltratasen ó matasen al robado y para dejarle *el consuelo,* pequeña cantidad que algunos salteadores conceden á los despojados para que beban en el camino.

La *justicia* era favorable á Pepona, que llevaba cordiales relaciones con oidores, fiscales y procuradores, y con la aristocracia rural. Jamás intentó aquella sagaz diplomática un golpe contra los castillos y pazos; al revés de los bandidos andaluces—¡profunda diferencia de las razas!—Pepona sólo robaba á los pobres trajinantes, arrieros ó labriegos que llevaban al señor su cánon de renta.

¡Ah! Era mejor tener á Pepona amiga que enemiga—y bien lo sabía la única clase social algo elevada á la cual profesaba la capitana odio jurado. Verdad que esta clase siempre ha sufrido persecución de ladrones, al menos en Galicia.—Me refiero á los curas. Se les creía, y se les cree aún, partidarios de esconder en el jergón los ahorros, y se pierde la cuenta de las tostaduras de pies y rociones de aceite hirviendo que les han aplicado los bandidos. Sin embargo, en Pepona se advertía algo especial; una saña de explicación difícil, y acerca de cuyo origen se fantaseaban mil historias. Lo cierto es que Pepona, tan clemente, era con los curas encarnizadamente cruel, y acaso ellos fueron los que añadieron á su nombre el alias de *la Loba.*

Reinaba, pues, el terror entre la gente tonsu-

rada, que sólo bien provista de armas y con escolta se atrevía á asomar en romerías y ferias, cuando acertó á tomar posesión del curato de Treselle un jovencillo boquirrubio, amable y sociable, eficazmente recomendado por el arzobispo á los señores de diez leguas en contorno. Al enterarse, por conversaciones de sacristía, del peligro que los de su profesión corrían con Pepona, el curita sonrió y dijo suavemente, con cierta ironía delicada:

—¿A que ponderan? ¿A que tienen miedo á una mujer? ¡Miedo á una mejer los hombres!

¡Oídos que oyeron tal! Sus compañeros se le echaron encima como jauría furiosa. ¿A ver si se atrevía él con *la Loba*, ya que era tan guapo y tan sereno? ¿A ver si le mandaban á soltar andaluzadas á otra parte? ¡Que se enzarzase con la gavilla y su capitana, y ya le freirían el cuerpo! ¿Pensaba que los demás eran algunas madamitas, ó qué?

—Con la gavilla no me atrevo—dijo el muchacho cuando se calmó el alboroto,—por aquello de que dos moros pueden más que un cristiano; pero lo que es con la señora *Loba*.... caramba, de *hombre á hombre*....

Desde aquel día, el joven abad de Treselle pasó por jactancioso y botarate, y se le dieron bromas pesadas, que en la feria del 15 de Agosto tomaron ya carácter agresivo. Era á los postres de una comida en la posada de la Micaela, en Cebre, donde se sirve excelente vino viejo y un cocido monumental de chorizo, jamón y oreja; los curas habían resuelto dormir allí, y no

volver á sus casas hasta el día siguiente, escoltados, porque en la feria rondaba Pepona. Y el abad de Treselle, sofocado, exclamó al ensopar el último bizcocho en la última copa de *Tostado* dulce:

—Pues para que ustedes vean.... No soy ningún valentón, pero soy capaz ahora mismo de largarme solito á la rectoral. ¡Eh! ¡Micaela! Que *arreen* mi *caballería*.

Minutos después, la yegüecita castaña del abad, viva y redonda de ancas, esperaba á la puerta del mesón. Despidiéndose de los asustados comensales, el cura montó y desapareció al trote. ¡Madre del Corpiño! ¡En la que se metía! ¡Cosas de muchachos! Ya vería, ya.... Algunos párrocos, avergonzados, repitieron: «Convenía acompañarle....» Pero nadie se decidió á realizarlo. ¡Allá él, ya que era tan fanfarrón!

Caía el sol, y el cura, al trasponer las últimas casas de Cebre, sintió que el corazón se le apretaba, y refrenó á la yegüa, mirando receloso alrededor. Sus mejillas, antes encendidas por la disputa, estaban ahora pálidas. El alma se le achicaba. «Hice mal, pero no es cosa de volverse. Tengo miedo»; pensó. «A serenarse.» Tocó en el arzón las pistoleras; llevaba dos pistolas inglesas magníficas, regalo del marqués de Ulloa. En el pecho sintió el bulto de un cuchillo de picar tabaco. Entonces se rehizo é inspeccionó el terreno. La carretera se hallaba desierta; en los altos pinos, el viento gemía fúnebres estrofas.

El abad aguijó á su montura. Al recodo de

camino, donde tuerce y lo dominan calvos peñascos, surgió una figura membruda y alta. La yegua se detuvo, empinando las orejas. Era una mujerona, apoyada en una vara de aguijón... Parecía pedir limosna, pues tendía la mano izquierda; pero el curita, que había sido estudiante, vió que lo que hacía la supuesta mendiga era una seña indecorosa. Adquirió energía, prestada por la indignación.

Rápidamente sacó del arzón una pistola y la amartilló. La mujer pegó un salto, y en su atezado rostro, que alumbraban los últimos reflejos del Poniente, se pintó una especie de terror animal, el espanto del lobo cogido en la trampa. No podía el curita adivinar la causa de este fenómeno, en la capitana extraño.—Convencida de que no existía cura ni trajinero que se atreviese á salir solo de Cebre á tales horas, había licenciado hasta la mañana siguiente á su gavilla y se retiraba; al ver un barbilindo de curita que se aventuraba en el camino, había querido jugarle una pasada; pero el ruido del gatillo la hacía temblar y la aconsejaba como único recurso la fuga. Dió un salto de costado hacia el pinar, y el joven abad, picando á su viva yegua, se le fué encima, la alcanzó y la atropelló. Saltó él de su montura, empuñada la pistola; pero *la Loba,* sin darle tiempo á nada, desde el mismo suelo en que yacía, se le abrazó á las piernas y logró tumbarle. Arrancóle la pistola, que arrojó al seto, y después le echó al cuello las recias y toscas manos, y apretó, apretó, apretó....

El pinar, el cielo, el aire, cambiaron de color

para el pobre abad. Primero lo vió todo rojo; luego, grandes círculos cárdenos y violáceos vibraron ante sus ojos, que se salían de las órbitas. No fué *él*, no fué su razón; fué el puro instinto el que guió su mano derecha en busca del cuchillo oculto en el pecho. Y mientras *la Loba* reía con torpes carcajadas del espectáculo del cura sacando la lengua,—á tientas, la mano impulsó el arma. La terrible argolla de las manos de la capitana se abrió, y ella cayó hacia atrás con el pecho atravesado...

Carne de perro tienen los bandidos. *La Loba* curó.... Pero su ánimo quedó quebrantado, su prestigio enflaquecido, deshecha su leyenda. ¡Vencida Pepona por una madamita de cura mozo! Y el nuevo capitán general que vino á Montañosa—veterano que gastaba malas pulgas—tanto persiguió á la gavilla, que los señores abades pudieron volver en paz, ya anochecido, á sus rectorales.

XIV

El montero

AQUELLA noche, la roja Sabel—la mujer de Juan Mouro, el montero de la Arestía—notó algo extraño en aquella actitud de su marido, cuando éste regresó del trabajo, negras las manos de la pólvora de los barrenos, y enredados en el grueso terciopelo de su chaqueta diminutos fragmentos graníticos.

—Mi hombre, la cena está lista—advirtió Sabel cariñosamente.—Hay un pote tan cocidito que da gloria. He mercado vino nuevo, y te he puesto una tartera de bacalao gobernado con patatas. ¡Siéntate, mi hombre, y á comer como el rey!

El montero no respondió. Soltó la herramienta en un ángulo de la cocina, acomodóse cerca de la lumbre, y sacando la petaca de cuero, amasó un golpe de tabaco picado entre las palmas de las manos. Lió después el pitillo, y lo encendió y chupó, sin desarrugar el entrecejo

un instante, torvo y sombrío, fija la vista en el suelo. Sabel, con solicitud, porfió.

—Llégate á la artesa, mi hombre.... Te voy á echar el caldo en la *cunca*... Mira cómo resciende.

Siempre enfurruñado, Juan Mouro tiró la colilla y se acercó á la artesa, cuya tapa bruñida y negruzca servía de mesa de comedor. Sabel le sirvió el espeso caldo de berzas y unto, observándole con el rabillo del ojo y esperando la confidencia, que no podía faltar. El montero y su mujer se entendían muy bien, ella afanándose en la casa, él bregando en la cantera de la Arestía, extrayendo piedra y más piedra, unidos por el deseo de juntar para adquirir el gran pedazo de sembradura que se extendía al norte de su vivienda y la mancha de castaños adyacente. Jóvenes aún, se amaban á su manera, con sanas y rudas caricias, y ponían en común las aspiraciones limitadas y tercas del humilde. Así es que Sabel aguardaba, mientras su marido se saciaba, ávidamente, como hombre rendido que repara sus fuerzas. Y así que la satisfacción de la necesidad le produjo bienestar, reventó el embuchado.

—¿No sabes, mujer? Es una cosa que parece cuento. Que saltan con que no les da la gana de que yo arranque más piedra en todo el mes... ¡y sabe Dios si en el otro!

—¿Qué dices, hom...?

—¡Asimismo... ray!

—¿Y quién tiene poder para eso? ¿El Auntamiento? ¿Los vecinos de la Arestía? ¿No solta-

mos por la cantera muy buenos cuartos?—refunfuñó Sabel indignada, depositando sobre la artesa la tartera del bacalao y dos platos de barro vidriado, relucientes como cobre.

—¡Qué Auntamiento ni qué...! ¡No, mujer; si son los de la juelga! Los canteros de Sainís, de Bertial, de Dosiñas. Me leyeron la sentencia: que no se trabaja, y que no se trabaja, y que no se trabaja... ¡ray!

—¿Y ellos mandan en ti? ¡Que manden en sus orejas!

—Mandar... según: mandan y no mandan... Al tiempo que arman esas juelgas (el demonio las coma), todo Dios tiene que asujetarse á la voluntá de quien se le antoja volverlo todo de patas arriba... ¡ray, ray!

—¿Y no se asujetando?—insinuó Sabel.—Su voz trepidaba irritada; veía ya sus economías devoradas por el paro del trabajo, y el querido pedazo de sembradura perdido para siempre, adquirido por la codiciosa vecina, la Norteira, á quien un hijo, desde Montevideo, libraba á veces cantidades.—¿Y no se asujetando?—repitió ante el mutismo de Juan.—¿Qué señorío tienen sobre de ti, pregunta mi curiosidad, para se meter en si subes ó no subes á la Arestía?

—Señorío, ninguno; ya se sabe, mujer pero una mala partida pronto se le hace á un hombre... ¡ray!

Volvió Sabel á callar unos instantes. Luchaba con la impresión vaga y siniestra de las palabras de su marido. Su instinto de hembra sagaz la decía también que Juan, indeciso, no esperaba

sino el consejo, la excitación de la *dona*. Fijó los ojos en el arca, en cuyo pico guardaba sus ahorros, y creyó ver salir los duros, tan bien ganados con el sudor del montero, en fila, para mercar el pan diario. Su hombre estaba hecho á la buena comida, al traguito, que arrancar piedra no es como ensartar abalorio... ¡Y ahora! ¡Con los brazos quietos, con la cantera comprada, con las piezas encargadas, que sabe Dios si los maestros se cansarían y las encargarían á otra parte! ¡Gastar todo el peto; quizás tener que pedir prestado al usurero...! Sabel puso delante de Juan la jarra de loza colmada de vino. El vino da ánimos...

—¿De modimanera que salen con la suya? ¿No arrancas?—porfió así que Juan hubo bebido.

—Si arranco ó no arranco, eso se verá—respondió él con arrogancia jactanciosa.—A mí nadie me manda por malas, ¿lo oyes? Y á dormir, que mañana cumple madrugar.

—Si al fin no vas al monte...—insinuó ella como el que deja caer las palabras.

No hubo respuesta. Cubrió Sabel el fuego, y media hora después apagaba la candileja de petróleo. Al principio durmió con inquieto sueño, no libre de pesadillas; pero hacia el amanecer la salteó el letargo profundo que preparan la buena digestión y el cansancio normal de la labor diaria. Despertó con un rayo de sol matutino y un revuelo de moscas sobre la cara; las maderas, desunidas, dejaban pasar luz y aire. Al sentirse sola en la cama, saltó precipitadamente al suelo, despavorida.

—¡Juan, Juan!—gritó lanzándose por la escalera, que retemblaba bajo sus pisadas de buena moza. La cocina estaba desierta; la puerta de la casa, entornada había quedado; de la esquina faltaban las herramientas. No cabía duda: el montero iba camino del monte...

Sabel, asomándose á la puerta, tembló; una ráfaga fresca, fría más bien, procedente del mar, que no cesa de abanicar á la tierra mariñana, fué acaso la causa de su escalofrío: reparó que estaba en camisa y que tenía los pies descalzos, y aprisa se metió dentro. Mientras se vistió, el temblorcillo proseguía, y allá en su interior una voz hueca y pavorosa murmuraba palabras de amenaza, de improperios, de maldición. «Te despabilamos á tu hombre, ahora mismo... Le abrasamos la cara, le cortamos el pescuezo... Le sacamos afuera las tripas...» Toda la brutal palabrería de las riñas aldeanas, las interjecciones y tacos de la guapeza rústica, zumbaban en los oídos de Sabel. El bocado de pan del desayuno se le atragantó. Ya no se acordaba de los duros, guardados en el pico del arca, sino sólo de su hombre, de su trabajador, del que *lo ganaba*, con los recios brazos y el hercúleo esfuerzo...

—¡Ay, si me lo mancan...! ¡Juaniño!

Poco á poco se fué serenando. El día avanzaba, y la claridad del sol es certero conjuro para disipar terrores. Sabel se puso á desgranar espigas de maíz. De improviso oyó en la carretera unas corridas como de animal perseguido que huye; empujaron la puerta, y el mon-

tero se precipitó, sin sombrero, sin herramienta, cubierto de polvo, en mangas de camisa manchadas de sangre...

—Vienen tras de mí. Escóndeme, mujer...

—¿Qué hiciste, mi hombre?—sollozó Sabel. —¡Ay, pobres, desdichados de nosotros!

—Me salieron al camino. Que no arrancase... Me llamaron vendido. Me querían apalear. Dejé á uno, que ni da á pie ni á pierna. Le partí la cabeza con el picachón, así.. ¡Ese ya es ánima del purgatorio!

—Más vale que sea él que tú,—contestó Sabel, abrazándose locamente á su marido, y escuchando ya en la carretera, á lo lejos, el tropel de la gente que perseguía al matador.

XV

Mansegura

SIEMPRE que ocurría algo superior á la comprensión de los vecinos de Paramelle, preguntaban, como á un oráculo, al tío Manuel *el Viajante*, hoy traficante en ganado vacuno. ¡Sabía tantas cosas! ¡Había corrido tantas tierras! Así, cuando vieron al señorito Roberto Santomé en aquel condenado coche que sin caballos iba como alma que el diablo se lleva, acosaron al viejo, en la feria de la Lameiroa. El único que no preguntaba, y hasta ponía cara de fisga, era Jácome Fidalgo, alias *Mansegura*, cazador furtivo ingerto en contrabandista y sabe Dios si algo más: ¡buen punto! Acababa el tal de mercar un rollo de alambre, para amañar sus jaulas de codorniz y perdiz, y con el rollo en la derecha, su chiquillo agarrado á la izquierda, la vetusta carabina terciada al hombro, contraída la cara en una mueca de escepticismo, aguardaba la sentencia relativa á la consabida

endrómena. El viejo *Viajante*, ahuecando la voz, tomó la palabra.

—Parecéis parvos. Os pasmáis de lo menos. ¡Como nunca asomástedes el nariz fuera de este rincón del mundo! ¡Si hubiésedes cruzado á la otra banda del mar, allí sí que encontraríades invenciones! Para cada divina cosa, una mecánica diferente: ¡hasta para se descalzar las hay!

Con estas noticias no se dió por enterado el grupo de preguntones. Quién se rascaba la oreja, quién meneaba la cabeza, caviloso. Fidalgo tuvo la desvergüenza de soltar una risilla insolente, que rasgó de oreja á oreja su boca de jimio. Con sorna, guardándose el alambre en el bolsillo de la gabardina, murmuró:

—Máquinas para se descalzar, ¿eh? ¿Y no las hay también para...?

Soltó la indecencia gorda, provocando en el compadrío una explosión de risotadas, y chuscando un ojo, añadió socarronamente:

—¡A largas tierras, largos engaños! Si *el Viajante* no cierta á poner claro lo que es ese coche de Judas, vos lo aclararé yo, ¡careta! vos lo aclararé yo. ¿Vístedes vos el camino de fierro?

—Yo no... yo no... Yo sí, cuando me llamaron á declarar en Auriabella...

—Pues igual viene á ser. En trueco de caballos lleva dentro un maquinismo, á modo de reló... Y el maquinismo ¡careta! es lo que empuja.

A su vez rióse *el Viajante*, con desprecio.

—¿Pero tú no sabes que el tren va por ca-

rriles, y esta endrómena por todas las carreteras, hom? ¿Que tiene que ver lo negro con lo blanco?

—Pues á ver entonces ¡careta! en qué consiste.

—En eso.

—Y *eso*... ¿qué es?

—Que va ¿estamos? por onde se le entoja—declaró enfáticamente el tío Manuel echando á andar en busca de su yegua. No quería el tratante esperar á que atardeciese, que es mal negocio para quien lleva dinero en la faja; pero urgíale sobre todo evadirse de aquel interrogatorio comprometedor para su fama de sabiduría universal. Jácome, encogiéndose de hombros, mofándose, tiró de su pequeñuelo, su Rosendo, Sendiño, y se dispuso á emprender también la vuelta á la aldea. No tenía en el mundo más que aquella criatura: su mujer, hallándose recién parida, había muerto á consecuencia del susto de ver entrar á los civiles, que venían á prender al marido por sospechas de no sé qué alijo de tabaco y sal. Solo en la tierra con el chiquillo, Jácome lo crió sabe Dios cómo; y ahora se le caía la baba viendo despuntar en Sendiño, á los seis años mal contados, otro cazador, otro merodeador, sin afición alguna al trabajo lento y metódico del labriego, fértil ya en ardides y tretas de salvaje para sorprender nidos y pajarillos nuevos, para descubrir dónde ponen las gallinas del prójimo y aun para engolosinarlas echándoles granos de maíz, hasta atraerlas á la boca del saco. El padre estaba

embelesado con tal retoño, y le enseñaba nuevas habilidades cada día. Era la criatura lo único que despertaba en Jácome, bajo la dura coraza metálica que revestía su corazón, palpitaciones de humana ternura.

Apenas echaron carretera arriba, en dirección á las alturas de Sandiás, el chico, traveseando, corrió delante: saltaba sobre una pierna, haciéndose el cojo. El padre, con el instinto siempre vigilante del cazador, escrutaba sin proponérselo los espesos pinares, las madroñeras y los manchones de castaños, que revestían los escarpes pedregosos de la montaña. Si volase una perdiz, si cruzase una liebre... Pensaba en esta hipótesis, cuando un relámpago blanco y color canela lució entre un seto. *Mansegura* se echó la carabina á la cara y disparó casi sin apuntar. Sendiño, loco de alegría, brincó, tomó vuelo, se lanzó en dirección á la maleza. Era su encanto hacer de perro, *portando* la caza. A los dos minutos salió del matorral el chico, balanceando, agarrada de las patas traseras, una liebre poco menor que él. Padre é hijo se confundieron en un grupo, admirando la hermosa pieza. Caliente estaba aún el cuerpo del animal; la blanca y densa piel de su vientre relucía como seda manchada de sangre; sus enormes orejas pendían; sus ojos se vidriaban.

—¡Careta, lo que pesa! —balbuceó gozoso el cazador, sopesándola, babándose de vanidad paternal, porque Sendiño reía fanfarronamente columpiando su carga. Y se entretuvieron así, padre é hijo, confundidos en la complacencia de

la destrucción y la victoria, palpando la presa, distraídos. Tan distraídos, que el vigilante contrabandista, habituado al acecho, de sentidos despiertísimos, no oyó el ruido insólito, semejante al resuello y jadeo trepidante de alimaña fabulosa y despertó al tener encima ya al monstruo, ¡taf, taf, taf!, al desgarrarle los oídos el rugido de metal de su bocina. Jácome, instintivamente, saltó de costado, evitando la embestida furiosa; vió tendido á Sendo; á su lado, en el polvo, el cuerpo de la liebre... y ya del «coche de Judas» ni rastro, ni señal en el horizonte... Se arrojó, fiero, loco á recoger al niño, que yacía de bruces, la cara contra la hierba de la cuneta; le llamó con nombres amantes, le acarició... El niño le blandeaba en los brazos, inerte, tronchado, roto. Jácome conocía bien las formas que adopta la muerte... Soltó el cadáver, y alzó los ojos atónitos, sin llanto, al cielo, que consentía aquella iniquidad... Después, sobre el padre que sufría se destacó el hombre de lucha, pronto á la acometida y á la emboscada, vengativo y feroz. Cerró los puños y amenazó en la dirección que llevaba el «coche de Judas»—¡No se reirá don Roberto! ¡Se lo prometo yo...! El va á Paramelle... Allí no duerme... ¡Volverá!

Alzó otra vez á Sendiño, y con infinita delicadeza le transportó á lo más oculto del pinar, depositándole sobre un lecho de *ramalla* seca. Cerca del muerto colocó la carabina, y la liebre muerta, polvorienta, ¡vengada ella también! Volvió á la carretera, y recorrió un largo trecho estudiando el sitio apropósito para su intento.

Una revuelta violenta se lo ofreció. Ni de encargo. A derecha é izquierda, árboles añosos avanzaban sus ramas sobre el camino, como brazos fuertes que se brindasen á secundar á *Mansegura*. El extrajo del bolsillo el rollo de alambre, desenrolló un trozo, midió, cortó con su navaja, retorció uno de los extremos, calculó alturas, lo afianzó á una rama sólidamente, ensayó la resistencia, y pasando al otro lado, probó si había rama que permitiese tender el hilo metálico recto al través del camino. Mientras practicaba estas operaciones, atendía, no fuera que pasase alguien y le viese. Nadie: la carretera desierta; por allí sólo se iba á Sandiás y al pazo de don Roberto... Por precaución, sin embargo, Jácome no sujetó el otro cabo del alambre. Tiempo tenía. Con él agarrado, se tumbó en el pequeño resalte de la cuneta, y pegó la oreja á la tierra lisa, aguardando. Dos veces saltó y se ocultó en la maleza: eran transeuntes, «gente de á caballo», un cura, una pareja á estilo de Portugal, hombre y mujer sobre una misma yegua, apretados y contentos. La tarde caía, el rocío enfriaba y escarchaba la hierba, enmudecían los pájaros ó piaban débilmente. Un sordo trueno, lejano, llenó con su mate redoblar el oído del contrabandista. Agil, con la precisión de movimientos del impulsivo, se incorporó, amarró firme el otro cabo á la rama, y se agachó entre el brabádigo espeso. Si se descuida, ¡careta! El trueno ya se venía encima, resollante y amenazador. ¡Taaf! *Mansegura* vió distintamente, un segundo, al señorito, su gorra blanca, su rostro

guapo, desfigurado por las anteojeras negras... ¡Ahora! pensó. El rostro guapo se tambaleó violentamente, como cabeza de muñeco que se desencola; un alarido se ahogó en la catarata de sangre... Fué instantáneo; el automóvil, loco y sin dirección, corrió á despeñarse por la pendiente, arrastrando á su dueño, á quien el alambre había degollado, con la misma prontitud y limpieza que pudiera la mejor navaja de barbería...

Y *Mansegura*, después de cerciorarse de que el señorito quedaba «bien amañado», se entró en el pinar, recobró su escopeta, echó una mirada de dolor y de triunfo á Sendiño, que parecía dormir, y dejando el camino real, se perdió en los montes, por atajos de él conocidos, en dirección de la frontera portuguesa.

XVI

Vampiro

No se hablaba en el país de otra cosa. Y ¿qué milagro? ¿Sucede todos los días que un setentón vaya al altar con una niña de quince?

Así, al pie de la letra: quince y dos meses acababa de cumplir Inesiña, la sobrina del cura de Gondelle, cuando su propio tío, en la iglesia del santuario de Nuestra Señora del Plomo—distante tres leguas de Vilamorta—bendijo su unión con el Sr. D. Fortunato Gayoso, de setenta y siete y medio, según rezaba su partida de bautismo. La única exigencia de Inesiña había sido casarse en el santuario; era devota de aquella Virgen y usaba siempre el escapulario del Plomo, de franela blanca y seda azul. Y como el novio no podía, ¡qué había de poder, *malpocadiño!* subir por su pie la escarpada cuesta que conduce al Plomo desde la carretera entre Cebre y Vilamorta, ni tampoco sostenerse á caballo, se discurrió que dos fornidos carretones

de Gondelle, hechos á cargar el enorme cestón de uvas en las vendimias, llevasen á D. Fortunato á la silla de la reina hasta el templo. ¡Buen paso de risa!

Sin embargo, en los casinos, boticas y demás círculos, digamoslo así, de Vilamorta y Cebre, como también en los atrios y sacristías de las parroquiales, se hubo de convenir en que Gondelle cazaba muy largo, y en que á Inesiña le había caído el premio mayor. ¿Quién era, vamos á ver, Inesiña? Una chiquilla fresca, llena de vida, de ojos brillantes, de carrillos como rosas; pero qué demonio; ¡hay tantas así desde el Sil al Avieiro! En cambio, caudal como el de D. Fortunato no se encuentra otro en toda la provincia. El sería bien ganado ó mal ganado, porque esos que vuelven del otro mundo con tantísimos miles de duros, sabe Dios qué historia ocultan entre las dos tapas de la maleta; sólo que... ¡pch! ¿quién se mete á investigar el origen de un fortunón? Los fortunones son como el buen tiempo: se disfrutan y no se preguntan sus causas.

Que el Sr. Gayoso se había traido un platal, constaba por referencias muy auténticas y fidedignas; sólo en la sucursal del Banco de Auriabella dejaba depositados, esperando ocasión de invertirlos, cerca de dos millones de reales (en Cebre y Vilamorta se cuenta por reales aún). Cuantos pedazos de tierra se vendían en el país, sin regatear los compraba Gayoso; en la misma plaza de la Constitución de Vilamorta había adquirido un grupo de tres casas, derribándolas y

alzando sobre los solares nuevo y suntuoso edificio.—¿No le bastarían á ese viejo chocho siete piés de tierra?—preguntaban entre burlones é indignados los concurrentes al Casino. Júzguense lo que añadirían al dinfundirse la extraña noticia de la boda, y al saberse que D. Fortunato, no sólo dotaba espléndidamente á la sobrina del cura, sino que la instituía heredera universal. Los berridos de los parientes, más ó menos próximos, del ricachón, llegaron al cielo: hablóse de tribunales, de locura senil, de encierro en el manicomio. Mas como D. Fortunato, aunque muy acabadito y hecho una pasa seca, conservaba íntegras sus facultades y discurría y gobernaba perfectamente, fué preciso dejarle, encomendando su castigo á su propia locura.

Lo que no se evitó fué la cencerrada monstruo. Ante la casa nueva, decorada y amueblada sin reparar en gastos, donde se habían recogido ya los esposos, juntáronse armados de sartenes, cazos, trípodes, latas, cuernos y pitos, más de quinientos bárbaros. Alborotaron cuanto quisieron sin que nadie les pusiese coto; en el edificio no se entreabrió una ventana, no se filtró luz por las rendijas: cansados y desilusionados, los cencerreadores se retiraron á dormir ellos también. Aun cuando estaban conchavados para cencerrear una semana entera, es lo cierto que la noche de tornaboda ya dejaron en paz á los cónyuges y en soledad la plaza.

Entretanto, allá dentro de la hermosa mansión, abarrotada de ricos muebles y de cuanto pueden exigir la comodidad y el regalo, la no-

via creía soñar; por poco, y á sus solas, capaz se sentía de bailar de gusto. El temor, más instintivo que razonado, con que fué al altar de Nuestra Señora del Plomo, se había disipado ante los dulces y paternales razonamientos del anciano marido, el cual sólo pedía á la tierna esposa un poco de cariño y de calor, los incesantes cuidados que necesita la extrema vejez. Ahora se explicaba Inesiña los reiterados «no tengas miedo, boba;» los «cásate tranquila» de su tío el abad de Gondelle. Era un oficio piadoso, era un papel de enfermera y de hija el que la tocaba desempeñar por algun tiempo..., acaso por muy poco. La prueba de que seguiría siendo chiquilla, eran las dos muñecas enormes, vestidas de sedas y encajes, que encontró en su tocador, muy graves, con caras de tontas, sentadas en el confidente de raso. Allí no se concebía, ni en hipótesis, ni por soñación, que pudiesen venir otras criaturas más que aquellas de fina porcelana.

¡Asistir al viejecito! Vaya: eso sí que lo haría de muy buen grado Inés. Día y noche—la noche sobre todo, porque era cuando necesitaba á su lado, pegado á su cuerpo, un abrigo dulce—se comprometía á atenderle, á no abandonarle un minuto. ¡Pobre señor! ¡Era tan simpático y tenía ya tan metido el pie derecho en la sepultura! El corazón de Inesiña se conmovió: no habiendo conocido padre, se figuró que Dios la deparaba uno. Se portaría como hija, y aun más, porque las hijas no prestan cuidados tan íntimos, no ofrecen su calor juvenil, los tibios

efluvios de su cuerpo; y en eso justamente creía D. Fortunato encontrar algún remedio á la decrepitud. «Lo que tengo es frío—repetía,—mucho frío, querida; la nieve de tantos años cuajada ya en las venas. Te he buscado como se busca el sol; me arrimo á tí como si me arrimase á la llama bienhechora en mitad del invierno. Acércate, échame los brazos; si no, tiritaré y me quedaré helado inmediatamente. Por Dios, abrígame; no te pido más.»

Lo que se callaba el viejo, lo que se mantenía secreto entre él y el especialista curandero inglés á quien ya como en último recurso había consultado, era el convencimiento de que, puesta en contacto su ancianidad con la fresca primavera de Inesiña, se verificaría un misterioso trueque. Si las energías vitales de la muchacha, la flor de su robustez, su intacta provisión de fuerzas, debían reanimar á D. Fortunato, la decrepitud y el agotamiento de éste se comunicarían á aquélla, transmitidos por la mezcla y cambio de los alientos, recogiendo el anciano un aura viva, ardiente y pura y absorbiendo la doncella un vaho sepulcral. Sabía Gayoso que Inesiña era la víctima, la oveja traída al matadero; y con el feroz egoísmo de los últimos años de la existencia, en que todo se sacrifica al afán de prolongarla, aunque sólo sea horas, no sentía ni rastro de compasión. Agarrábase á Inés, absorbiendo su respiración sana, su hálito perfumado, delicioso, preso en la urna de cristal de los blancos dientes; aquel era el postrer licor generoso, caro, que compraba y que bebía para sos-

tenerse; y si creyese que haciendo una incisión en el cuello de la niña y chupando la sangre en la misma vena se remozaba, sentíase capaz de realizarlo. ¿No había pagado? Pues Inés era suya.

Grande fué el asombro de Vilamorta—mayor que el causado por la boda aún—cuando notaron que D. Fortunato, á quien tenían pronosticada á los ocho días la sepultura, daba indicios de mejorar, hasta de rejuvenecerse. Ya salía á pie un ratito, apoyado primero en el brazo de su mujer, después en un bastón, á cada paso más derecho, con menor temblequeteo de piernas. A los dos ó tres meses de casado se permitió ir al casino, y al medio año, ¡oh maravilla! jugó su partida de billar, quitándose la levita, hecho un hombre. Diríase que le soplaban la piel, que le inyectaban jugos: sus mejillas perdían las hondas arrugas, su cabeza se erguía, sus ojos no eran ya los muertos ojos que se sumen hacía el cráneo. Y el médico de Vilamorta, el célebre *Tropiezo*, repetía con una especie de cómico terror: «Mala rabia me coma si no tenemos aquí un centenario de esos de quienes hablan los periódicos.»

El mismo *Tropiezo* hubo de asistir en su larga y lenta enfermedad á Inesiña, la cual murió—¡lástima de muchacha!—antes de cumplir los veinte. Consunción, hebre ética, algo que expresaba del modo más significativo la ruina de un organismo que había regalado á otro su capital. Buen entierro y buen mausoleo no le faltaron á la sobrina del cura; pero D. Fortunato

busca novia. De esta vez, ó se marcha del pueblo, ó la cencerrada termina en quemarle la casa y sacarle arrastrando para matarle de una paliza tremenda. ¡Estas cosas no se toleran dos veces! Y D. Fortunato sonríe, mascando con los dientes postizos el rabo de un puro.

XVII

Los de entonces

Nos detuvimos ante la iglesia ojival, abierta al culto, pero agrietada de un modo amenazador, ruinosa por el abandono de las generaciones, indiferentes á tanta hermosura. El sol iluminaba oblicuamente los canecillos de la imposta, prolongando las graciosas caricaturas del imaginero antiguo en sombras grotescamente elegantes. La floreada cruz recortaba sus pétalos de piedra dorada por los siglos sobre un fondo de un azul transparente como cristal veneciano. Y en la desierta plazuela irregular, donde los atrios sobrepuestos de los templos parecen disputarse la devoción del creyente y el interés del artista, no había más que nosotros y las golondrinas, describiendo su airosa curva rápida y silbadora, que desgarra el aire.

Como yo me apoyase en uno de los pilares del pórtico, mi cicerone—uno de esos duendes

familiares imprescindibles en los pueblos de tradición, que conocen los secretos bien guardados de las silenciosas piedras—señaló hacia el pilar, apoyó el dedo en la base, donde muere la columna formando un esconce, y silabeó:

—Este rinconcito recuerda un hecho novelesco, que pudiera también llamarse histórico, aunque ningún historiador lo haya recogido en sus anales.

Pedí aquel pedazo de alma que dormía cautivo en la piedra, olvidado de la gente, y el cicerone, con más pintorescos detalles de los que yo puedo recordar, me refirió la anécdota.

Según el improvisado cronista, esto pasaba en el tiempo de los pronunciamientos liberales á favor de una Constitución llamada á labrar la felicidad de los españoles .. Una de las muchas ensoñaciones de oro y luz que dejan, al desvanecerse, tal vacío en la vida y tal desencanto en los espíritus... Lo cierto es que de la «niña bonita» ó sea la Constitución salvadora, andaban enamorados muchos bravos mozos en toda España; y no enamorados platónicamente, sino con resolución firme de dejar por ella fluir de cien heridas la encarnada sangre, y saltar del rotó cráneo los sesos, si los tuviesen. Sin embargo, la «niña bonita», que no era celosa, permitía infidelidades á sus galanes, y aquellos exaltados políticos tenían aventuras en las cuales ponían también su alma juvenil, de época en que no se nacía viejo.

Este era el caso de Ramón Villazás, que, sin descuidar la propaganda, reuniéndose todas las

noches con las demás cabezas calientes del pueblo para preparar el golpe cuando de Madrid... ó de más cerca llegasen instrucciones precisas, no dejaba tampoco de asistir puntual á cuantas funciones se celebraban en esta misma iglesia cuya fachada corona la cruz de pétalos de flor. Ni las novenas con sus gozos y letanías, ni las Salves, ni las misas cantadas y rezadas, ni el rosario marmoneado al oscurecer, hubiesen atraído á Ramón, si no se diese la casualidad de que una beatita de ojos de infierno y labios de llama,—que bajo la mantilla resplandecían como gajos de coral avivados por el agua salobre,—tambien hacía sus devociones aquí.

Y la beata, la linda Tecla Roldán, correspondía á las miradas y señas de Ramón, con mayor empeño de lo que quisiera el comandante de la fuerza, acantonada en el pueblo á fin de asegurar el orden y defender á la sociedad contra sus «eternos enemigos». Como que en la beatita, doncella rica y noble, había puesto el jefe la mira, para hacerla su esposa. Al enterarse de que el más empedernido de los conspiradores locales era también el apasionado de Tecla, redobló su deseo de coger «entre puertas» á Ramón Villazás.

El cual, sin menguar en fervor político, sentía aumentarse el religioso, y á ser cera estas columnas, guardarían la impronta del gallardo cuerpo que tantas veces se reclinó en ellas, aguardando la salida de las rezadoras para alumbrarse el alma con el negro reflejo de unas pupilas y el carmesí relampago de risa de unos

labios. Para entretener la impaciencia fumaba Ramón papelito tras papelito, y cuando la gente empezaba á salir, retiraba de los labios el cigarro, lo depositaba en ese esconce donde se unen la base y el fuste, precipitábase hacia la portada interior, donde el ángel Gabriel, esbelto y delicado, labrado en piedra, sonríe á la Virgen, envuelta en la simetría de los pliegues de su túnica gótica, y sin conceder atención á la gentileza de las dos figuras, acechaba el paso de Tecla, que salía con los ojos bajos, para murmurar á su oído palabras del color de su abrasada boca... Después, Ramón echaba á andar, y recogiendo su cigarro, lo encendía de nuevo si se había apagado ya, y se largaba cuesta arriba detrás de su quebradero de cabeza, para encontrarla otra vez en la penumbra de los soportales y decirla de nuevo lo ya sabido de memoria.

Sucedía todo esto durante un invierno largo y lluvioso, durante el cual se tramó, aplazándolo para la primavera, estación favorable, uno de esos alzamientos, seguro término de un ominoso estado de cosas.

Y al asomar el renuevo, pintando de un verde más tierno la campiña y haciendo brotar las locas gramíneas y los junquillos tempranos, una mañana que mas convidaba á amor que á lucha, salieron del pueblecito para reunirse con fuerzas que suponían acampadas ya á corta distancia, unos cuantos exaltados—mucho menos de los comprometidos, porque, cuando el momento llega, la gente se tienta la ropa.—Entre

los que no retrocedieron contábase Ramón Villazás. Iba embriagado de esperanza, frenético de alegría, convencido de que era el resultado infalible y de que volvería y pasaría bajo los balcones de Tecla, triunfador, entre aclamaciones y vítores...

Y poco después volvía, en efecto, cubierto de polvo, destrozada la ropa, liados con una soga boyal los brazos al pecho, ensangrentada la sién de un fogonazo. El comandante había tenido soplo y acechaba; se les siguió de cerca; la fuerza que contaban encontrar más allá del puente, pronunciada, amiga, no se había movido de su cuartel en la capital de provincia, abortado el movimiento á última hora por noticias de Madrid; —y al día siguente, Ramón y tres de sus compañeros salían de la cárcel para ser pasados por las armas en un campillo próximo á esta iglesia... Quería despachar pronto el comandante.

Ramón caminaba con paso firme. Entre sus labios oprimía un cigarro acabado de encender. Al encontrarse delante del pórtico, sus ojos se fijaron en él con insistencia amorosa. Creía ver bajo su arcada á una beatita, de rostro nimbado por la mantilla, tras de la cual resplandecen dos ojos de misterio y una boca de tentación. Y, con acción instintiva, recordando las veces que había cruzado aquel pórtico para espiar la salida de su amada, quitóse el cigarro de los labios y lo dejó en el acostumbrado esconce, como si hubiese de volver por él...

Ya estaba arrodillado y vendado, aguardando

la descarga, cuando sudoroso, jadeante, agitando los brazos, llegó un ordenanza, que acababa de reventar un buen caballo para traer el indulto... Estos golpes teatrales no escaseaban en tal época, en que las pasiones, los odios y los fanatismos jugaban con vigor sanguíneo á salvar ó perder vidas. Tecla, que se había arrojado bañada en lágrimas á los pies del capitán general, el terrible Eguía, esperaba detrás de su ventana, medio muerta de fatiga y miedo, el desenlace ..

Los reos, ya perdonados, subían la cuesta que conduce del campillo á los atrios sobrepuestos... Ramón reía y bromeaba, y el pitido de las golondrinas resonaba jubiloso en su corazón. ¡Aun quedaban horas de amor, aun vería las pupilas de sombra y los labios bermejos! Al cruzar ante el pórtico buscó su cigarro en el esconce, lo recogió con movimiento pronto, y volvió á encenderlo y á chuparlo...

XVIII

Siglo XIII

ERA esa hora en que, sin espesarse aún las sombras de la noche, se levanta un soplo frío y se ve ya la luna, como arco pálido, en el oro verdoso del cielo donde se apagan las últimas claridades solares,—cuando encontré al ciego y á la niña que le sirve de lazarillo sentados en un ribazo del camino, descansando.

Me interesan, me atraen los mendigos de profesión. Son un resto del pasado: son tan arcaicos y tan auténticos como un mueble ó un esmalte. Van á desaparecer: se cuentan en el número de lo que la evolución inevitable se prepara á borrar con el dedo. A la vuelta de una centuria no quedará en la redondez de la tierra hombre dispuesto á tender la mano á otro. La limosna está desacreditada; el que puede darla desconfía, ve do quiera lisiados fingidos que esconden millones en los andrajos; el que puede pedirla va creyendo que tiene derecho á

más, á cosa diferente, que se rebaja, que se deshonra. El altruísmo científico desdeña la caridad.—El ciego que hallo en este camino de aldea orlado de madreselvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño, tiene ya para mí algo de la poesía melancólica del anochecer que envuelve su figura, y al darle unas monedas de vellón, creo estar realizando un deporte de la Edad Media, á la puerta de algún reducido santuario, ó interrumpiendo el bordado de uu tapiz, sentada en el poyo de alguna fenestra ojival.

Goza de gran popularidad este ciego. Llámase el tío Amaro, el de Espadanela, y le conocen y solicitan en veinte leguas á la redonda para todas las fiestas, holgorios, bodas y romerías, donde su *zanfona* y sus cantares son complemento obligado del regocijo de la gente aldeana. El primer vaso de clarete y la primer escudilla de caldo, al tío Amaro se destinan. Antaño le guiaba un rapaz más malo que la rabia, listo como una centella, un pillete digno de que le incluyese Murillo en su colección de granujas; pero el chico creció; «el rey» se dignó reclamarle para su servicio, y como no tenía las pesetas de la redención, allá se fué á barrer el cuartel, mondar patatas y desempeñar otros menesteres igualmente marciales y heroicos. En las funciones de lazarillo del ciego de Espadanela le reemplaza ahora Sidoriña, alias *Finafrol*, una abandonada á quien sus padres, al embarcar para Buenos Aires, dejaron en el puerto, como se deja un trasto ya inútil que no vale el trabajo de izarlo á bordo. Allí estaba *Finafrol*, con sus

ojos verdes, enigmáticos, de líquida pupila; su carita retostada por el sol, que es la linterna de los vagabundos; sus greñas color de cáñamo, que la iluminaban como un nimbo, y los remiendos de su saya de grana desteñida, y los pies descalzos, encallecidos en el trajín de caminar á toda hora sobre polvo seco, guijarros y abrojos picones.

—¿Dónde se duerme hoy, Sidoriña?

—En la posada de los pobres,—contestó naturalmente, con una sonrisa que parecía significar: «¿Dónde ha de ser?»

Y... la verdad es que yo no sabía hacia qué parte cae esa posada de los pobres. En el primer momento creí que era el cielo raso, el diamantino pabellón de estrellas que Dios extiende gratis sobre el mundo; después calculé que sería cualquier *alpendre*, cualquier pajar que los dos mendigos encontrasen. A estos bergantes, ya se sabe, les viene bien todo; aquí caen; aquí se agarran; no hay garrapata más mala de desprender que ellos. El cubil ruinoso y hediondo del cerdo, el tibio establo de la vaca, el hórreo vacío, la choza en construcción, excelentes para una noche. Los aldeanos, con bastante frecuencia, en invierno, les permiten acostarse á la vera del hogar, al amor del rescoldo que se extingue. Las únicas puertas que no se abren para el vagabundo son las de los ricos .. Allí ya no llaman. ¿Para qué?

Mientras el ciego, creyendo su deber pagar la limosna, se levanta rígido, envuelto en el capotón mugriento, previene la *zanfona*, le arran-

ca un melodioso mosconeo, y entona en ronca voz las más perfiladas coplas de su repertorio de salutación y alabanza,—no ceso de pensar qué será esa posada de los pobres, en la cual estan seguros el viejo y la niña de pasar la noche, que ya cae derramando cenizosa neblina entre la arboleda y sobre los setos floridos, cristalizando la tierra con el rocío glacial de los primeros crepúsculos de otoño. Sidoriña, también en pie, rasca una contra otra dos grandes veneras ó conchas de Santiago, acompañando el canticio del ciego y el zumbido de la *zanfona*, y me cuesta trabajo que interrumpan la serenata, porque se consideran obligados estrictamente á dar, por cada perrilla, una copla lo menos. Así que logro imponerles silencio, pregunto á *Finafrol* acariciando sus guedejas de cáñamo tosco y enredado:

—A ver, rapaza...¿qué posada de los pobres es esa?

—¿No sabe?—exclamó atónita de mi ignorancia.—Es ahí, en la casa del tío Cachopal. Ahí en el mismo lugar de Miñobre... Según se baja para la carretera de Areal, á la orilla del mar... Antes del molino de Breame.

—La mochacha no esprica—intervino el ciego, sentencioso y solícito.—Esto de la posada lo hay que espricar, porque los señores del señorío, ¿qué se les importa? A ellos no les hace falta, que tienen sus boenas camas compridas, con sus seis colchones para la blandura, si cuadra, y sus doce mantas si corre frío, y sus tres colchas muy riquísimas; pero al pobre que anda

á las puertas, conviénele saber dónde está seguro el tejado y el saco relleno de paja para no se molestar tanto las costillas. Por el día, al ciego (y se dió un golpe en el esternón) no le falta una sombra en que remediarse con la caridad que va recogiendo de las boenas almas; y si, *verbo en gracia*, no tiene más que unas pataquitas crudas, tan conforme... ¡Nunca nos falten, Asús y la Virgen! *Finafrol* apaña ramas secas, arma fuego y asa las patatas, ó las castañas, ó la espiga tierna, ó el tocino rancio, ó lo que venga en la alforja, lo que los dinos caballeros del Señor misericordioso nos quisieron dar... Pero luego escurece ¡escurece! y un hombre, aunque se quiera valer con la capa, no se vale, que la friage le entra mismo hasta la caña de los huesos. Ahí está la cuenta porque el ciego (otra puñada que sonó como en olla vacía) siempre reza por el tío Cachopal y por el alma de sus obligaciones y de su abuelo, ¡que ya en tiempo de él era allí posada de pobres! ¡Si hacerá para arriba de cien años! Esa casta de Cachopal es toda así, tan santa, que con la sangre de ellos se pueden componer medicinas. El abuelo fué quien discurrió que tenían un cobertizo muy grandísimo y que los pobres podíamos dormir allí ricamente. El ciego (golpe á la *zanfona*) lleva ya cincoenta años de pedir por los caminos, y cuando no tiene cama, ¡arriba, á casa de Cachopal! Nos da un saco lleno de paja ó de yerba, y la cena, el caldo caliente... Así hizo su padre, así su abuelo, así hacen él y la mujer todo el año. Que se junten veinte pobres, que se junten

más, no falta el saco de paja ni el caldo de berzas. Nadie se acuesta con la barriga vacía, nadie, ni un can. Y con licencia de usía vamos cara allá, ei, *Finafrol*... que ya cai el orvallo; ya será tarde. ¡Santas y boenas noches nos dé Dios! ¡A la obediencia de usía!

La chiquilla y el ciego se levantaron, y despacito emprendieron su caminata, desapareciendo lentamente entre la neblina gris, húmeda, que penetraba de melancolía el corazón. Esperábales allí la caridad aldeana, la caridad tosca y sencilla y alegre de los tiempos medioevales, que ni se anuncia en periódicos ni se premia en sesiones académicas, entre guirnaldas de discursos y derroche de retórica moral. Obscura y humilde, la familia de cristianos labradores que desde hace un siglo da posada al peregrino y de comer al hambriento, no extraña que no lo sepan sino los que lo necesitan, y tal vez llega á encontrar su único placer, el interés de su obscura existencia, en la reunión de los andrajosos dicharacheros, á su manera oportunos, socarrones, expertos, enterados de todas los noticias. A dos pasos de la civilización, ahí está esa pintada tabla mística, — ese hogar franciscano abierto al mendigo.

XIX

Los Padres del Santo

USTED cree que las almas están sujetas á leyes fisiológicas?—me preguntó el médico rancio y anticuado, de quien se burlaban sus jóvenes colegas.—¿No le parecen mojigangas esas pretendidas leyes de la herencia, del atavismo, y demás? ¿Usted supone que por fuerza, por fuerza, hemos de salir á la casta, como si fuésemos plantas ó mariscos? Lo que caracteriza á nuestra especie—á mi modo de ver—es la *novedad* de cada individuo que produce... Nacemos *originales*... Somos ejemplares variadísimos...

Cuando así hablaba, salíamos del hermoso soto de castaños que rodea la aldeíta de Illáos, y nos deteniamos al pie de uno, ya vetusto y carcomido, que sombreaba cierta casuca achaparrada y semirruinosa. A la puerta, un viejo trabajaba en fabricar zuecos de palo. Alzó la cabeza para saludarnos, y vimos un rostro de

mico maligno, en que se pintaban á las claras la desconfianza, la truhanería y los instintos viciosos. En aquel mismo punto, una vieja de cara bestial, de recias formas, de saliente mandíbula y juanetudos pómulos, llegó cargada con un haz de tojo que porteaba en la horquilla, y que depositó sobre el montículo de estiércol, adorno del corral.

—Fíjese usted bien—advirtió el médico—en esta pareja. A él, por sus aficiones, le llaman el *tío Juan del Aguardiente*, y á ella la conocen todos por *Bocarrachada* (*Bocarrota*), porque dice cada cosaza que asusta; pero no crea usted que se contenta con decir: apenas nota que su marido hace eses, le mide las costillas con ese mismo horcado de cargar el tojo. Padre alcoholizado y madre feroz... ya se sabe; la progenie, criminal, ¿no es eso?

Y como nos hubiésemos alejado algún tanto de la casucha, el médico añadió, hablando lentamente, para que produjesen mayor efecto sus palabras.

—Pues esos que acaba usted de ver... son el padre y la madre de un santo.

—¿De un santo? — repetí sin comprender bien.

—De un santo, que está en los altares, á quien se le reza ..

—¿Un santo... canonizado, verdadero?

—Beatificado solemnemente en Roma.... de canonización inminente.... En la catedral de Auriabella ya está en un retablo su efigie.

—¿Un mártir, claro es?

—Un mártir jesuita, sacrificada por los japoneses con todo género de refinamientos... Se conocen detalles sublimes de sus últimos instantes; no ha recibido nadie una muerte horrorosa con tanta entereza ni con más alegría. No crea usted que fue mártir casual: su aspiración de siempre era esa, ir á predicar á los que desconocen el Evangelio y derramar su sangre para atestiguar la fe. Desde pequeñito le sedujo tal idea, y puede decirse de él lo que de pocos: que de la tela de sus sueños cortó su destino.

—¿Y cómo pudo—exclamé sorprendido—ordenarse de sacerdote, estando en poder de semejantes padres, que le dedicarían á recoger esquilmo y apacentar la vaca?

—¡Ah! Es que como era un chiquillo notable por su fervor y su inteligencia, el cura que le había enseñado la doctrina se fijó en él, le escogió para ayudar á misa, y de monaguillo pasó á sacristán, y de sacristán á una plaza gratuita en el Seminario de Auriabella... Los padres consintieron figurándose que allí se les criaba un futuro párroco; tener un hijo párroco es la ambición de un aldeano. ¡Había que verles cuando se convencieron de que el rapaz, después de cantar misa, no quería economatos ni curatos, sino entrar en una Orden! Estuvo en poco que entablasen pleito ó reclamasen indemnización...

—Y ahora que ven á su hijo en los altares, ¿qué dicen? Será curioso.

—¡Vaya si es curioso! Más de lo que usted presume... Cuando se supo en Auriabella el su-

plicio atroz del que ya llama el vulgo San Antonio de Illáos; cuando se tuvieron pormenores de aquella admirable constancia del joven mártir, que repetía en las torturas, al sentir las agudas cuñas hincársele en los dedos apretados por tablillas y en las piernas sujetas al cepo: «Jesús mío, sólo te pido que los salves, que les abras los ojos», refiriéndose á los impasibles verdugos que le atormentaban con asiática frialdad; cuando se comprendió que el expediente de beatificación iba á iniciarse con la rapidez que en casos tales se acostumbra, el Obispo de Auriabella quiso venir á Illáos á dar en persona la enhorabuena á los padres del triunfador, los cuales ni sabían su triunfo ni su muerte. Era el Obispo de Auriabella—que poco después falleció y ya estaba bastante enfermo del corazón—un señor bondadoso, lleno de unción y de dulzura, de esos que todo lo gastan en caridades; un verdadero Pastor, humilde con dignidad, y alegre y chancero de puro limpia que tenía la conciencia; pero al venir á Illáos bajo la impresión de un hecho tan solemne, se encontraba muy conmovido; traía los ojos humecidos, la respiración cortada y fatigosa, y aún parece que le estoy viendo en el momento en que, al divisar la choza de *Juan del Aguardiente*, saltó aprisa del caballejo que le habíamos proporcionado, se descubrió y se inclinó hasta el suelo ante los padres del confesor de Jesucristo... El viejo y la vieja le miraron pasmados, sin saber lo que les pasaba; él con su zueco á medio desbastar en la mano, ella con una sarta

de cebollas que acababa de enristrar; y como su Ilustrísima, sofocado de emoción, no pudiese articular palabra, tuvo el Arcipreste—sacerdote de explicaderas, orador sagrado de renombre, de genio franco y despejado,—que tomar la ampolleta y dirigirse á los dos aldeanos, atónitos y algo recelosos además—no se sabe nunca qué intenciones traen los señores.

—Vengo á darles una buena noticia, amigos —declaró con afabilidad y hasta con cariño el Arcipreste.

—¿Una buena noticia? Amén y así sea—barbotó socarronamente el tío Juan—que malas ya vienen todos los días, señor.

—Pues ésta es tan buena, y diré más; tan excelente, que otra así no la habrá recibido nadie de la parroquia, y pocos, muy pocos en el mundo; sólo los escogidos, los designados por Dios y favorecidos con su especial misericordia, podrán recibirla igual. ¡Alégrense, mis amigos! Prepárense á dar gracias á la Providencia.

La vieja se decidió á soltar de la mano la ristra de cebollas, y se aproximó, abriendo su bocaza sin dientes, sombría. El *del aguardiente* guiñó los ojuelos, rezongando:

—A ver luego si nos ha caído una grande herencia de muchos intereses, señor Abad.

—Mejor es que una herencia; mejor que cuantos bienes terrenales les cayesen, ¿se hacen cargo? —Es que su hijo, Antonio, el fruto de sus entrañas, ha sido elegido ¡qué gloria tan incomparable! para dar testimonio de Cristo... Allá en unas tierras que están muy, muy lejos

de aquí, su hijo ha confesado la fe, y la Iglesia, dentro de poco, le colocará en los altares, ¿entienden ustedes bien? en los altares, donde todos nos arrodillaremos para pedirle que interceda por nosotros...

—Sí, todos le pediremos, será nuestro abogado—afirmó el Obispo, cruzando las manos fervorosamente, en un transporte de su hermosa alma, rebosante de piedad y unción.

La madre—laboriosa, tardíamente—adivinó algo extraño. ¿En los altares? ¿Qué era aquello? ¿Sería...? Y, encarándose con el Arcipreste, interrogó agresiva y ronca:

—¿Hanle matado? Me diga: ¿Hanle matado?

—Su alma—respondió el Arcipreste—subió gloriosa al cielo, después de sufrir el cuerpo miserable tormentos muy crueles, que no consiguieron quebrantar su ánimo. ¡Esa es su corona!—añadió conmovido también, mientras el Obispo, gravemente, trazaba en el aire la bendición sobre las cabezas de los padres del santo.

La mal hablada callaba... Algo oscuro se removía en el fondo de su sér; algo que era á la vez sentimiento y brutalidad, pena y protesta, y que se resolvió en lágrimas tardías, más que derramadas, exsudadas por los encarnizados, durísimos ojos... Y al fin, arrancándose las greñas grises, hiriéndose el huesudo pecho con las manos nudosas y negras, exclamó desesperada:

—¡Antón! ¡Antoniño! ¡Yalma mía! ¡Siempre lo dije, siempre lo dije, que habías de morir de mala muerte! ¡De muerte fea!

Hubo un movimiento de indignación en los familiares, en los señores del acompañamieto... Sólo el Obispo no se enojó... Volviéndose al Arcipreste, murmuró:

—Es la madre. Silencio. Darles el dinero que se pueda, y vámonos.—El Arcipreste se encogió de hombros y, en confianza, me susurró á mí: «En vez de ir á predicar al Japón, debió quedarse predicando en su parroquia San Antonio... Falta hacía...»

Profesiones

I

Paternidad

La romería terminaba felizmente, sin quimeras ni palos. Diríase que, según trascurrían las largas horas de aquella tarde de Junio, la alegría iba en aumento aunque disminuyese el ruido, porque los músicos, rendidos de soplar en los cornetines y las flautas y de pegarle al bombo porrazos, se secaban la frente con anchos pañuelos de algodón de colorines, y menudeaban tragos de *resolio*, á medida del deseo del resecado gaznate. El aire estaba impregnado del olor del pulpo cocido y de la penetrante, húmeda y áspera emanación de la flor del castaño. Nos disponíamos á marchar, emprendiendo el camino de Vilamorta—antes de que cayese la noche y no se pudiese andar por los senderos con el calzado que gastan los señori-

tos—cuando se nos acercó un viejo «más alumbrado que el Santísimo» según la pintoresca frase del cura de Naya. Venía cantando, mejor dicho, berreando destempladamente, coplas muy religiosas, en honor de Nuestra Señora del Montiño, titular del santuario, y de San Antonio milagroso; y de pronto, entre las canciones edificantes, intercaló una que nos obligó á taparnos los oídos, porque, ¡diantre, picaba la condenada lo mismito que una guindilla!

Por fortuna, el cura de Naya, que en unión del notario de Cebre y el señorito de Limioso nos había acompañado y compartido nuestra merienda, es un sacerdote de muy desahogado genio, corriente y moliente, aunque, eso sí, virtuoso á su manera como el que más. Rióse á carcajadas de la facha y el canturrio del viejo, y le llamó, haciéndome un guiño, á estilo de quien dice «Nos vamos á divertir un rato. Verá usted.»

—Hola, tío Fidel—preguntóle cuando estuvo tan cerca que el vaho de su borrachera llegaba hasta nosotros,—¿qué tal? ¿Han caído buenos vasos? ¿Estaba de recibo el vino, eh? Porque le veo con muchos ánimos para cantar, y el hombre, ya se sabe, sin el buen vino no vale para cosa ninguna.

Afianzóse el viejo, porque las piernas le danzaban; se descubrió con mano lenta y temblona, y pasando del cínico regocijo á una aflicción que le arrancaba sollozos, exclamó, entre pucheros y muecas de llanto:

—¡Ay, señor abad... Ay, dinísimos señores!

¡Que se me ha muerto el hijo, que se me ha muerto el hijo!

Con gran sorpresa mía, ante esta queja que me oprimió—porque cualquiera que sea la forma de que se revista el sentimiento, siempre puede encontrar eco en el alma—abad, señorito y notario soltaron á coro la carcajada más espontánea y ruidosa. Reía el notario entre la aborrascada maleza de su barba oscura; reía el abad con su boca fresca de chiquillo, alumbrada por blancos dientes; hasta el melancólico hidalgo subía los lacios bigotes con expansión risueña. ¡Sin duda era muy chistoso que al viejo se le hubiese muerto un hijo! Salté indignada, pero mi indignación provocó nuevas demostraciones de buen humor entre aquella gente incorregible.

—Conque el hijo, ¿eh? ¡Bien, tío Fidel, magnífico! ¿Y... se puede saber cuál? Porque—añadió el notario volviéndose hacia mí—conviene saber que el tío Fidel de ese artículo anda perfectamente. ¿Cuántos tenía hace un año, por este mismo tiempo? ¿Usted se acuerda, abad?

—Hombre, se me ha borrado la cifra... ¡Haré memoria! ¡Lo que es de ochenta pasaban!

—¡De ochenta!—repetí yo atónita.—¿Pero sabe usted lo que está diciendo? ¡Ni un patriarca de la Biblia! Ea, déjense de bromas... Eso no puede ser.

El acusado—tal parecía entonces el viejo beodo—bajaba la cabeza greñosa, tartamudeando palabras que no se entendían.

Sin embargo, de sus ojos vidriados por la

embriaguez ví desprenderse una humedad como de lágrimas y no pude menos de exclamar:

—Pues llora. ¡Pobre hombre! Aunque se tengan ochenta hijos no se deja de sentir al que muere...

La respuesta á mi compasiva observación fué otro coro de risas que me pareció doblemente inhumano. Tardé más de diez minutos en sospechar que los codazos, las cucaduras de ojo y las risotadas tendrían su razón de ser, su fundamento... Ellos prolongaban gustosos mi incertidumbre para sazonar la revelación. Por último—así que el tío Fidel, convicto de más de ochenta hijos, se alejó titubeando, bordando eses en el cesped y entonando con voz que parecía salir del hueco de una olla una canción muy conocida en el país:

«*San Benitiño de Coba de Lobo*
hei d'ir alá, miña nai, si non morro»—

decidieron hablar y fué el vivaracho del cura quien se encargó de enterarme.

—Calle por Dios... Si es la guasa mayor del mundo. Pero créame que no inventamos; que es tan cierto como que estamos aquí. Este viejo, el tío Fidel, es el labrador más pobre de la parroquia de Gondelle. Pobre, eso sí, como las arañas. El trabaja... á ratitos, porque lo llaman aquí y allí para la labor de las viñas; pero el resto del año muerto de necesidad y de sed, sobre todo de sed; no hay otro más amigo del jarro. Del jarro vino la tentación, que el diablo sabe muy bien donde cada uno tiene las asas

para agarrarnos por ellas. Después de llegar á los sesenta años tan miserable que ya iba á echarse á pedir limosna...

—¿Y los hijos? ¿No le ayudaban?—interrumpí.

El abad sacó el pañuelo y se enjugó ojos y boca. También lloraba él, como el viejo; sólo que de risa.

—¡Los hijos!—repitió al fin, cuando recobró la palabra.—¡Si entonces no tenía ninguno! Pues ahí está el milagro: toda esa prole la engendró pasados los sesenta... Expresándome con propiedad: no la engendró; se descubrió que la tenía... Estando él á la puerta de la taberna del *Morito,* un mozo de la parroquia, que se llamaba Leoncio, cogió al tío Fidel y le hizo la proposición siguiente: «Si quiere beber todo el día y comer y hartarse, yo pago y le doy un duro para tabaco además. Pero antes viene conmigo á la notaría... y se pone por padre mío, á ver si libro de quintas». El tío Fidel echó sus cuentas; vió que no le importaba tener un hijo si no se trataba de mantenerle, y al contrario, si era el hijo quien corría con la *mantención,* y se dejó llevar á la notaría y reconoció aquel pecado de tiempo atrás, que no había cometido... ¡Vaya por los que serán verdá!—me decía al día siguiente, porque el tío Fidel es muy chusco y muy partidario de las rapazas, y hay que hacerle la justicia de que á nada que ellas se ablandasen, los ochenta pudo tenerlos. ¡Dios me perdone!... Bien, al caso. Ello es que el mozo libró, ¿no

había de librar? Padre pobre y mayor de sesenta años... el hijo obligado á sostenerle... libre como el aire. Y desde aquella hora... usted, notario... haga el favor de decirnos lo demás.

El notario torció el gesto, y barbotó entre gruñidos:

—Hombre, no fastidie... Cuente usted la historia, que usted tiene buen pico, y un servidor no... Yo paso por lo que diga. Amén.

—Pues es el caso... que aun cuando la ley sólo permite que libre de quintas *un hijo*, como al presentar la certificación de uno no se exigen comprobantes de que no hay otros... conocida la treta, nuestro tío Fidel empezó á reconocer un batallón de rapaces, antes sin padre conocido. Solo que subió la cuota: de un duro saltó á cinco, y después á ocho, y por último á diez, y guisote y borrachera libre, por supuesto. En la taberna del Morito ya lo saben; cuando ven llegar al tío Fidel por la mañana, ordenando que le guisen un buen cazolón de bacalao con arroz... la tabernera, la *Morita*, aquella mocetona que parece un guardia civil, sale al encuentro del viejo, y le dice, pegándole una palmada en el hombro: «¡Hola! ¡Le nace un hijo! ¡Que sea enhorabuena! ¡Me convidará al bautizo y regalará los dulces!» Y así ha ido mejorando de suerte el tío Fidel y dándose los hartazgos de la Era cristiana. Hoy ¿no repararon? iba hasta elegante, con ropa nueva, de paño fino y con sombrero de los mejores; ¡tan portado como un caballero! Se conoce que prospera la industria... Sabe Dios la cantidad de

vástagos con que se habrá aumentado la familia... Mal año para aquel sultán de Persia que se las arreglaba de modo que le nacía uno por cada día del año...

Así que el cura hizo pausa, se me ocurrió una curiosidad.

—¿Y no tiene el tío Fidel algún hijo verdadero? ¿Suyo, de sus lomos, como dice la Escritura?

El abad se encogió de hombros.

—¡Vaya usted á saber! Misterios del destino. Lo indudable es que justamente á ese, si existe, no le ha reconocido, ni ganas. Porque ese... no le valdría cuartos. Puede que se los costase.

—Sin embargo—objeté yo—, hoy ese hombre parecía realmente afligido; hasta se le arrasaban en lágrimas los ojos, al participarnos que su hijo había muerto. ¿Qué explicación encuentran ustedes al hecho, de qué hijo se trataba? Me gustaría averiguarlo.

¡Oidos que tal oyeron! El abad, que es desvivido por complacer, se separó del grupo, yéndose en busca del beodo, hacia el santuario, en la dirección donde se habían desvanecido los últimos ecos de la canción entre devota y folklórica «San Benitiño...»

Y nos quedamos esperándole, comentando el caso, distraídos por los grupos de aldeanos y aldeanas que bajaban la cuesta á saltos, á brincos, agarrados del dedo meñique, retozando, chillando—en un desahogo de júbilo, provocado por el cosquilleo bullidor del vino en las venas y el fresco de la tardecita en los pulmones. No sentíamos pasar el tiempo, pero la verdad es

que el cura tardó más de media hora en presentarse, sofocado, riente y malicioso. A nuestras interrupciones, contestó así:

—¡Qué buen recado traigo! ¡Pero qué bueno! Ya sabemos quien era el hijo que se le murió al tío Fidel. ¡Oigan, que esto merece escribirse con letras de oro! El hijo en cuestión es uno de los ochenta ó noventa... cualquiera, el que ustedes gusten... que se fué á América y se agenció allí un capitalejo, unos tres mil duros... y se murió soltero, y la herencia, claro, recayó en el *padre*... ¡Para el tío Fidel, el Potosí!... ¡Borrachera perpetua! Con el agradecimiento y la curda, ha llegado á creerse que era verdadero hijo el difunto, y se enternece hablando de él... y llora .. ¿No es muy justo? ¿Haría más un hijo efectivo y real, de su sangre? El tío Fidel siente ahora todas las impresiones sublimes de la paternidad.

II

Restorán

El que atiende por este alias, sustitución del humilde nombre de Jacobo Expósito, es un golfo cuya edad no se aprecia á primera vista. Por el desarrollo representa de once á doce años lo más; pero si su cuerpo desmedrado parece de niño, sus facciones están ajadas por la miseria y su expresión es precozmente cauta y

recelosa. Las criaturas desamparadas aprenden pronto la dura ley de la vida social; el candor de la infancia lo acaparan los ricos. *Restorán* no recordaba haber sido inocente.

Hay en Madrid gateras á quienes les «sale el día» bastante bien. Tienen una cara graciosa, un habla suelta, insinuante, labia, desparpajo; saben hacerse útiles abriendo portezuelas, avisando simones ó recogiendo el pañuelo que se cae; conocen el arte de mendigar, y cuando al anochecer, repiten «con más hambre que un oso» ó reclaman, cual si se les debiese de derecho, la «perrilla», ya en su mugrienta faltriquera danzan las monedas de cobre que les permitirán refocilarse en el bodegón de la calle de Toledo. Si conmovidos por sus quejas famélicas, en vez de soltar dinero, les llevais á una tienda y les comprais la libreta, diciéndoles majestuosamente «Anda, hijo, come», es como si les dejaseis caer una teja de punta sobre la pelona. Lo que quieren es guita. Ya sabrán gastársela. Tanto para el guisote, tanto para el peñascaró, tanto para coser los zapatos, tanto para la partida de tute... El tabaco no entra en cuenta. Ahí están las colillas.

Restorán no era de estos *vivos*. Le infundía repugnancia pedir limosna. Solo y abandonado desde los nueve años, por muerte de la verdulera que le había sacado de la Inclusa, iba rodando, pretendiendo, instintivamente, hacer algo remunerable, y sin acertar qué. ¡Trabajar! ¿Dónde, cómo? ¿Acaso le habían enseñado nunca? Tampoco le gustaba al Expósito cualquier

oficio. Un limpiabotas le quiso tomar de aprendiz... y él se negó. Lustrar el calzado sosteniéndolo en la mano, corriente: limpiar una bota puesta en un pie... eso, ¡recontra! es una grandísima indecencia. El chico no acertaba á explicar la razón; solo afirmaba lo de la indecencia con tal energía y con tales pujos de altivez, que el limpiabotas, pegándole un puntillón brutal, le echó al arroyo, no sin gritarle: «Vaya usía con Dios, señor marqués... El demonio del renacuajo, y qué soberbia gasta!»

Jacobo, tragándose las lágrimas—los golfos alardean de estoicismo—pensaba en lo de la soberbia. Como que ya se lo habían dicho sus compañeros de vagancia: «Tú tiés muchos humos...» La convicción de ser soberbio le infundió cierta complacencia interna. ¿Quién es capaz de averiguar de qué linaje procedía el Expósito? Todos los incluseros se consideran nobles; un hospiciano puede ser hijo del mismo rey. Lo cierto es que Jacobo se juró que no mendigaría. Si le daban sin pedir, bueno...

Por desgracia, el estómago no entiende de dignidades, ni espera, ni transige. El Expósito padecía una enfermedad crónica; el hambre. La había contraído en la cuna, en el escurrido seno de la nodriza, compartida con otros dos críos y no pagada por la Diputación. Y ahora, que el organismo exigía elementos para desarrollarse, que se acercaba la crisis de la adolescencia, que los huesos se estiraban, el hambre de Jacobo era gazuza; era un buitre que le roía las tripas sin descanso. Tímido y desfallecido, acercábase

al mercado: las verduleras le conocían y le daban cuál una naranja, cuál un mendrugo. Lo que hubiese... Caridad y voluntad no faltan allí nunca. Sólo que Jacobo ni por esas salía de hambriento. Lo que él soñaba era un hartazgo, hasta saciarse; una comilona á discreción, mucha carne, vino, pasteles de postre.. Los pasteles ¡que buenos serán! En los escaparates de las confiterías ¡qué caras presentan tan doradas y tan simpáticas!

Como los demás golfos, el Expósito concurría á la puerta de los teatros, de los sitios en que algún espectáculo atrae á la multitud. En ese río revuelto pesca hasta el pescador más torpe. Hay caballeros que por un recado dan media peseta. ¡Quién sabe lo que va á caer! A veces una entrada que sobra, con la cual ve el pillete la función. Y una tarde, por cierto de primavera, calurosa ya, Jacobo, arrastrado por sus congéneres, se paró delante de la puerta de una especie de barraca, levantada sobre los solares donde acababan de derribar una iglesia, para ensanchar importante arteria de la población. Sin cesar entraban y salían los concurrentes al espectáculo, perdiéndose detrás de la mampara de tela bermeja que impedía ver desde la puerta lo que pasaba dentro. El Expósito quiso meter el cuezo, olfatear qué monos danzaban allí, pero la mujerona gorda, rubia, repeinada en bucles, que despachaba los billetes, le dijocon voz melosa:

—¿Eh... jovencito... senorito... la sua entrata, eh?

Oyéndose llamar señorito, cosa tan fuera de su condición, el Expósito, en vez de sorprenderse, se sintió lisonjeado. Una comezón de nobleza y sinceridad le cosquilleó en la garganta, y exclamó con arranque:

—No tengo cuartos para la entrada, señora. ¡Ya me voy!

¡Oh sorpresa! La gordinflona sonrió, hizo una seña al chico, y le secreteó muy bajo:

—Viene manana a las dieci, si gosta. Verá lo spetacle, la funzione. Y si gosta, ganará uno douro. Mío sposo li da uno douro hermoso de argento. ¿Vieni, vuole?

¿Qué era aquello, Dios misericordioso? ¿Desvariaba? ¿Le ofrecían realmente un duro, á él, al Expósito, al hambrón? Desde las siete, al otro día, rondó la barraca misteriosa, donde se criaban *douros de argento*. A las diez menos cuarto se acercó, trémulo, á la gordinflona, que le hizo pasar, dándole palmaditas, entre cariñosos chapurreos. Un hombre pequeñillo, todo bigotazos, estaba dentro del recinto, empuñando una vara.

Jacobo sintió miedo, y estuvo á punto de echar á correr, cuando el bigotudo, en una especie de jerga, le ordenó que se quitase la chaqueta y la camisa... ¡La camisa! Facilillo es que se la quite quien no la gasta... Al observar el susto del muchacho, la gorda se acercó, le acarició, le tranquilizó á su manera, explicándole de qué se trataba, y cómo después del «trabajo» vendría el *bel douro, la moneta, sai, carino*... La voz femenil, mantecosa, persuasiva, hizo su efecto; Jacobo se dejó desnudar, mostrando el pe-

cho canijo, los hombros flacos, la espalda con los omoplatos que parecían agujerear la piel... y el bigotudo, abriendo la caja que contenía el enjambre de las pulgas sabias, exclamó jocosamente:

—*Allons, les petites artistes ¡voici le restaurant!*

Sobre la blancura clorótica del brazo izquierdo, apareció un centenar de negros puntitos movibles. Los insectos trepaban, se rebullían, corrían, elegían el sitio preferido, el más sabroso trozo de carne para clavar su aguijón y chupar. Pronto, bajo la succión de las diminutas ventosas, se enrojeció la piel, se formaron ronchas y acudió la sangre, aquella sangre del Expósito,—que acaso fuese muy azul, aunque parecia roja.—El abdomen de las *artistas* crecía y se redondeaba. Ebrias de sangre, se volvían feroces; mordían á más y mejor. Jacobo, involuntariamente, probaba á sacudirlas, crucificado por la extraña tortura; pero la rubia de los bucles le decía dulcemente, sujetándole con sus blancos dedos, barajando el italiano y español:

—¡Figliolo...pazienza... Un douro, un bel douro, per il senorito! ¡E poi vanno danzare, questas artistas, e tu rie, tú rie mucho!

Hartas ya las pulgas, arrastrando el hidrópico vientre, bailaron con ardor un vals. Jacobo no reía; deseaba llorar, porque el hombro le escocía como una quemadura. Metiéronle el duro en la mano, y electrizado, fascinado, prometió volver á la mañana siguiente. Se lanzó á un cafetín de la calle de la Cruz, y pidió chuletas, tor-

tilla de jamón... lo mejorcito. ¿No le habían comido? Era justo que comiera él. Devoró á mordiscos la dorada faz de los pasteles de crema; pidió café y copa, como un sibarita. ¡Dios! ¡Qué bueno es no tener debilidad! ¡Vaya si pensaba dejarse picar! Venga un ejército de bichos... Y en efecto, volvió al otro día á la hora fijada, ofreciendo el otro brazo, ganando el otro duro heroicamente. El escozor era insufrible... ¡Qué importa! Allí estaba el alimento, las golosinas, la almilla de algodón, la ropa, la cama...

¿Por dónde supieron los demás golfos la aventura? ¿Cómo sorprendieron y tradujeron, ellos que no habían tenido ayo francés, la frase del bigotudo, y con qué singular acierto le colgaron al Expósito el mote de *Restorán*?

Donde quiera que lo encontrasen, *Restorán* le llamaban á voces, con mofa impía, ¡*Restorán*! chillaban á coro, haciendo con dos dedos y la uña del pulgar el ademán del que acogota un bichejo. ¡*Restorán*! repetían ya las floristas, los fosforeros, las vendedoras de décimos y periódicos, los mendigos de oficio, toda la patulea callejera. «Miá que tantos humos... no querer pedir ná... y venir á parar en bisté pá las pulgas de estranjis.» El Expósito, bien comido, vestido de nuevo, sentía inundársele el corazón de rabia y de vergüenza. ¿Qué? ¿Ni tan siquiera se podía trabajar, recontra? Pues había que vivir... El que sabe lo que es tener llena la andorga, ya no se aviene á hacerse una cruz sobre ella... *Restorán* comería; ¡vaya si comería...! Y si no aprobaban aquel modo...

Desapareció de la barraca el Expósito. Quedáronse las artistas sin pitanza. La primera vez que aprovechando la distración de una dama que miraba el escaparate de una joyería, *Restorán* la sacó delicadamente del bolsillo el portamonedas, *algo* se agitó en su conciencia inculta, *algo* quiso decir la sangre; pero era sangre nueva, formada con chuletas y pasteles; la antigua, la que quizás fuese azul, se la habían chupado toda las negras artistas, sustentándose con sus jugos. Dios sabe qué sangre histórica, ilustre, nutrió á los parásitos sabios de la barraca.—Y ahora, sus compañeros de vagancia no se burlan de *Restorán*.

III

Irracional

EL deber de Cleto Páramo en Madrid era estudiar Derecho. Para eso y no para otra cosa le había enviado á la corte, con el subsidio de cuatro pesetas diarias, su tío el señor cura de Villafán. Si hemos de ser enteramente francos, el cura hubiese preferido verle ingresar en el Seminario de la diócesis, tenerle allí bajo el ala, cuidar de su alma y de su ropa interior y hacer de él un misacantano. ¡Porque ese Madrid! ¡Esa perdición! ¡Lo que allí hará un muchacho suelto! ¡Y cuando vuelva al lugar, qué va á traer

sino las camisas y los calzoncillos en un puro girón y en la conciencia un cargamento de pecados mortales! Pero, así y todo...

El «pero» en este caso especial, era el talento que á Cleto Páramo le había otorgado la Providencia, dispensadora de gracias, virtudes y dones que no nos merecemos los mortales. De mozos como Cleto se puede esperar todo, y todo lo esperaba efectivamente el cura. No cabe limitar el porvenir de quien descubre tales disposiciones, y no sería el primero ni el segundo que llegase, andando el tiempo, á ocupar los puestos más altos. La situación de España cuando Cleto levantó el vuelo era para fomentar los ensueños de la ambición. Acababa de estallar la revolución que derrocó la dinastía; un hervidero de ideales, de aspiraciones, de codicias, de apetitos, una mezcla de fuego y barro vil, como en los volcanes, se derramaba bullendo; oíanse nombres nuevos; el arte y las letras iban á transformarse. Todo esto, confusamente y al través de su anticuado criterio, lo percibía el señor cura y le estimulaba á sacrificarse por el sobrino predestinado á la gloria, al poder... quién sabe si á las dos cosas á un tiempo. Teníase el señor cura por un porro, pues no sabía más que cumplir oscuramente sus funciones sacerdotales y comer sopas de ajo, á fin de que no le faltase al estudiante la mesada; pero tocante al chico... ¡ya se vería, ya, si era ó no palo de obra!

En Villafán se aceptó el augurio. Cleto sería el que les sacase de penas, allá para dentro de ocho ó diez años; el que les arreglase lo del cau-

ce del río para prevenir inundaciones; lo de la carretera para ir á la capital; lo de los montes y dehesas que pleiteaban con sus vecinos de Baltanés; el que concediese unos miles de duros con que reparar la iglesia, rayada de grietas y amenazando ruina inminente, y el que, cubriéndose de gloria, hiciese resonar el nombre de Villafán hasta los últimos confines del mundo. «Es mucho cuento el Estudiante... No hay cosa que se le resista; aquella cabeza es «pa tó...» repetían las comadres, al salir de misa, babándose de gusto. Y el cura recalcaba: «Un cabezón... Un talento que no le cabe en él.»

En efecto, Cleto mostraba aptitudes generales. Lo mismo improvisaba un discursito para brindar á los postres el día de la Santa Patrona, la Virgen de la Mimbralera, que enjaretaba un remitido para *El Escucha*, de Segorbe, ó se soltaba con unas décimas sonoras para celebrar el garbo de una muchacha bonita. Tenía además muy buena sombra, y á las chicas las hacía desternillarse imitando voces, posturas y defectos: la cojera del alcalde, los gangueos del alguacil, la tos de señá Rosa la hojalatera, y especialmente el canto del gallo y el ladrido de los perros. Tales chocarrerías las reservaba para las paletas; que en Madrid picaba más alto el estudiante. Como que en perjuicio de las asignaturas, habían formado él y otros un Liceo ó cosa así, y alquilado á escote un local, donde, sin pararse en barras, interpretaban las obras más sublimes del repertorio antiguo y moderno. Nuestro rumbo en la vida pende de circuns-

tancias insignificantes: Cleto, entre las múltiples direcciones que podía seguir, prefirió la escena, porque cierta guapísima cursi, hija de un empleado de Gracia y Justicia, se prestó á ser su «doña Inés» en la perpetración de un «Tenorio», del cual, á causa de los panteones, estatuas y demás zarandajas, sólo se hicieron los primeros actos. Con todo eso, Cleto no disponía de un instante; andaba siempre de cabeza, sacaba suspenso, lo ocultaba... y así, mientras él se divertía, llegó la hora en que Dios llamó á su seno al cura de Villafán, que murió desconsolado porque no dejaba bienes para costear la carrera á la futura eminencia, y acaso al morir se llevaba á la sepultura la salvación y los destinos del pueblo.

Cleto se vió de la noche á la mañana sin recurso alguno, abandonado á su suerte, en Madrid. ¿Qué hacer? ¿Volverse á Villafán? ¡Si no tenía allí hacienda, ni quien le amparase! Le meterían á arar con las mulas... y él ya no servía para eso. ¿Buscar una colocación en la corte? ¿Y cuál? ¿Le admitirían en un periódico? ¡Ah! No es lo mismo trabajar en la prensa de combate que enviar remitidos al *Escucha*... ¿Sus versos? Un editor se le había reído en la cara. ¿Sus discursitos á los postres? ¡Pues si en Madrid se ganase dinero perorando, qué de millonarios habría! Y Cleto, dándose una palmada en la frente, se decidió á presentarse á Rafael Calvo, para ingresar en la compañía con cinco ó seis duros diarios de sueldo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Allí tenía se-

guro el pan, y á corto plazo la fama, los triunfos!

¡Maldad humana! Aquel envidioso de Calvo, olfateando un rival terrible, echó por tierra las esperanzas de Cleto. «No sirve usted; carece usted de condiciones; no hará usted nada por ese camino; en interés suyo le digo la verdad.» Y no fué lo peor que el ilustre «don Alvaro» le rechazase con tal rudeza, sino que armase la intriga de vastas ramificaciones, la solapada conspiración, por la cual en los demás teatros se encontró también con cara de palo. A no mediar intriga, ¿cómo se explicaba el fenómeno? Calvo le minaba el terreno, le excluía: para no verlo era preciso no tener ojos.

Exasperado, afanoso de desbaratar la inicua trama, Cleto, mientras iba viviendo de milagro, empeñando ropa, procuraba reunirse con actores, colarse entre bastidores, arrimarse al teatro, su vocación (ya no le cabía duda). Al principio le toleraron; después empezaron á mirarle como de casa, un apéndice, una verruga, algo que no servía para nada, y de que no se podía prescindir. Finalmente les infundió lástima: le cobraron afición; le emplearon en recados, en transcripción de papeles, en rebusca de accesorios; le impidieron literalmente morirse de hambre. En el café, antes y después de los ensayos, pagaba en la moneda que poseía la chuleta á que le convidaban los actores, sacando á relucir las gracias con que antaño hizo descuajarse de risa á los paletos de Villafán. Y al principiar los ensayos de un drama donde un perro tenía que ladrar oportunamente, el segundo galán dijo á Cleto:

—Hombre, usted que ladra tan bien, ¿por qué no se encarga de esa parte?

Las mejillas de Cleto se enrojecieron; una indignación asfixiante le cortó el resuello y le obligó á abrir la boca de á palmo. ¡Un papel de can! ¡Eso le ofrecían! ¡Paraban en eso tantas ilusiones!—Más como al mismo tiempo le caerían unas cuantas pesetas por noche, y él las necesitaba como las flores el riego,—á las dos horas, entre resignado, irónico y humorista, se avino á ladrar todo cuanto fuese preciso. Y ladró con tal realismo, con tal furia, que el público palmoteaba, tomándole por verdadero amaestrado chucho. No tardó en estrenarse un sainete donde un asno rebuznaba, acompañando y parodiando la endecha de un enamorado ridículo: Cleto fué contratado también para la romanza del jumento. El cocido estaba seguro: Cleto era un incomparable animal; su reputación se extendía; llamábanle de otros teatros: en la especialidad no tenía competidor. No obstante, al situarse oculto por las bambalinas para desempeñar sus papeles, al ver pasar á los primeros actores, de levita ó trusa, á las actrices con sus galas, Cleto, con escozor en los ojos y una punzada aguda en el corazón, murmuraba dentro de sí: «¡Cosas del mundo! ¡La cochina suerte y las condenadas intenciones! ¡Bien les viene que no les haga sombra!

No por eso dejaba de recoger con fruición el aplauso estruendoso, infalible, cuando cacareaba y rebuznaba, y más aún si hacía el loro. Este ya era verdadero éxito de actor. Se hablaba de

él en los periódicos, en los corrillos; se esperaba con impaciencia la frasecilla que el loro iba á pronunciar, ronca y burlona, toda erizada de *erres* mates, á la francesa. Los saineteros escribían papeles de loro para Cleto, y él abrigaba la convicción de que algunas piezas en peligro las había salvado el loro.

Cierta noche de Marzo, después de uno de estos salvamentos, salía Cleto del teatro, subiéndose la capa, porque hacía frío. Una mano le tocó en el hombro; unos brazos se tendieron, y reconoció á Pascual Bailón, el hijo menor del albéitar de Villafán, su antiguo compañero de bromas y parrandas juveniles.

—¡Ay, hijo; creí que me perdía de reir cuando supe que eras tú el loritol—exclamó el muy bárbaro.—¡Anda, y decían en el pueblo que ibas para diputao y estás hiciendo de pajarraco! Cuenta, cuenta cómo ha sío esto...

Desprendiéndose con un bufido y un empujón, Cleto siguió adelante. No podía contestar. Se ahogaba. ¿Pues no sentía pujos de echarse á llorar, lo mismo que una criatura?

IV

Perlista

El gran escritor no estaba aquella tarde de humor de literaturas. Hay días así, en que la vocación se sube á la garganta, produciendo

un cosquilleo de náusea y de antipatía. Los místicos llaman *acidia* á estos accesos de desaliento. Y los temen, porque devastan el alma.

—¿Quiere Vd. que salgamos, que vayamos por ahí, á casa de algún librero de viejo, á los almacenes de objetos del Japón?

Conociendo su afición á la bibliografía, su pasión por el arte del remoto Oriente, creí que le proponía una distracción grata. Pero era indudable que tenía los nervios lo mismo que cuerdas finas de guitarro, pues bufó y se alarmó como si le indujese á un crimen.

—¿Libreros de viejo? ¿Tragar polvo cuatro horas para descubrir finalmente un libro nuestro, con expresiva dedicatoria á alguien, que lo ha vendido ó lo ha prestado por toda la eternidad? ¿Japonerías? ¡Buscarlas! Son muñecos de cartón y juguetes de cinc, fabricados en París mismo, recuerdo grosero de las preciosidades que antaño le metían á uno por los ojos casi de balde. Eso subleva el estómago. ¡Puff!

—Pues demos un paseito sin objeto, sólo por escapar de estas cuatro paredes. Nos convidan el tiempo hermoso y la ciudad animada y hasta embalsamada por la primavera. Los árboles de los «squares» están en flor y huelen á gloria. Y á falta de árboles, trascienden los buñuelos de las freidurías, la ropa de las mujeres, el cuero flamante de los arneses de los caballos, los respiraderos de las cocinas... Sí; la manteca de los guisos tiene en París un tuto delicioso. ¡A mí me da alegría el olor de París!

El maestro, pasando del enojo infantil á una especie de tristeza envidiosa, me fijó, me escrutó con lenta mirada penetrante.

—Tengo ese olor—murmuró hablando consigo mismo—metido en los poros del cuerpo; si me retuercen, sale á chorros. ¡Qué no daría yo por encontrar regocijador y tónico el olor de París, como allá en 1860! En fin... porque á uno se le acabe la cuerda, no se van á parar los demás relojes. ¡A la calle!—Celina... mi sombrero, mi abrigo, mi bastón, mi portamoneda... *Depêchez vous, ma fille...*

El ómnibus nos soltó en el bulevar, á tales horas—las cinco de la tarde—atestado de gentío. La inmersión en las olas de la multitud reanimó al maestro. Con visos de animación me propuso llevarme á ver «algo que me interesaría quizás». La restricción era en él habitual. Su espíritu cansado evitaba afirmar con energía cosa alguna.

Internándonos por calles menos frecuentadas, no lejos de la Plaza de la Concordia, nos detuvimos en el portal de una casa grande, semiantigua, época Luis Felipe. El portero suspendió la lectura del *Gaulois* para informarnos.

—¿Mademoiselle Merry? Perfectamente... En el patio, escalera del fondo, á la derecha. Quinto piso.

—¿No le molestará á usted la subida?—indiqué al maestro.

—¡Como no hay remedio!—murmuró encogiéndose de hombros.—Si ha de conocer usted á la ensartadora de perlas... Ya un día le ha-

blé á usted de ella. Creo que merece los ciento veintiocho escalones...

Arriba. De piso en piso, la encerada escalera, al principio oscura, se llenaba de claridad. En el cuarto respiramos. En el quinto, al repique de la campanilla, salió una vieja sirviente, de rizada y almidonada papalina, semejante á las que se ven en los retratos flamencos, y nos hizo entrar—con exclamaciones cordiales de bienvenida—en un saloncito de mobiliario usadísimo, anticuado, limpio como el oro. A los dos minutos, presentóse la señorita Merry. Era otra anciana, de papalina también, pero papalina de encaje negro con cintas malva; de rostro que aún conservaba las medio desvanecidas líneas de una hermosura delicada é ideal; de ojos azules, descoloridos como violetas marchitas; de fatigados párpados, como tienen las personas que han llorado mucho; de manos pálidas, prolongadas, divinamente cuidadas, manos de aristócrata y de monja claustral. Después de los primeros saludos y cumplimientos, el maestro dijo, señalando hacia mí:

—Es extranjera... Yo rogaría á usted que la informase de algunos detalles referentes á su oficio... á su arte, me atrevería á decir.

—¡Arte!—pronunció la señorita, sacudiendo la cabeza.—Oficio y muy oficio. Me dedico, señora, á enhebrar perlas; es decir, á colocarlas de manera que luzcan todo lo posible, y que vayan exactamente aparejadas según su magnitud y su oriente. Ya ve usted qué cosa tan sencilla. Pasen ustedes á mi taller, y así se formarán idea

de cómo trabajo. Justamente tengo entre manos la gargantilla de un rajá, un tesoro de la India. Por aquí...

Abrió una puertecilla disimulada y nos encontramos en el taller, cuarto clarísimo, vacío, sin alfombra, sin cortinajes, casi sin muebles, excepto un taburete bajo y una mesita negra con ranuras paralelas, de anchuras diferentes. En el suelo una pirámide de cribas de agujeritos menudos; en el fondo una caja de caudales, de hierro y acero, destinada á encerrar las perlas de noche.

—Antonieta, sillas para este señor y esta señora—ordenó la perlista.—No extrañen ustedes ver la habitación tan desnuda... Si una perla salta de la ranura ó se me escapa á mí de entre los dedos, tengo que encontrarla; no voy á disculparme con que no parece... Las junturas del piso están tomadas con cera. Perlas hubo aquí tasadas en cientos de miles de francos... Si no morimos asesinadas y robadas, yo y mi pobre criada, milagro será. Jamás duermo tranquila; me levanto á rondar; el menor ruido me eriza el cabello. ¿Ven ustedes? Estas cribas son para cribar las perlas cuando se quiere hacer con ellas eso que llaman un collar de perro... para lo cual se necesita que tengan una igualdad extraordinaria, absoluta; sinó, no es bonita la joya. Pero cuando las perlas alcanzan este tamaño... ¡entonces, á simple vista, las combino!

Señaló á las ranuras de la mesa. En la penúltima se alineaba una hilera de estupendas per-

las, enormes, redondas, de dulce reflejo, lácteo y opalino.

—Son las del rajá—advirtió la señorita.—De primera magnitud. Y digo de primera, porque si hay otra ranura, todavía más ancha, esa... sólo se llenó una vez cuando Oxen, el millonario norteamericano, compró secretamente una sarta antigua, dicen que de la virgen de Loreto. Eran colosales... pero disparejas. Me ví apurada para casarlas, y al fin no quedaron bien: mi conciencia me lo repetía.

—¿Y cómo se le ha ocurrido á usted ejercer esta profesión?—interrogué curiosamente.

—¡Ah!... Es la historia de mi vida—murmuró la anciana, cuya piel plegada y amarilla, del amarillo de la vitela antigua, se coloreó un poco. —El maestro lo sabe, y puesto que usted es su amiga, no tengo reparo en contársela... Ante todo, algo que á usted la sorprenderá: soy «única» en mi profesión en París... Quiero decir que á nadie sino á mí le llevan á hilar sartas de perlas; que los joyeros á mí acuden, y á pesar de ser bien escaso el número de collares magníficos en Europa, como todos vienen á parar aquí, ando siempre agobiada de labor... Es cosa singular: parece facilísimo hilar perlas, y facilísimo sería, en efecto, si se redujese á ponerlas unas tras otras... Pero cabalmente es indudable—lo aseguro por experiencia—que sólo hay una combinación dada para que luzcan debidamente, y que cada hilo requiere la suya.

Si ensarto cincuenta perlas puedo equivocarme de cuarenta y nueve modos, y acertar sólo

de uno. Así es que, á veces, ensayo las cincuenta, hasta descubrir el que debe ser. Se cuenta que tengo un secreto para hilar... Ya saben ustedes mi secreto: paciencia.—Y además, este oficio no sirve sino para quien sienta una chifladura por las perlas, como yo la sentí desde niña. No poseo ninguna, ni tamaña como un grano de trigo... y manejo las mejores del mundo. Aquí, los collares de la desgraciada Emperatriz; aquí, los de las princesas; aquí, los de las reinas, de las actrices, de las impuras, de las archimillonarias, de las odaliscas turcas, de las imágenes católicas... Ya, ya voy á *eso;* á cómo se reveló mi vocación de perlista. ¡Bien sencillo! En dos palabras. Yo tuve una hermana y un novio. Mi hermana—hermana sólo por parte de madre—heredó, de un tío suyo, una gran fortuna. Entonces mi novio rompió conmigo y se dedicó á pretenderla á ella; mi hermana le hizo caso... y se concertó la boda. Poseíamos un collarcito de familia, unas sartas; mi madre me había regalado la mitad á mí, á mi hermana la otra. Estaban mal hiladas. Hilé bien las mías, y pedí á la novia las suyas, que hilé también. Al hacerlo, sobre cada perla solté una lagrimilla... porque al fin es duro presenciar cómo se casa con otra el hombre á quien queremos. La novia, al ver su collar, creyó que no era el mismo, sino otro mejor, donde yo había puesto perlas de las mías. Esto me indicó que debía haberlo hecho... y cogí las mías y se las regalé. Al otro día, no pudiendo resistir más, me escapé sola, me vine á París, sin recursos, y se me

ocurrió ofrecer mis servicios á un joyero, que los aceptó. Ahí tiene usted la historia...

—¿Y ha conservado usted siempre la afición á hilar perlas?

—Siempre, sí... pero á veces, por momentos, me entra una fatiga, un tedio; los ojos se me nublan, no veo el agujero, ni el hilo, ni el oriente, ni la forma... Luego se me pasa, ¡y á enfilar con entusiasmo!

—Como nosotros, esa infeliz—díjome al salir el maestro, conmovido.—¡Buena lección nos ha dado! Lección para escritores. De las combinaciones que pueden hacerse con cincuenta palabras, cuarenta y nueve no valen; sólo es artística una...

Interiores

I

Bromita

HABÍA un compañero de oficina, un señor Picardo, que nos divertía infinito,—díjome el cesante sacudiendo momentáneamente la preocupación que le abruma, á consecuencia de haberse quedado sin empleo.—Tanto nos divertía, que desde que él faltó, la oficina parecía un velatorio, á pesar de las diabluras y humoradas de nuestro célebre Reinaldo Anís.

Picardo y Anís andaban enzarzados siempre, y eran impagables sus peloteras. Ha de saberse que Picardo, siendo un cuitado en el fondo, tenía un genio cascarrabias. Por eso nos entretenía pincharle, porque saltaba ¡saltaba como un diablillo! Y era perderse de risa oir los desatinos que discurría Anís, las invenciones que se traía cada mañana para desesperar al santo varón.

Picardo padecía la enfermedad de admirar; era apasionado de Moret, á quien oía en la tri-

buna del Congreso; apasionado de Silvela, como estadista; apasionado de la Barrientos, desde una noche que le regalaron unos paraísos y oyó el *Barbero*. Y nosotros le volvíamos tarumba negando la elocuencia de D. Segismundo, el acierto de D. Francisco y los gorgoritos de la diva. Anís ponía á votos la cuestión.

—Verá usted lo que todos opinan...

—A mí no me convencen ustedes. Cada cual tiene su criterio.

¿Su criterio? Eso no se lo consentíamos. Caía sobre él la oficina en peso. Y había que verle, medio loco, defendiéndose como ciervo entre alanos. Ya persuadido de que le aturdíamos y no le dejábamos resollar, se encogía, se enfurruñaba y casi desaparecía su cabeza bajo el cuello de su famoso gabán color chocolate barato. Picardo era calvo, engurruminado, pequeñito; no tenía cejas, y cuando tardaba en afeitarse, le salía un pelo de barba como hierba pobre. Al irritarse poníase colorado de súbito, desde la nuca hasta la nuez, cual si le hubiesen escaldado con agua hirviendo. Era una cosa tan fija, que nos guiñábamos el ojo: ¡Ahora! ¡ahora! ¡el pavo!

No obstante, á la larga nos pareció que á Picardo se le embotaba la sensibilidad. Ya oía tranquilo, ó poco menos, nuestras herejías contra oradores y cantantes. Habíamos gastado aquel resorte. Entonces acordamos buscar otros.

Sabíamos algo de su historia; no ignorábamos que Picardo había sufrido infortunios con-

yugales, y hasta que había estado loco, ó punto menos, una temporada. También decían que por poco se mete trapense, y que su esposa residía en Barcelona gastando boato. Nos propusimos que nos contase estas aventuras, pero no hubo forma. Lo único que logramos fué hacer reaparecer el consabido rubor de toda su cara y seguramente de toda su piel.

Como no dió más juego el asunto, emprendimos la tarea de herir los sentimientos de Picardo; porque ha de saberse que Picardo era una mina de sentimientos, y que si la noble indignación se vendiese al peso, Picardo se hace poderoso. Anís le banderilleó atacando á ministros y grandes hombres, autoridades y celebridades, y no dejando á ninguno hueso sano. La verdad es que no entiendo por qué esto le arrebolaba tanto á Picardo el cuero cabelludo. Agotado el filón, Anís arremetió con la Iglesia y, hecho un Renán, destrozó el dogma. Después le tocó el turno á las Instituciones, pero aquí le atajamos, no fuese que un portero oyese la retahila, la tomase por donde quema y se armase un caramillo. En pos de la fe y los poderes constituídos, acometió Anís á la moral, y expuso doctrinas de un inmoralismo crudo y canibalesco. Los argumentos que desenterró para convencer á Picardo de que debemos comernos los unos á los otros, eran de lo más salado y bufo. Picardo gruñía; pero lo que le sacó de sus casillas, lo que le puso, no rojo, sino violeta, fueron los insultos de Anís á las mujeres. Aquel día, al final, se abalanzó contra el deslenguado (fué el

nombre que le dió), y creímos que en un rapto de furor le sacaba los ojos. Anís se echó atrás tartamudeando:

—¿Pero qué le pasa á este imbécil?

No tardamos en saber lo que le pasaba. Averiguamos que Picardo tenía una hija, á quien adoraba, de quien no hablaba nunca, y que algunas frases de Anís le habían sonado como alusiones á la muchacha. Pura casualidad, pues Anís ignoraba su existencia.

Lo cierto es que Anís quedó deseoso de jugarle una gorda á Picardo, y que no tardó en conseguirlo.

—Dejémosle ya en paz,—recuerdo que dije al bromista.—Da fatiga torearle tanto.

—Nada de eso,—protestó él.—Lo que haré será discurrir algo fino, una broma que se pegue al cuerpo.

Me acuerdo de que esta conversación fué el sábado antes de Carnaval, y el domingo convidé yo al teatro á toda la oficina. Nos reímos como benditos con el gracioso sainete *Los pantalones*; hasta Picardo se reía. Anís tomaba en la representación interés especial.

Pasados los Carnavales, volvimos á nuestras tareas. Yo creí que Anís había renunciado á su propósito. Hablaba con Picardo muy formal, demostrándole una cortesía deferente. Cuando sonó la hora de retirarse, Anís me hizo una seña disimulada de que saliésemos con Picardo. Miré de reojo. Picardo recogía del bastonero su bastón y se apoyaba en él como todos se apoyan; sin fijarse. Al hacerlo, pareció que tropezaba.

Le vimos examinar el bastón con sorpresa, encogerse de hombros y echar á andar.

—¿Ha cortado usted el bastón?—pregunté sofocando la risa.

—Tan poco, que apenas se nota,—respondió Anís en el mismo tono.—Y pienso continuar todos los días, pero sólo una pizca, una miaja. La gracia está en que el *bonus vir* se figure que el bastón encoge. Saco la contera y la vuelvo á colocar, y ni visto ni oído. Hoy algo percibió, pero se figurará que ha soñado. Verá usted cuando transcurra tiempo. No volvamos á salir con él: puede escamarse.

Así se hizo. Nos limitamos á observar al paciente con el rabo del ojo. Desde el cuarto día se reveló su preocupación. Era, no obstante, tan poquito lo que del palo raía Anís, que no pudo germinar la sospecha de la broma. A cada paso estaba Picardo más abstraído, más metido en sí, más melancólico. Llegó el período de hablar solo, de accionar sin causa. Alguna vez nos fijó angustiosamente. No sé si era que quería consultarnos ó que recelaba. Esto último no debía de ser, porque todo se hizo de un modo impenetrable. El portero veía á Anís raer el bastón, pero un duro nos aseguró su silencio.

Alarmado yo por la expresión de extravío de la cara de Picardo, al fin me solivianté.

—Oiga usted, Anís: no más... Hay que desengañarle.

Anís se rió y asintió:

—Bien; pues se le desengañará mañana; entre

otras cosas, porque ya el bastón no mide una altura verosímil.

Y el mañana no llegó nunca.—Al otro día, Picardo no concurrió á la oficina: había tenido un acceso de su antiguo frenesí en mitad de la calle; gritó, pegó, quiso matar á un policía, y le encerraron, naturalmente, en un manicomio.

—¿Y su hija?—pregunté.

—No sé qué habrá sido de ella,—contestó el narrador, encogiéndose de hombros, con indiferencia distraída.

II

Eximente

El suicidio de Federico Molina fué uno de los que no se explica nadie. Se aventuraron hipótesis, barajando las causas que suelen determinar esta clase de actos, por desgracia frecuentes, hasta el punto de que van formando sección en la prensa; se habló, como siempre se habla, de tapete verde, de ojos negros, de enfermedad incurable, de dinero perdido y no hallado, de todo, en fin... Nadie pudo concretar, sin embargo, ninguna de las versiones, y Federico se llevó su secreto al olvidado nicho en que descansan sus restos, mientras su pobre alma...

¿No pensáis vosotros en el destino de las al-

mas, después que surgen de su barro, como la chispa eléctrica del carbón? ¿De veras no pensáis nunca, lo que se dice nunca? ¿Creéis tan á pies juntillas, como Espronceda, en la paz del sepulcro?

El príncipe Hamleto no creía, y por eso prefirió sufrir los males que le rodeaban, antes que buscar otros que no conocía, en la ignota tierra de donde no regresó viajero alguno.

Tal vez Federico Molina no calculase este grave inconveniente de la sombría determinación: no sabemos, no sabremos jamás, lo que creía Federico—ni aun lo que dudaba,—porque á Hamleto, trastornado por la aparición de la sombra vengadora, no le preserva de atentar contra su vida la fe, sino la duda; el problema del «acaso soñar...»

Una casualidad de las que parecen inventadas y no pueden inventarse, trajo á mis manos algo que á un diario se asemeja; apuntes trazados por Federico, que tenían en la primer hoja la fecha de un año justo antes del drama. La clave de su desventura la encierra el elegante album con tapas de cuero de Rusia, con las iniciales F. M. enlazadas, de oro, vendido á un prendero en la almoneda, adquirido por un aficionado á encuadernaciones, que arranca cuidadosamente lo escrito ó impreso y sólo guarda la tapa, habiéndose formado una soberbia ¿diré biblioteca? de forros de libros, y á quien yo he suplicado que me ceda lo de dentro, ya que sólo estima lo de fuera,—y tal vez es un gran sabio.—Así pude penetrar en el espíritu del sui-

cida, y creo que nadie traducirá, sino como yo las traduje, las indicaciones que extracto coordinándolas.

. . . . . .

«¡Siempre lo mismo! La impresión persiste. ¿Cómo empezó?

Esto es lo malo: no lo puedo decir. Fué tan insensible la inoculación, que apenas recuerdo antecedentes.

No veo causa, no veo origen definido. No he recibido, á mi parecer, ningún susto; no he sufrido emoción alguna, profunda ó repentina y sobrecogedora, que justifique estado de ánimo tan especial.

¿De ánimo? Y también de cuerpo. Noto que mis funciones se han alterado; cada día compruebo los estragos del mal en mi organismo.

La depresión de mis faculades es gradual, honda.

Mi inteligencia está perturbada, mi cerebro no rige, mi corazón es un reloj descompuesto. Ni aún sé si voy á conseguir notar con exactitud lo que me pasa.

Lo intentaré...

Se me figura que el origen de *esto* ha sido la mala costumbre de leer de noche, en cama, á las altas horas.

La puerta está cerrada: yo mismo, antes de acostarme, he dado á la llave dos vueltas. La calma de uno de los barrios menos ruidosos de Madrid envuelve como acolchada mantá el dormitorio y la casa toda. La seguridad es absoluta: desde tiempo inmemorial no se oye hablar

de ningún robo, de ningún ataque á domicilio; sólo miserables raterías al descuido. Ningún peligro me amenaza. Estoy despierto; tengo á mano, bien cargado, mi revólver, y mi servidor, que duerme cerca, es fiel y resuelto; cuento con él á todo trance.

Siendo así ¿por qué, en medio de la lectura, me quedo con el libro abierto, los ojos fijos en un punto del espacio, las manos heladas, el pelo electrizado en las sienes, el diafragma contraído?

¿Qué oigo, qué veo, que percibo alrededor de mí?

La habitación es bonita, confortable, sin nada que pueda excitar insanamente la fantasía. No hay en ella sino muebles modernos y ricos, una larga meridiana en que duermo la siesta, asientos bajos, mi armario de luna, un estante de libros, un reducido escritorio. Ni rinconadas, ni cortinajes tras de los cuales la imaginación finge bultos escondidos traidoramente...

Los colores del tapizado son alegres; el fondo, claro; por presentimiento sin duda, no he querido colgar de la pared sino cuadros de plácido asunto, evitando los santos martirizados, las escenas de crueldad y sangre. Con tales elementos de serenidad, es preciso que lo diga, es preciso que lo reconozca: ¡tengo miedo...! un miedo horrible, un miedo que me impide respirar, sosegar y vivir.

Apenas los últimos ruidos de la ciudad se aquietan; así que empieza á establecerse ese sosiego amodorrado que invita á la dulzura del sueño, un desvelo nervioso se apodera de mí.

Una voz irónica murmura dentro de mi cráneo, más allá de mi oído: «¡No dormirás, no dormirás!» Y esto es lo extraño: me encuentro en compañía de alguien, no sé de quién, pero de alguien que se instala allí, á mi lado, tan próximo, que me parece escuchar el ritmo de su respiración y advertir cómo su sombra se desliza suave, fugaz, por la blanca pared frontera.

Ese misterioso *alguien* no se coloca jamás delante de mí. Le siento á mis espaldas. ¿Dónde? No hay sitio libre entre la cama y la pared. Sin duda – todo es posible tratándose de un aparecido—la pared retrocede para dejar hueco á su cuerpo; y si yo me volviese ahora de improviso, vería al ser que se ha propuesto no abandonarme. Pero no me atrevo, no me atreveré nunca. Le creo detrás; no me resuelvo, y temo que extienda una mano, que me figuro fría y marmórea, y me la pase lentamente por la sien ó me tape con ella los ojos...

Vuelto á las aprensiones de la niñez, apago la luz precipitadamente y me cubro el rostro con los pliegues de la sábana para defenderme de la espantable caricia.

¿Seré tan cobarde...? Avergonzado, empiezo á recontar los actos de valor de mi hoja de servicios... He tenido, como todo el mundo, mi media docena de lances de honor, y, lo que ya no es tan frecuente, en uno de ellos dejé mal herido á mi adversario, una *fine lame*. Estuve á pique de ahogarme en San Sebastián, y no recuerdo que se me encogiese el alma. Velé á un primo mío, enfermo del tifus más pegajoso, y

ni se me ocurrió temer al contagio. He mostrado indiferencia ante los peligros, y no falta algún amigo mío que diga que tengo pelos en la entraña. El testimonio de mi conciencia grita que no soy apocado.

Y, sin embargo, esto es miedo, miedo vil; no falta ningún síntoma: ni el castañeteo de dientes, ni el sudor helado, ni el zumbar de oídos, ni las desordenadas palpitaciones del corazón, que súbito se detiene como si fuese á dejar de latir.

El reloj, guardado en la mesa de noche, teje con regularidad rítmica su tic-tac menudo, y mi sangre, cuajada ó arrebatada violentamente por la alteración del miedo, da un vuelco más fuerte que todos, y se precipita torrencial, causandome una especie de congestión. Es que detrás de mí he sentido, ya claramente, un respirar lento, un hálito de fatiga, un soplo perceptible, y me encojo, y no acierto á incorporarme, y permanezco así, oyendo siempre el respiro del *otro mundo*, que en ondas largas, sutiles, me envuelve...

Me he consultado. «Viaje usted, haga ejercicio, coma cosas nutritivas; eso es efecto no más de los nervios y la imaginación.» ¡Como si los nervios y la imaginación no formasen parte de nosotros! ¡Como si supiésemos lo que esas palabras,—nervios, imaginación,—quieren decir!

He viajado; mi viaje ha durado tres meses. En las habitaciones de las fondas, infaliblemente, cada noche me ha visitado el mismo terror; he percibido detrás de mí, en acecho, al mismo sér, que no puedo nombrar ni calificar, pues no

tengo ni remota idea de su forma: ignoro de dónde viene. Sólo sé que está allí, que su aliento sepulcral me roza la cara, que penetra hasta mis tuétanos, que vierte en ellos ponzoña.

Una noche, en un acceso de rabia, cogí mi revólver y disparé hacia atrás, donde sentía el hálito maldito. Acudió gente; pretexté miedo á ladrones. ¿Cómo explicar? No entenderían...»

. . . . . .

«Y es preciso que esto termine,—decía una de las últimas hojas del diario.—Me volveré loco, porque después del disparo he vuelto á oir la respiración, he vuelto á comprender que había *alguien*, y es imposible resistir tanto tiempo un suplicio que ni puedo confesar.»

Sin duda, después de emborronada esta página, el miedo insuperable hizo su oficio, y Federico Molina no disparó contra una sombra.

III

Las vistas

Ya terminaba la faena de la instalación de los trajes, galas, joyas y ropa interior y de mesa y casa, lo que nuestros padres llamaban *las vistas* y nosotros llamamos el *trousseau*, cometiendo un galicismo y tomando la parte por el todo. En el gran salón, forrado de bro-

catel azul, retirados los muebles, se había erigido, alrededor de las cuatro paredes, ancho tablero sustentado en postes de pino, cubierto por amplias colchas y paños de seda azul también, el color predilecto de la rubia novia; y simétricamente colocado y dispuesto con cierto orden que no carecía de simbolismo, ostentábase allí el lujo de la boda, los miles de duros gastados en bonitas cosas semiinútiles.

A lo largo de los tableros podía estudiarse, prenda tras prenda, no sólo el secreto del tocado íntimo de la futura señora de Granja de Berliz, sino de la vida común, la ya inminente vida conyugal. Los ojos curiosos se recreaban en las faldas de crujiente seda tornasol con volantes soplados como pétalos de flor fresca; en las enaguas, donde se encrespan las concéntricas orlas de espuma del encaje; en los pantalones y *suits* de forma indiscreta, con moñitos provocativos; en las docenas y docenas de camisas vaporosas y guarnecidas, de escote atrevido, ondulante; en los cubrecorsés, que repiten el motivo galante y gracioso de la camisa; en las luengas medias flexibles, de transparente seda palida, caladas allí donde las han de llenar las finas curvas del empeine y del tobillo, y se ha de adivinar la seda más delicada aún de la piel; en las batas salpicadas de lazos fofos, blandos, de tejidos esponjosos y sin apresto, como arrugadas de antemano, lánguidas con voluptuosa languidez; en los corsés breves, moldeados, enrollados, y uno de ellos —el del día solemne—florido en su centro por

diminuto ramito de azahar... Y después, la ropa que ya pertenece al hogar, al menaje: las sábanas con arabescos de bordados primorosos ó con encajes de elegante diseño; las mantas que prometen dulce calor familiar en el invierno; las colchas de espesa seda, veladas por guipures, todo rebordado con cifras cuyo enlace significa el de las almas; las mantelerías brillantes, los caprichosos servicios de te de forma rusa, los infinitos refinamientos de la riqueza y del gusto, el derroche que se admira un día y pasa después á los armarios.

En maniquíes se gallardeaban los vestidos, los abrigos, los sombreros; en varias mesas, dentro del gabinete contiguo, las joyas y la plata labrada, los velos y volantes, las sombrillas, los abanicos. Cuando las amigas y amigos convidados á la exhibición penetraron en las dos habitaciones y empezaron á cumplir su deber de deslumbrarse, envidiar, alabar alto y criticar bajo todo aquéllo, subía la escalera el novio, Cayo Granja de Berliz, uno de los buenos partidos que por espacio de ocho ó diez años de soltería militante se disputaron á alfilerazos varias señoritas de la corte, y á quien por fin había logrado prender en su red de oro Nina Valtierra. Red de oro, no sólo porque Nina era rubia, sino porque Nina tenía hacienda, brillante porvenir dorado.

Y sin embargo, á pesar de las ventajas y atractivos de Nina, Cayo, al ascender á casa de su novia, llevaba formada la resolución de romper el concertado enlace. Enganchado pri-

mero por ardides de coquetería y por esa insensible derivación de los sucesos que nos lleva adonde nunca pensamos ir; comprometido después por la misma virtud de lo dicho y hecho, que tantas veces no responde ni á lo sentido ni á lo pensado, Cayo, poco á poco, durante los meses de cortejo oficial, se había dado cuenta, con una especie de terror, de que *no quería* á su futura. Gustábale, eso sí; gustábale para la charla y el devaneo, para la somera intriga amorosa, para la superficie y la película del sentimiento, que ni sentimiento llega á ser, bien mirado; pero había momentos en que, á aquella mujer que le gustaba, creía Cayo detestarla con todo su corazón, y de buen grado le diría la frase del hierro al imán: «Te odio más que á cosa alguna, porque atraes y no eres capaz de sujetar.» La tristeza y la preocupación que algunos más observadores notaban en Cayo, no tenían otro origen sino esta idea, que en vez de borrarse se alzaba de relieve, cada día más importuna, más tenaz, más torturadora. A nadie lo decía; á nadie se hubiese atrevido á confiarlo. Se reirían de él. ¡Vaya una ocurrencia! ¿No era Nina Valtierra una muchacha guapa, fina, lista, con caudal, de parentela ilustre, de tan buena reputación como las demás de su esfera y clase? ¿Qué tacha podía ponerle? ¿Qué requisito le faltaba? Y Cayo, sonriendo con amargura, se decía á sí mismo: «La tacha es mía. El requisito me falta á mí. Es que *no la quiero*. Y á ella también le falta esa divina quisicosa. Tampoco *me quiere*. Casarse, bueno; quererse..... no

nos queremos de ninguno de los modos..... ni siquiera del modo inferior. Ni aun disfrutaremos de la locura corta que termina en tontería muy larga. ¿Y por qué no lo he visto antes? ¿Que venda me cubrió los ojos á mí, que no estaba enamorado? Es—añadía Cayo disculpándose á sí mismo; en esto paran todos los soliloquios —que no me he fijado en que el matrimonio es cosa seria, la más seria de la vida. He ido á él como se va á una comida ó á un sarao. Ahora veo que no tengo derecho á casarme. Le diré la verdad á Nina. Es lo mejor..... Antes de saltar al precipicio, retroceder.»

No sin lucha se decidió Granja á realizar este acto de sinceridad inusitado. Adivinaba la extrañeza y los comentarios, el remolino de escándalo que levanta al desbaratarse una boda; presentía las reconvenciones de los padres; dolíale el bochorno de la novia. Con todo eso, iba determinado ya. Hablaría con lisura, francamente; haría todas las reservas y daría todas las explicaciones que pudiese apetecer el amor propio, hasta la vanidad de Nina; proclamaría la verdad á gritos, ó si era preciso la reemplazaría con la mentira más conveniente y discreta; se declararía arruinado, enfermo, vicioso, lo que quisiesen y le impusiesen; pero rompería la boda. ¡Ah sí: la rompería!

Y subía la escalera del bonito palacete de los Valtierra, detenido á cada peldaño por una felicitación, un apretón de manos, una frase de amabilidad de los que acudían á admirar las vistas ó se volvían habiéndolas admirado. Al

pronto Cayo no entendía; tardó en hacerse cargo del motivo de tantas enhorabuenas. Cuando acordó, sintió una especie de golpe allá dentro, parecido á brusco encontronazo con la realidad. ¡Las vistas! Sí, aquel día se enseñaban. ¿Tan pronto? ¡Sin duda se había adelantado la fecha! Nina decía la víspera riendo: «¡Quiá! Ni en ocho días es posible que se exponga el *trousseau*. Falta una infinidad de cosas. Sólo por milagro...» El milagro estaba allí: el *trousseau*, completo, se exponía desde las tres de la tarde... y eran las seis. Aturdido, Cayo penetró, siguiendo la corriente de los extraños, en el salón azul, y miró alrededor con género de curiosidad, como se mira lo que no nos afecta personalmente. Le asombró la cantidad, la calidad de lo expuesto, y esta idea, que el novio no formulaba, se encargó de expresarla en alta voz Perico Gonzalvo el cual, tocándole familiarmente en el hombro á Cayo, dijo con énfasis:

—¡Chico! ¡Menuda sangría al bolsillo de los papás!

Sí, todo aquello debía de haber costado mucho: una atrocidad de dinero. Aunque los hombres, oficialmente, no entienden de trapos, el hábito y el roce de la sociedad les convierten en expertos y casi en modistos. Telas, guarniciones, cintas, bordados, pieles, se les presentan con su valor, con su cifra al frente: son dinero gastado. ¡Vaya si se habían corrido en los preparativos de la boda! Nunca se acababa de ver preciosidades: lo murmuraban con halagüeño y suave *run-run* las señoras que iban desfilando, echan-

do por última vez los lentecitos de concha á los tableros cargados de magnificencias. Cayo sentía lo que siente, si es artista, el que va á destruir, á arrasar algo bello y suntuoso. Dos palabras de su boca, un «no quiero», y el soberbio *trousseau* queda inútil y perdido; materia explotable para las revendedoras. Esta preocupación aumentó al pasar al gabinete donde Nina, radiante, enseñaba á sus amigas regalos y alhajas. De los abiertos estuches, donde centelleaba la pedrería; de los reflejos lisos y fulgurantes de la plata; del sutil y elegante contorno de los abanicos abiertos, mostrando el incrustado varillaje y las artísticas pinturas del país; de los brazaletes que han de ceñir la muñeca; de las cadenas que han de rodear el cuello, se desprendía, se elevaba el concepto de algo definitivo, consumado, irreparable. Cayo pensaba oir cómo le decían los objetos: «Tonto, ¿pero tú crees que no te has casado ya? Reflexiona. Tanto como la bendición del cura, tanto como las fórmulas de la ley, y antes que todo ello, *casamos* nosotros. Las vistas son ya el matrimonio hecho y derecho; las cifras bordadas y entrelazadas de tu nombre y el de tu futura, no permiten que separeis vuestros destinos. No sueñes con romper lo que unieron modistas, sastres, diamantistas y bordadoras. Te acordaste tarde. Eres marido, eres consorte; se han realizado tus nupcias.»

Y Cayo, pensativo, oprimido el corazón, hizo un movimiento de hombros como quien dice «al agua», y, resuelto al consorcio, se acercó al

grupo, donde Nina le sonreía lo mismo que acababa de sonreir á los demás.

IV

Las Caras

Al divisar, desde el tren, de bruces en la ventanilla, las torres barrocas de Santa María del Hinojo, bronceadas sobre el cielo de un rosa flúido, el corazón del viajero trepidó con violencia, sus manos se enfriaron. El tiempo transcurrido desapareció, y la sensibilidad juvenil resurgió impetuosa.

Eran las torres «únicas» de aquella «única» iglesia en que el sacristán le había permitido repicar las campanas, admirar los nidos de las cigüeñas emigradoras, y cuya baranda había recorrido volando sobre el angosto pasamano, y mirando sin vértigo, con curiosidad agria, de mozalbete, el abismo hondo y luminoso de la plaza embaldosada, á cuarenta metros bajo sus pies.

Y también le emocionaba la plaza, con sus soportales y sus acacias de bola, y más allá el jardín, donde era un esparcimiento arrancar plantas y robar flores; y las calles y callejas tortuosas, los esconces sombríos de las plazoletas, hasta las innobles estercoleras, secularmente deshonradoras de la tapia del Mercado, le

poblaban el alma de gorjeadores recuerdos, todos dulces, porque, á distancia, contrariedades y regocijos se funden en armonías de saudades...

Seguido del granuja que llevaba la maleta, saltarineando á la coscojita los charcos menudos, el viajero apresuraba el paso, comiéndose con la vista los lugares, anticipando la impresión infinitamente más fuerte y honda de la primer cara conocida... Una de esas caras inconfundibles, distintas de las demás que andan por el mundo, ya que en ella hemos puesto lo íntimo de nuestro yo... Caras de compañeros de juegos y diabluras, caras de parientes formales y babosos que regalan juguetes y chupandinas, caras de maestros cuyas reprimendas y castigos son sonrisas para el adulto, caras de muchachas graciosas en quienes encarnaron los primeros ensueños, nada inmateriales, de la pubertad... Caras, caras... En algunas caras se resume toda vida de hombre.

Y el viajero, de antemano, saboreaba el esperado momento... Según avanzaba hacia el centro de la ciudad, cruzado el puente y traspuesto el barrio de las Fruterías, veía la supuesta, la fantaseada primer cara conocida que la casualidad iba á depararle, y que le iluminaba por dentro, como alumbra la luna, embellecíendolo, un páramo. Miraba afanoso á derecha é izquierda, á los balcones, á todo transeunte, registraba los soportales, de siempre misteriosa penumbra... Los paletos devolvían con insolencia la ojeada, los burgueses con curiosidad. Una muchacha se le rió en sus narices, provocándo-

le. A la puerta de la posada detúvose el viajero para depositar su maleta de mano, y rehusando el desayuno que le ofrecían, interrogó al mozo:

—¿Sigue al frente de este parador don Saturio, el extremeño? ¿Uno gordo, cano él?

—No, señor... Esto es fonda... y la dirige una bilbaína.

—¿Y don Saturio, dónde anda?

—No le puedo decir al señor...

El viajero tomó aprisa el camino de la Plaza grande, puerilmente orgulloso de saber atajar por callejas imposibles. ¡Si conocería él los andurriales del pueblo! Iba derecho al café de las Américas, el mejor. De muchacho, le costaba un triunfo y era una calaverada el pasar media horita en el café de las Américas. Como allí bailaban flamenco, sobre resonante estarivé, unas mozas pintorreadas, de ojos mazados por el vicio, los padres vedaban á sus hijos que aportasen por semejante perdedero... Y las caras revocadas de blanquete de las mozas—¡hacia donde habrían rodado ellas!—hubiesen conmovido, en aquel punto, al viajero... ¡Sí; le hubiesen suscitado emoción pura, romántica!

Allí estaba, sin duda, el local, la puerta y el amplio escaparate... pero el vidrio, que antes dejaba ver las cabezas de los parroquianos paladeando el negro brebaje, mostraba ahora filas de sombreros hongos colocados simétricamente con el precio fijo en grandes cifras:—12,50; 7,95.—Al frente, el rótulo: «La última moda. Sombrerería.»

El viajero, desconcertado, siguió adelante,

en busca de un café, que no podía faltar... Tuvo que dar la vuelta á media plaza, hasta encontrarlo, profuso en dorados, decorado con lunas altas y pinturas chillonas, que el humo del tabaco empezaba á amortiguar.

—La mesa más cerca del vidrio...

Y, desdeñoso del bol humeante, ensopando distraídamente la tostada embebida de rancia manteca, el viajero esperaba... Era domingo; las amigas campanas del Hinojo llamaban á misa; la gente no tenía más remedio que pasar por allí; avizoraría las caras, cuando desfilasen ante él... Advirtió al mozo:

—Al retirar el servicio del café, tráigame una botella de Martel y una copa.

Sentía el cuerpo desazonado; la fría modorra de las noches de tren entumecía sus venas; el café y la tostada habían caído como plomo en su estómago dispéptico... Se acordaba de sus luchas, de tanto sudor y fatiga para juntar un «peto» que le permitiese morir descansadamente donde había nacido... La felicidad que se prometía estaba en aquel momento representada por las caras, las caras en que iba á revivir la esperanza, la frescura aterciopelada de los días en que la vida no pesa. Temblaba de contento al pensar en el goce inexplicable y positivo que causan unos rasgos fisionómicos—no los rasgos de una mujer adorada, ni los venerados del padre ó de la madre, no;—los de varios rostros que, juntos, compendian la sugestión de la gran sirena del pasado, infinitamente divino...

Mientras él aguardaba, estremecido, pasaban

ante el vidrio caras y caras, joviales, ceñudas, demacradas, rollizas; caras lampiñas y barbudas, caras inteligentes y bestiales; caras de señoritas cuajadas en un mohín de pudor pretencioso, caras de señoritos fumadores que sacan los labios en gesto de bravata y chunga... Y el viajero, dando cuerda á su energía á puros sorbos de cognac, no acababa de ver pasar, risueña, bucles al viento, su juventud, su propia juventud ensoñadora...

¡No conocía ninguna, ninguna de aquellas caras que iban desfilando hacia el pórtico de Santa María del Hinojo, donde hasta los angelotes del retablo y los rudos santos de las archivoltas le conocían á él!

Al fin le pareció... ¡Sí, era indudable: reconocía varias caras!... ¡Las reconocía... como se reconocen, en las lápidas borrosas por el tiempo é invadidas por musgos y líquenes, letras un tiempo clara y profundamente incisas por el cincel! Aquella señora obesa, que caminaba tan despacio, molestada por el peso de un embarazo tardío, era... ¡santo Dios! la espiritual, la ingrávida Lucía Garcés... su pareja de vals en los bailecillos del Casino!... Aquel viejo de marchitas mejillas, de ojos amarillentos, de bigote azul á fuerza de tinte, no parecía sino Polvorosa, el Tenorio alegre y varonil, el seductor de oficio de la ciudad... Aquella consumida anciana, de pelo grís, telarañoso, que llevaba de cada mano un chicarrón... debía de ser, sin duda, la coqueta Antoñita Monluz, que arrojaba, desde su florida ventana, ramitas de romero á los mu-

chachos! Y la que iba á su lado, conversando con ella... ¡Jesús! ¡se concibe!—era su antigua rival, su prima hermana Carmen Monluz, que la odiaba porque, á fuerza de lagoterías, mañas y tretas, Antoñita le había quitado un excelente novio... Recordaba el viajero perfectameute el gesto de odio, desprecio y desafío con que se miraban las dos primas, cuando la casualidad las hacía encontrarse; las frases insultantes que se decían; las hablillas del pueblo, exaltado por la historia, hecho un hervidero de chismes... Y ahora las rivales iban mano á mano, y cuando el grupo cruzó ante el café, el viajero escuchó que ambas mujeres departían sobre los precios de los alimentos, muy pacíficas, comadreando, lamentándose sólo de la carestía...

El viajero sintió una angustia honda, una desolación de vacío, como si acabase de secársele dentro una raíz viva y fresca... No le importaría, en último caso, el inevitable variar de las caras; las caras son carne corruptible. Lo que le confundía, lo que le apretaba la garganta y el corazón, era otro cambio, el de lo que se adivina y se trasluce en una fisonomía; el cambio íntimo, el desaparecer, sin que dejase rastro ni huella, del alma que se desborda de los semblantes y les presta su valor y significación misteriosa, superior—¡él por lo menos lo había creído!—al tiempo, á los sucesos, al giro indiferente del planeta...

Abismado, el viajero fijó por casualidad la vista en el espejo que tenía enfrente. La sorpresa dilató sus ojos. Tampoco su cara dejaba

trasmanar el alma de antaño. La expresión de la juventud, cándida, preguntadora, amorosa, no estaba allí. Si se buscaba á sí mismo—y de fijo se buscaba—en las caras ajenas, ¡mal hecho! ¡trabajo perdido!, no podía encontrarse; ¡el «yo» de entonces no existía!

¡Qué dolor tan grande, tan sutil y refinado! Llevaba consigo un muerto, y acababa de averiguarlo, en hora crítica, por la confidencia de un turbio espejo de café.

Se levantó, pagó, y lentamente se encaminó hacia la fonda. Preguntó á qué hora salía el primer tren... A las doce; faltaban cuarenta minutos.

—¡A la estación!—gritó al mozo que empuñaba el asa de su maleta.

V

Por dentro

Vistiendo el negro hábito de los Dolores, en el humilde ataud—de los más baratos, según expresa voluntad de la difunta,—yacían los restos de la que tan hermosa fué en sus juventudes. La luz de los cuatro cirios caía amarillenta sobre el rostro de mármol, decorado con esa majestad peculiar de la muerte. Aquella calma de la envoltura corporal era signo cierto de la

bienaventuranza del espíritu:—así lo supuso María del Deseo, sobrina de la que descansaba con tan augusto reposo—al asomarse á la puerta para contemplar por última vez el semblante de la Dolorosa.

Desde su niñez oía repetir María del Deseo que la tía Rafaela era una santa. No de esas santas bobas, de brazos péndulos y cerebro adormido, sino activa, fuerte, luchadora. No se pasaba las mañanas acurrucada en la iglesia, sino que, oida su misa, emprendía las ascensiones á bohardillas mal olientes, las correrías por barrios de miseria, las exploraciones por las comarcas salvajes del vicio y las suciedades suburbanas. Llevaba dinero, consejos, resoluciones para casos extremos y desesperados. Se sentaba á la cabecera de los enfermos, y mejor si el mal era infeccioso, repugnante y muy pegadizo. Y si encontraba á un enfermo de la voluntad, á un candidato al crímen.,. entonces establecía cordial intimidad con el miserable, buscándole trabajo adecuado á su gusto y á su aptitud, distrayéndole, mimándole, hasta salvar y redimir su pobre alma ulcerada y doliente. Así la voz del pueblo, unísona con la de la familia, repetía esta afirmación: ¡doña Rafaela Quirós, la «Dolorosa», era una santa!

La sobrina, recluída en el convento del Sagrado Corazón, donde se educaba con arreglo á su clase social, creía de un modo tierno y poético en la santidad de la hermana de su madre. Por charlas oídas á las doncellas primero, á las monjas después, sabía que doña Rafaela usaba,

pegado á la carne, un rallo de hojadelata, un cinturón de martirio; que se pasaba días enteros sin más alimento que un reseco mendrugo y un sorbo de agua pura. La imaginación de la niña se enfervorizaba, y al recordar la siempre arrogante figura de la Dolorosa, la veía despidiendo vaga claridad, luz que emitía el puro cuerpo mortificado y ennoblecido por la penitencia. ¡Ella sería como doña Rafaela, cuando pudiese, cuando mandase en sus acciones! Ella continuaría la hermosa leyenda... Y hé aquí que, á los pocos días de haber vuelto María del Deseo á su casa, cumplidos los diecisiete años, doña Rafaela sucumbía á una enfermedad cardiaca, contraída de tanto subir y bajar escaleras de pobres, afirmaba el médico... Como el soldado que se desploma al pie de la bandera, al oscurecer de una jornada de combate, la santa caía vencida por su tarea sublime de consoladora, — envidiable tránsito.—Por eso su cara tenía aquella expresión de paz, tan diferente de la angustia indefinible que la nublaba en vida...

¡Así quisiera estar, á la hora inevitable, María del Deseo! Ella seguiría las huellas de su buena tía doña Rafaela Quirós; pisaría el mismo camino de abrojos, que conduce al prado de bienandanza; sería otra «Dolorosa». Y para confirmar su vocación, venía, á las altas horas, aprovechando el descuido de las criadas encargadas de velar, á recoger á hurto una reliquia, algo muy íntimo, muy personal, sobre el santo cuerpo. Para el latrocinio piadoso, María del

Deseo había escondido unas tijeras de bordar en el bolsillo.

Trémula, fría, resuelta, se acercó al cadáver. El aroma funerario, semicorrompido, de las rosas que lo cubrían—nadie ignora qué olor peculiar contraen las flores colocadas sobre los muertos—sobrecogió á la niña. Sus tirantes nervios la sostuvieron, y fué derecha hacia la cabecera del ataud. Como si tratase de cometer un crimen, atisbó alrededor para convencerse de que no la veía nadie. Dilatados los ojos, entrecortado el aliento, se decidió al fin á mirar atentamente la cara color de cera de la Dolorosa. En los labios cárdenos se había fijado una especie de sonrisa extraña. María apartó la vista del semblante en que el enigma de la muerte parecía amenazar y atraer á un tiempo, y valerosa y horrorizada deslizó la mano por la abertura del hábito, buscando el escapulario que allí estaría, impregnado de la vitalidad y del sufrimiento de la santa. Su mano crispada tropezó con un objeto, metálico y redondo, pendiente de una cinta. La cortó con sus tijeras, se apoderó del objeto, y lo miró á la luz de los cirios. No era medalla devota, sino medallón de oro: contenía una miniatura, rodeada de un aro de pelo negrísimo. El grito que iba á exhalar María del Deseo, lo reprimió un instinto, una prudencia maquinal; su cuerpo se tambaleó; tuvo que reclinarse en el ataud, porque un vértigo nublaba sus pupilas.—La miniatura representaba á su padre, en el esplendor de la juventud, hermoso y arrogante, con cierto aire de

reto que había conservado hasta la madurez.

Sin embargo, nada concreto y positivo decía á la inocencia de María del Deseo hallazgo tan singular. Fué sorpresa, no espanto, lo que sintió. No buscó, al pronto, la explicación; algo recobrada del sobresalto, se bajó, recogió el medallón que se le había escapado de las manos, lo besó, lo guardó en el seno piadosamente, y arreglando las ropas de la difunta, se dispuso á arrodillarse y orar, cuando, en el umbral de la puerta, vió á su madre, de riguroso luto, llorosa, que venía, rosario al puño, á rezar y velar ella también, mientras no amanecía. Una idea cruzó por la imaginación de María del Deseo. ¡Qué idea! ¡qué sugestión del demonio! ¡qué relampago! ¡qué abismo! Un temblor de frío intenso la acompañaba... Se encaró la niña con la señora.

—¿Has perdido algo, mamá?

—¿Perder? ¿Por qué lo preguntas?

—¿No tenías tú un medallón... el retrato de mi padre?

Precipitadamente, la señora se registró el pecho.

—Aquí está... ¡Qué susto me diste!

María del Deseo se acercó á los cirios otra vez, y consideró el medallón, tirando de la cadena de oro que lo sujetaba al cuello de su madre. Luego lo dejó caer, y sus dedos tocaron, en el propio seno, el bulto del otro idéntico medallón.

—Ese medallón tuyo... ¿no tenía pelo?—articuló balbuceando.

—No... Tu pobre padre nunca quiso... Decía que entre marido y mujer era ridículo... Y además, como le habían salido canas... Pero, ¿qué tienes?—exclamó viendo vacilar á su hija.—¿Te pones mala? Vé y acuéstate, criatura... Yo velaré... No te aflijas así: ¡tu tía está en el cielo! ¡Era una santa! ¡Quién como ella!

María del Deseo no contestó. Cayó de rodillas, y escondiendo la cara entre las manos rompío á llorar en silencio, á hilo, apretando los labios para que el pasado no saliese por allí—el siniestro pasado,—y sintiendo que en su corazón se derrumbaba algo inmenso, cuyas ruinas la envolvían y la aplastaban contra la tierra por una eternidad.

VI

La enfermera

El enfermo exhaló una queja tristísima, revolviéndose en su cama trabajosamente, y la esposa, que reposaba en un sofá, en el gabinete contiguo á la alcoba, se incorporó de un salto y corrió solícita adonde la llamaba su deber.

El cuadro era interesante. Ella, con rastro de hermosura marchita por las vigilias de la larga asistencia; morena, de negros ojos, rodeados de un halo obscuro, abrillantados por la excitación

febril que la consumía—sosteniendo el cuerpo de él, ofreciéndole una cucharada de la poción que calmaba sus agudos dolores. Escena de familia, revelación de afectos sagrados, de los que persisten cuando desaparecen el atractivo físico y la ilusión, cebo eterno de la naturaleza al mortal... Sin duda pensó él algo semejante á esto, que se le ocurriría á un espectador contemplando el grupo, y así que hubo absorbido la cucharada, buscó con su mano descarnada y temblorosa la de ella, y al encontrarla, la acercó á los labios en un movimiento de conmovedora gratitud.

—¿Cómo te sientes ahora?—preguntó ella arreglando las almohadas á suaves golpecitos.

—Mejor... Hace un instante, no podía más... ¿Cuándo crees tú que Dios se compadecerá de mí?

—No digas eso, Federico,—murmuró con ahinco la enfermera.

—¡Bah!—insistió.— No te preocupes. Lo he oído con estos oídos. Te lo decía ayer el doctor ahí á la puerta, cuando me creíais amodorrado. Con modorra, se oye... Si me alegro, Juana mía. No me quites la única esperanza. Mientras más pronto se acabe este infierno... No; ¡perdón! Juana: me olvidaba de que á mi lado está un ángel... ¡Ah! ¡Pues si no fuera por ti!

Muy buena sería Juana, pero lo que es propiamente cara de ángel no la tenía. En su rostro se advertían, por el contrario, rasgos de cierta dureza, una crispación de las comisuras de los labios, algo sombrío en las precoces arrugas

de la frente y, sobre todo, en la mirada. Federico se enterneció al considerar el estrago de aquella belleza de mujer destruída en la lucha con el horrible mal.

—Juana...—balbuceó.— Me siento ahora un poco tranquilo. Sin duda has forzado la dosis del calmante... No te sobresaltes. ¡Si te lo agradecería! Escucha... Voy á aprovechar esta hora; tengo que decirte... Prométeme que me escucharás sin alterarte, Juana...

—Federico: no hables; no te fatigues—respondió ella.—No pienses más que en tu salud. Los asuntos para después: cuando sanes del todo.

—¡Después!—repitió meditabundo el enfermo.— Su mirada vaga, turbia, se fijó en un punto imaginario del espacio; lejos, lejos... camino del *después* misterioso hacia donde le arrastraba implacable su destino.—Ahora—insistió.—Ahora ó nunca, Juana. No me hará daño, créelo. Estoy seguro de que, al contrario, me hará bien. ¡Si tú sospechases lo que pesa en el corazón un secreto! ¡Si supieses cómo abruma eso de callar á todas horas!

—¿Un secreto?—contestó como un eco Juana, inmutandose.

—Por favor, querida... no te alarmes ya, ni te alborotes luego cuando te confiese... Prométeme que tendrás serenidad. Siéntate ahí; dame la mano. ¿No? ¡Como quieras...!

—¿Ves? Te cansas; déjalo, Federico, —porfió Juana agitada por imperceptible temblor, como si luchase consigo misma.

—Oye... Nadie mejor que yo conoce lo que le perjudica. Estoy cierto de que hasta para morir más resignado necesito espontanearme, acusarme... Juana: ahora no somos más que un pobre enfermo y la santa que le asiste. El último consuelo te pido; sé indulgente; dime por anticipado que me perdonarás.

—¡Te perdono... y calla, Federico! —profirió ella sordamente, en tono colérico á pesar suyo.

Él, realizando sobrehumano esfuerzo, se sentó en la cama, echando fuera el busto, inclinándose hacia su mujer en un transporte cariñoso y humilde. Era de esos enfermos afinados por el dolor, que dicen y hacen cosas tiernas y desgarradoras y se afanan en excitar los sentimientos de los que les rodean. La emoción profunda de Juana le animó; cruzando las manos con fervorosa súplica, rompió á hablar:

—Me perdonas, me perdonas... Es que no sabes; es que crees que se trata de alguna falta leve. Fué grave; soy muy culpable, y me atormenta pensar que te estoy robando, no sólo el tiempo y el trabajo que te cuesta cuidarme, sino otra cosa que vale más... Después de que lo sepas, ¿me querrás todavía? ¿No me abandonarás, dejándome que muera como un perro?

Juana se puso en pie de un brinco. El temblor nervioso de su cuerpo se acentuaba. Su voz era ronca, obscura, fúnebre, cuando dijo con aparente irónica frialdad:

—Ahórrate el trabajo de confesar. Estoy tan enterada casi como tú mismo.

El enfermo, sobrecogido, se dejó caer sobre

la almohada. Sus pupilas se vidriaron sin humedecerse; era el llanto seco, por decirlo así, de los organismos agotados.

—¡Estabas enterada!

—¿Pues qué creías? – repuso ella, lívida, apretando los dientes, apuñalándole con los ojos.

Federico se cubrió el rostro, aterrado. Acababa de desmoronársele dentro lo único que le sostenía. Creía en el amor de su enfermera; alentaba aún, gracias á tal convicción; y he aquí que las inflexiones de la voz, el gesto, la actitud de Juana acababan de arrebatarle, de súbito, esa divina creencia. El ódio se había transparentado en ellos tan sin rebozo, tan impetuoso en su revelación impensada, que la aguda sensación del peligro —del peligro latente, mal definido, acechador,—suprimió en aquel instante la noción del remordimiento y atajó la confesión en la garganta.

—Juana—suspiró,—ven, oye... Mira que no hubo nada. ¡Lo que iba á contarte eran unas tonterías...!

Ella se acercó. En los carbones por donde miraba brillaban ascuas: su ceño se fruncía trágicamente; las alas de su nariz palpitaban de furor. Nunca la había visto Federico así: y sin embargo, era una expresión que se adaptaba bien al carácter su fisonomía, ó mejor dicho, pantetizaba su fisonomía verdadera. El terror del enfermo paralizó hasta su lengua. Por instinto pueril quiso ocultarse bajo la sábana.

—No te escondas—articuló ella despreciativamente, pisoteándole con el acento.—Mira que

si te veo tan miedoso, me re-i-ré de ti. ¿Comprendes? Me re-i-ré. ¡Y es lo único que le faltaba á mi venganza para consumarse! ¡Reir! ¡La risa! ¡Oh! ¡Cómo te aborrezco! Ya no callo mas...

Federico la miraba extraviado, loco. ¿Tendría pesadilla? ¿Era ya la muerte, la fea muerte, la condenación, el castigo de ultratumba? ¿Era la forma que tomaba, para torturarle, su conciencia de pecador?

—¡Juana! —tartamudeó. — ¿Estoy soñando? ¿Venganza? ¿Me aborreces?

Ella se aproximó más; acercó su boca á la cara de Federico, y como filtrándole las palabras al través de la piel, repitió:

—Te aborrezco. Me creíste oveja. Soy fiera, fiera; oveja no. Me ofendiste, me vendiste, me ultrajaste, torturaste mi alma, me enloqueciste, me alimentaste con ajenjo y con hiel,—¡y ni aun te tomaste el trabajo de reconocer que mi juventud se marchitaba y se ajaba mi hermosura y se torcía mi alma, antes confiada y generosa! Y cuando te sentiste herido de muerte—de muerte, sí, y pronta; ¡lo has acertado...!—entonces me llamaste: «Juana, á servirme de enfermera... Juana, á darme la poción...»

—¡Y lo hiciste de un modo sublime, Juana!—sollozó él.—¡Y fuiste una mártir á mi cabecera! ¡No lo niegues, querida mía! ¡Perdóname!

Juana soltó la carcajada. Era su reir un acceso nervioso; asemejábase á una convulsión, que retorcía sus fibras.

—¡Sí que lo hice!—repitió por fin, dominándose con energía tremenda.—¡Sí que lo hice! ¡Va-

ya si te dí la poción! Cada día te dí la poción... ¡que más daño te hiciese! ¡Aquella y no otra! ¡Ah! ¿No lo sospechabas? ¡Tú sí que has sido engañado! ¡Tú sí! ¡Tú sí!

Oyéronse toquecitos en la puerta. La voz respetuosa de un criado anunció:

—El señor Doctor.

Y entró el joven médico, guanteado, afeitado, afable, preguntando desde el umbral:

—¿Cómo sigue el enfermo? ¿Y la incomparable enfermera?

VII

La reja

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonroseaba una emoción repentina, y contestó á la tornera:

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban á la reja baja; estaba allí su primo Luis—casi su hermano,—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuído espléndidamente para reparar la torre de la iglesia, que amenazaba ruina, y las contadas veces que venía á hablar con Sor Casilda, se les permitía que conversasen sin tasa de tiempo ni vigilancia de oído.

El esperaba ya en el locutorio, salita limpia, esterada, enjalbegada, amueblada con bancos de madera, sillas de paja y dos fraileros. Era allí casi tangible el silencio, el recogimiento casi palpable; la celosía amortiguaba la luz solar; ningún ruido venía de la desierta calleja toledana, y los cuadros obscuros, bituminosos, de negro marco, aumentaban la impresión de melancolía, como de indiferencia hacia la vida, que infundía aquel lugar.

Luis, desplomado en uno de los dos amplios sillones de baqueta, puestos los codos en los descansaderos, dejaba colgar un brazo, y en la palma de la mano del otro reclinaba la frente. En esta misma actitud de cansera dolorosa estaba cuando, á paso quedo, la monja avanzó, y al detenerse pronunció un ¡ssst! suave.

—¿Qué es eso, primo? ¿estás malo?—articuló Sor Casilda. Luis había vuelto el rostro en dirección de la reja, y la monja le consideraba con susto; tal le hallaba de desencajado, los ojos asombrados y fijos, la boca contraída, negros y resecos de calentura los labios, el aliento que de ellos salía, impuro y fétido como la exhalación que se levanta de revuelto pantano, en horas de tormenta.

—Malo, no — respondió Luis. — No tengo nada de lo que se dice enfermedad. Lo que tengo es pena... ¿oyes? pena horrible... Estoy en una de esas horas que hay... ¡horas negras! .. y vengo á que alguien me muestre un poco de cariño, porque ¡me hace tanta falta...!

La monja se estremeció. Escuchaba con sen-

cillo agrado la voz de Luis cuando hablaba de cosas indiferentes; pero, á poco que el sentimiento la timbrase, recordaba con punzante intensidad que era la misma voz, la única que había derramado en su oído inolvidables conceptos... Por rápido y soso que hubiese sido el noviazgo; por pronto que se hubiese convertido en fraternidad, Sor Casilda guardaba allá dentro, invisible, una herida... herida dulce, cruel, sin cesar ofrecida á Dios, sólo por él curada, cerrada nunca. Para que la herida no la doliese tanto, Casilda había buscado en el convento ese bálsamo pasado de moda, eternamente eficaz, del aislamiento, de la muerte parcial, del renunciar y del obedecer. No fué misticismo; fué más bien una especie de filosofía humana, instintiva, la que aconsejó á la niña que ocultase sus formas en el hábito de ruda estameña y cubriese su cabeza con la toca. Como tantas almas enfermas y exhaustas, buscó el reposo, única dicha de los que irremisiblemente pierden las esperanzas terrenas. Casi se hubiese sentido feliz en el convento si ignorase la situación de Luis, su historia privada. Pero la conocía. ¿Cómo? ¿Por referencias de quién? Ahí está lo que no acertaría á explicar de un modo concreto; pero sabía, sabía; todo había llegado hasta ella, cual llega penetrante olor de flores malditas salvando rejas y muros. Las reclusas están más al corriente de lo que se cree de cuanto en el mundo ocurre, no por relatos circunstanciados, sino por indicaciones expresivas. Un movimiento de cejas, un entornar de ojos, se interpretan en el claustro;

la imaginación de la encerrada hace lo demás. Los gestos y las medias palabras referentes á Luis se traducían para Sor Casilda de esta suerte:—«En pecado. Por consecuencia, en más tribulación y tormento que alegría.»—Y rezaba, rezaba, con un ímpetu de esos que llegan al *más allá* misterioso. ¡Que Luis, algún día, se arrepintiese y se salvase!—aunque á ella le fuesen cerradas las puertas divinas, tras de las cuales no hay mentiras, ni tristezas, ni miserias, ni culpas... Y ahora que le veía indudablemente en el primer peldaño de la escala del arrepentimiento, bajo la impresión de una catástrofe moral de las que en un instante inmutan la conciencia, Sor Casilda, en vez de complacencia, sentía una piedad infinita, inmensa, arrasadora, que derretía su corazón y conmovía sus entrañas: algo muy trágico, muy hermoso y muy fuerte, que la arrebataba y la trastornaba, haciéndola olvidar en un minuto los propósitos y las aspiraciones de tantos años...

Con la violencia del impulso de empujarlos, los hierros de la reja se incrustaban en su cuerpo enflaquecido y lastimaban sus afiladas y descoloridas manos, que pugnaban por alcanzar, al través de ellos, á Luis. El cual, ahora, sollozaba muy bajo, quejándose como se quejan los niños cuando están enfermos y no saben explicar su mal á las madres. La monja repetía suplicante:

—Pero cuéntame... Pero, di, Luis, di por Dios... Desahoga, desahoga...

—¡No puedo!—gimió él, abrumado por lo inútil, por lo estéril de su agonía.—Casilda, no

puedo. Tengo ¿ves? una argolla de garrote en la garganta y noto vértigo en la cabeza. ¡Esa reja baila ..! ¡Tú también! Es raro ¿verdad? que un hombre, un hombre que no es un necio ni un cobarde, se ponga así por... por una... ¡por una infamia de mujer! Mira, estoy loco, Casilda; si digo algún disparate, perdónamelo. ¡Dichosa tú, que has logrado vivir lejos de estos combates! ¡Si supieses cuánto se sufre! No, ni lo sospechas. Reza por mí... para que me muera pronto, ¿entiendes, hija mía? No vayas á equivocar la oración y solicites largo plazo á mi existir... ¡Casilda, Casilda! Tú me has querido bien. ¡Compadécete de mi! ¡Que alguien me compadezca!

Ahora sí que la reja bailaba—mejor dicho, trepidaba como si fuese á desprenderse del rudo marco de piedra donde sólidamente la fijaban emplomaduras enormes. La monja, rabiosamente, con el peso de su débil cuerpo y el escaso vigor de sus bracillos de anémica y sedentaria, pretendía arrancar el primer enrejado... Luis vió el sublime é insensato movimiento y lo agradeció con una mirada más dolorosa que las palabras. Sor Casilda redobló sus esfuerzos. Jadeaba; resollaba hondo y congojoso como el leñador cuando descarga el hacha; se estropeaba los dedos, se deshacía las muñecas, y repetía en su afán:

—¡Luis! ¡Luis! ayúdame... Quiero salir. Ayúdame, rompámosla...

Luis se encogió de hombros. Aquella locura de su pobre prima le traía á él, por contraste y

comparación, á la realidad. ¡Romper una reja así! Y cuando por caso imposible la rompiese, ¿no era doble la reja? ¿No tendrían que arrancar la segunda, erizada de picos de hierro? Aquella reja era el propio destino de la monja; y el suyo, el de Luis, aquel dolor desesperado é incurable, que arrastraría siempre consigo. Se levantó, y acercando el lívido rostro á un claro de la reja, murmuró:

—Casilda... déjalo... No puedes, Casilda. No podemos. Y si pudiésemos... ¿para qué? Es inútil. Todo es inútil en el mundo. Tu compasión... y basta...

VIII

El revólver

En un acceso de confianza, de esos que provoca la familiaridad y convivencia de los balnearios, la enferma del corazón me refirió su mal, con todos los detalles de sofocaciones, violentas palpitaciones, vértigos, síncopes, colapsos, en que se ve llegar la última hora... Mientras hablaba, la miraba yo atentamente. Era una mujer como de treinta y cinco á treinta y seis años, estropeada por el padecimiento; al menos tal creí, aunque prolongado el examen, empecé á suponer que hubiese algo más allá de lo físico en su ruina. Hablaba y se expresaba, en efecto, como quien ha sufrido mucho, y yo sé que los

males del cuerpo, generalmente, cuando no son de inminente gravedad, no bastan para producir ese marasmo, ese radical abatimiento. Y, notando cómo las anchas hojas de los plátanos, tocadas de carmín por la mano artística del otoño, caían á tierra majestuosamente y quedaban extendidas cual manos cortadas, la hice observar, para arrancar confidencias, lo pasajero de todo, la melancolía del tránsito de las cosas...

—Nada es nada—me contestó, comprendiendo instantáneamente que, no una curiosidad, sino una compasión, llamaba á las puertas de su espíritu.—Nada es nada... á no ser que nosotros mismos convirtamos ese nada en algo. Ojalá lo viésemos todo, siempre, con el sentimiento ligero, aunque triste, que nos produce la caída de ese follaje sobre la arena.

El encendimiento enfermo de sus mejillas se avivó, y entonces me dí cuenta de que habría sido muy hermosa, aunque estuviese su hermosura borrada y barrida, lo mismo que las tintas de un cuadro fino, al cual se le pasa el algodón impregnado de alcohol. Su pelo rubio y sedeño mostraba rastros de ceniza, canas precoces... Sus facciones habíanse marchitado; la tez, sobre todo, revelaba esas alteraciones de la sangre que son envenenamientos lentos, descomposiciones del organismo. Los ojos, de un azul amante, con vetas negras, debieron de atraer en otro tiempo, pero ahora los afeaba algo peor que los años; una especie de extravío, que por momentos les prestaba relucir de locura.

Callábamos: pero mi modo de contemplarla decía tan expresivamente mi piedad, que ella, suspirando por ensanchar un poco el siempre oprimido pecho, se decidió, y no sin detenerse de vez en cuando á respirar y reahacerse, me contó la extraña historia.

—Me casé muy enamorada... Mi marido era entrado en edad respecto á mí; frisaba en los cuarenta, y yo sólo contaba diez y nueve. Mi genio era alegre, animadísimo; conservaba carácter de chiquilla, y los momentos en que él no estaba en casa, los dedicaba á cantar, á tocar el piano, á charlar y reir con las amigas que venían á verme y que me envidiaban la felicidad, la boda lucida, el esposo apasionado y la brillante situación social.

Duró esto un año—el año delicioso de la luna de miel.—Al volver la primavera, el aniversario de nuestro casamiento, empecé á notar que el carácter de Reinaldo cambiaba. Su humor era sombrío muchas veces, y sin que yo adivinase el por qué, me hablaba duramente, tenía accesos de enojo. No tardé, sin embargo, en comprender el origen de su transformación: en Reinaldo se habían desarrollado los celos, unos celos violentos, irrazonados, sin objeto ni causa, y por lo mismo, doblemente crueles y difíciles de curar.

Sí salíamos juntos, se celaba de que la gente me mirase ó me dijese, al paso, cualquier tontería de estas que se les dicen á las mujeres jóvenes: si salía él solo, se celaba de lo que yo quedase haciendo en casa, de las personas que ve-

nían á verme; si salía sola yo, los recelos, las suposiciones eran todavía más infamantes...

Si le proponía, suplicando, que nos quedásemos en casa juntos, se celaba de mi semblante entristecido, de mi supuesto aburrimiento, de mi labor, de un instante en que, pasando frente á la ventana, me ocurría esparcir la vista hacia fuera... Se celaba, sobre todo, al percibir que mi genio de pájaro, mi buen humor de chiquilla habían desaparecido, y que muchas tardes, al encender luz, se veía brillar sobre mi tez el rastro húmedo y ardiente del llanto. Privada de mis inocentes distraciones; separada ya de mis amigas, de mi parentela, de mi propia familia, porque Reinaldo interpretaba como ardides de traición el deseo de comunicarme y mirar otras caras que la suya, yo lloraba á menudo, y no correspondía á los trasportes de pasión de Reinaldo con el dulce abandono de los primeros tiempos.

Cierto día, después de una de las amargas escenas de costumbre, mi marido me advirtió:

—Flora, yo podré ser un loco, pero no soy un necio. Me he enajenado tu cariño, y aunque tal vez tú no hubieses pensado en engañarme, en lo sucesivo, sin poderlo remediar, pensarías. Ya nunca más seré para tí el amor. Las golondrinas que se fueron no vuelven. Pero como yo te quiero, por desgracia, más cada día, y te quiero sin tranquilidad, con ansia y fiebre, te advierto que he pensado el modo de que no haya entre nosotros ni cuestiones, ni quimeras, ni lágrimas,—y una vez por todas sepas cuál va á ser nuestro porvenir.

Hablando así me cogió del brazo y me llevó hacia la alcoba.

Yo iba temblando; presentimientos crueles me helaban. Reinaldo abrió el cajón del mueblecito incrustado donde guardaba el tabaco, el reloj, pañuelos, y me enseñó un revólver grande, un arma siniestra.

—Aquí tienes— me dijo—la garantía de que tu vida va á ser en lo sucesivo tranquila y dulce. No volveré á exigirte cuentas ni de cómo empleas tu tiempo, ni de tus amistades, ni de tus distracciones. Libre eres, como el aire libre. Pero el día que yo note algo que me hiera en el alma... ese día, ¡por mi madre te lo juro! sin quejas, sin escenas, sin la menor señal de que estoy disgustado ¡ah, eso no! me levanto de noche calladamente, cojo el arma, te la aplico á la sien y te despiertas en la eternidad. Ya estás avisada...

Lo que yo estaba era desmayada, sin conocimiento. Fué preciso llamar al médico, por lo que duraba el síncope. Cuando recobré el sentido y recordé, sobrevino la convulsión. Hay que advertir que les tengo un miedo cerval á las armas de fuego; de un casual disparo murió un hermanito mío. Mis ojos, con fijeza alocada, no se apartaban del cajón del mueble que encerraba el revólver.

No podía yo dudar, por el tono y el gesto de Reinaldo, que estaba dispuesto á ejecutar su amenaza, y como además sabía la facilidad con que se ofuscaba su imaginación, empecé á darme por muerta. En efecto, Reinaldo, cum-

pliendo su promesa, me dejaba completamente dueña de mí, sin dirigirme la menor censura, sin mostrar ni en el gesto que se opusiese á ninguno de mis deseos ó desaprobase mis actos; pero esto mismo me espantaba, porque indicaba la fuerza y la tirantez de una voluntad que descansa en una resolución... y víctima de un terror cada día más hondo, permanecía inmóvil, no atreviéndome á dar un paso. Siempre veía el reflejo de acero del cañón del revólver.

De noche, el insomnio me tenía con los ojos abiertos, creyendo percibir sobre la sien el metálico frío de un círculo de hierro; ó, si conciliaba el sueño, despertaba sobresaltada, con palpitaciones en que parecía que el corazón iba á salírseme del pecho, porque soñaba que un estampido atroz me deshacía los huesos del cráneo y me volaba el cerebro, estrellándolo contra la pared... Y esto duró cuatro años, cuatro años en que no tuve minuto tranquilo, en que no dí un paso sin recelar que ese paso provocase la tragedia.

—¿Y cómo terminó esa situación tan horrible? pregunté para abreviar, porque la veía asfixiarse.

—Terminó... con Reinaldo, que fué despedido por un caballo y se rompió algo dentro, quedando allí mismo difunto.

Entonces, sólo entonces, comprendí que le quería aún, y le lloré muy de veras, ¡aunque fué mi verdugo, y verdugo sistemático!

—¿Y recogió usted el revólver para tirarlo por la ventana?

—Verá usted—murmuró ella.—Sucedió una

cosa.. bastante singular. Mandé al criado de Reinaldo que quitase de mi habitación el revólver, porque yo continuaba viendo en sueños el disparo y sintintiendo el frío sobre la sien... Y después de cumplir la orden, el criado vino á decirme: «Señorita, no había porqué tener miedo... Este revólver no estaba cargado...»

—¿Que no estaba cargado?

—No, señora; ni me parece que lo ha estado nunca... Como que el pobre señorito ni llegó á comprar las cápsulas Si hasta le pregunté, á veces, si quería que me pasase por casa del armero y las trajese, y no me respondió, y luego no se volvió á hablar más del asunto...

—De modo—añadió la cardiaca,—que un revólver sin carga me pegó el tiro, no en la cabeza, pero en mitad del corazón, y crea usted que, á pesar de digital y baños y todos los remedios, la bala no perdona...

IX

El Gemelo

La condesa de Noroña, al recibir y leer la apremiante esquela de invitación, hizo un movimiento de contrariedad. ¡Tanto tiempo que no asistía á las fiestas! Desde la muerte de su esposo: dos años y medio, entre luto y alivio. Parte por tristeza verdadera, parte por comodi-

dad, se había habituado á no salir de noche, á recogerse temprano, á no vestirse y á prescindir del mundo y sus pompas, concentrándose en el amor maternal— en Diego, su adorado hijo único.—Sin embargo, no hay regla sin excepción; se trataba de la boda de Carlota, la sobrina predilecta, la ahijada... No cabía negarse.

—Y lo peor es que han adelantado el día... —pensó.—Se casan el 16... Estamos á 10... Veremos si madama Pastiche me saca de este apuro. En una semana bien puede armar sobre raso gris ó violeta mis encajes. Yo no exijo muchos perifollos. Con los encajes y mis joyas...

Tocó un golpe en el timbre y pasados algunos minutos acudió la doncella.

—¿Qué estabas haciendo?—preguntó la condesa impaciente.

—Ayudaba á Gregorio á buscar una cosa que se le ha perdido al señorito.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un gemelo de los puños. Uno de los de granate que la señora condesa le regaló hace un mes.

—¡Válgame Dios! ¡Qué chicos! ¡Perder ya ese gemelo, tan precioso y tan original como era! No los hay así en Madrid. ¡Bueno! ya seguiréis buscando: ahora tráete del armario mayor mis Chantillíes, los volantes y la berta. No sé en qué estante los habré colocado. Registra...

La sirviente obedeció, no sin hacer á su vez ese involuntario mohín de sorpresa que producen en los criados ya antiguos en las casas las órdenes inesperadas que indican variación en

el género de vida. Al retirarse la doncella, la dama pasó al amplio dormitorio y tomó de su secreter un llavero, de llaves menudas; se dirigió á otro mueble, un escritorio-cómoda Imperio, de esos que al bajar la tapa forman mesa y tienen dentro sólida cajonería, y lo abrió, diciendo entre sí:

—Suerte que las he retirado del Banco este invierno... Ya me temía que saltase algún compromiso.

Al introducir la llavecita en uno de los cajones, notó con extrañeza que estaba abierto.

— ¿Es posible que yo lo dejase así?—murmuró casi en voz alta.

Era el primer cajón de la izquierda. La condesa creía haber colocado en él su gran rama de eglantinas de diamantes. Sólo encerraba chucherías sin valor, un par de relojes de esmalte, papeles de seda arrugados. La señora, desazonada, turbada, pasó á reconocer los restantes cajones. Abiertos estaban todos; dos de ellos astillados y destrozada la cerradura. Las manos de la dama temblaban; frío sudor humedecía sus sienes. Ya no cabía duda; faltaban de allí todas las joyas, las hereditarias y las nupciales. Rama de diamantes, sartas de perlas, collar de chatones, broche de rubíes y diamantes... ¡Robada! ¡Robada!

Una impresión extraña, conocida de cuantos se han visto en caso análogo, dominó á la condesa. Por un instante dudó de su memoria, dudó de la existencia real de los objetos que no veía. Inmediatamente se le impuso el recuerdo

preciso, categórico. ¡Si hasta tenía presente que al envolver en papeles de seda y algodones en rama el broche de rubíes, había advertido que parecía sucio, y que era necesario llevarlo al joyero á que lo limpiase!—Pues el mueble estaba bien cerrado por fuera.. —calculó la señora, en cuyo espíritu se iniciaba ese trabajo de indagatoria que hasta sin querer verificamos ante un delito.—Ladrón de casa. Alguien que entra aquí con libertad á cualqier hora; que aprovecha un descuido mío para apoderarse de mis llaves; que puede pasarse aquí un rato probándolas... Alguien que sabe como yo misma el sitio en que guardo mis joyas, su valor, mi costumbre de no usarlas en estos últimos años.

Como rayos de luz dispersos que se reunen y forman intenso foco, estas observaciones confluyeron en un nombre:

—¡Lucía!

¡Era ella! No podía ser nadie más. Las sugestiones de la duda y del bien pensar no contrarrestaban la abrumadora evidencia. Cierto que Lucía llevaba en la casa ocho años de excelente servicio. Hija de honrados arrendadores de la condesa; criada á la sombra de la familia de Noroña, probada estaba su lealtad por asistencia en enfermedades graves de los amos, en que había pasado semanas enteras sin acostarse, velando, entregando su juventud y su salud con la generosidad fácil de la gente humilde. Pero—discurría la condesa,—cabe ser muy leal, muy dócil, hasta desinteresado... y ceder un día á la tentación de la codicia, dominadora de los de-

más instintos. Por algo hay en el mundo llaves, cerrojos, cofres recios; por algo se vigila siempre al pobre, cuando la casualidad ó las circunstancias le ponen en contacto con los tesoros del rico... En el cerebro de la condesa, bajo la fuerte impresión del descubrimiento, la imagen de Lucía se transformaba—fenómeno psíquico de los más curiosos.—Borrábase los rasgos de la criatura buena, sencilla, llena de abnegación, y aparecía una mujer artera, astuta, codiciosa, que aguardaba, acorazada de hipocresía, el momento de extender sus largas uñas y arramblar con cuanto existía en el guardajoyas de su ama...

—Por eso se sobresaltó la bribona cuando la mandé traer los encajes—pensó la señora, obedeciendo al instinto humano de explicar en el sentido de la preocupación dominante cualquier hecho.—Temió que al necesitar los encajes necesitase las joyas también. ¡Ya, ya! Espera, que tendrás tu merecido. No quiero ponerme con ella en dimes y diretes: si la veo llorar, es fácil que me entre lástima, y si la doy tiempo á pedirme perdón, puedo cometer la tontería de otorgárselo. Antes que se me pase la indignación, el parte.

La dama, trémula, furiosa, sobre la misma tabla de la cómoda-escritorio trazó con lápiz algunas palabras en una tarjeta, la puso sobre y dirección, hirió el timbre dos veces, y cuando Gregorio, el ayuda de cámara, apareció en la puerta, se la entregó.

—Esto, á la delegación, ahora mismo.

Sola otra vez, la condesa volvió á fijarse en los cajones.

—Tiene fuerza la ladrona—pensó al ver los dos que habían sido abiertos violentamente.—Sin duda, en la prisa, no acertó con la llavecita propia de cada uno, y los forzó. Como yo salgo tan poco de casa y me paso la vida en ese gabinete ..

Al sentir los pasos de Lucía que se acercaba, la indignación de la condesa precipitó el curso de su sangre, que dió, como suele decirse, un vuelco. Entró la muchacha trayendo una caja chata de cartón.

—Trabajo me ha costado hallarlos, señora. Estaban en lo más alto, entre las colchas de raso y las mantillas.

La señora no respondió al pronto. Respiraba para que su voz no saliese de la garganta demasiado alterada y ronca. En la boca revolvía hieles, en la lengua la hormigueaban insultos. Tenía impulsos de coger por un brazo á la sirviente y arrojarla contra la pared. Si la hubiesen quitado el dinero que las joyas valían, no sentiría tanta cólera; pero es que eran joyas de familia, el esplendor y el decoro de la estirpe... y el tocarlas, un atentado, un ultraje...

Se domina la voz, se sujeta la lengua, se inmovilizan las manos... los ojos no. La mirada de la condesa buscó, terrible y acusadora, la de Lucía, y la encontró fija, como hipnotizada, en el mueble escritorio, abierto aún, con los cajones fuera. En tono de asombro, de asombro ale-

gre, impremeditado—la doncella exclamó, acercándose:

—¡Señora! ¡Señora! Ahí... en ese cajoncito del escritorio... ¡El gemelo que faltaba! ¡El gemelo del señorito Diego!

La condesa abrió la boca, extendió los brazos, comprendió... sin comprender. Y, rígida, de golpe, cayó hacia atrás, perdido el conocimiento, casi roto el corazón.

X

De un nido

Teniendo que ir á Madrid para la gestión de un asunto importante, de esos en que se atraviesan interes considerables y que obligan á pasarse meses limpiando el polvo á los bancos de las antesalas con los fondillos del pantalón, me informé de una casa de huéspedes barata, y en ella me acomodé en una sala «decente» con vistas á la calle de Preciados.

Intentaron los compañeros de mesa redonda que se estableciese entre nosotros esa familiaridad de mal gusto, ese tiroteo de bromas y disputas que suele degenerar en verdadera importunidad ó en grosería franca. Yo me metí en la concha. El único huésped que demostraba reserva era un muchacho como de unos veinticuatro años, muy taciturno, que se llamaba Deme-

trío Lasús. Llegaba siempre tarde á la mesa, se retiraba temprano, comía poco, de través; bebía agua, respondía con buena educación, pero no buscaba la cháchara ni aparecía jamás preguntón ni entrometido, y estas cualidades me infundieron simpatía.

Solo yo en una ciudad donde no conocía á nadie; separado de la familia, á la cual siempre he sido apegadísimo—mis necesidades afectivas se revelaron en el cariño que cobré á aquel mozo apenas le ví espontanearse y logré que entrase en mi cuarto, contiguo al suyo, dos ó tres veces, para aceptar un café que yo hacía en maquinilla. Me contó su historia: aspiraba á un destino, se lo tenían ofrecido, pero era preciso armarse de paciencia. Mi olfato me dijo que la historia no estaba completa, y que detrás de aquellas revelaciones quedaba mucho que saber; pero discretamente me dí por contento y ofrecí servicios. Dinero no, y lo sentía; que á ser rico, á no tener cinco hijos, el mayor de diez años, creo que me despojo de mi caudal para remediar la situación, asaz apurada, de Demetrio.....

Detrás de la juventud suponemos el amor, y para el amor tenemos indulgencias y condescendencias infinitas. Yo creía á Demetrio enamorado, y pendiente, para realizar su felicidad, del consabido destino. Así me explicaba la preocupación del mozo, sus desapariciones, los aspectos misteriosos de su vivir, su desgana, su color quebrado y macilento. Adelantándome á la confidencia, dí lo del amor por hecho, y con tal seguridad lo afirmé, que Demetrio vino á decla-

rar que sí, que estaba enamorado hasta los tuétanos; y en cuanto pudiese casarse.....

Manifesté deseo pueril de conocer á la novia; me prometió llevarme á verla asomada al balcón; me enseñó, en efectó, á una preciosa muchacha, rubia como unas candelas, blanca, esbelta, elegantísima, de pechos en un segundo piso de calle próxima, y como yo extrañase que la niña no *nos* echase una ojeada siquiera. Demetrio sonrió y dijo:

—¡Ah! En viéndome acompañado..... Es lo más delicada, lo más susceptible.... Si supiese que está usted enterado.... reñimos, de seguro.

Desde entonces le hablé constantemente de la rubia, la puse en las nubes, alabé sus encantos....; en fin, de tal manera me interesé por la vida íntima de Demetrio, que me sucedía de noche soñar con ella, y de día pasar por la calle donde la rubia se asomaba al balcón, mirándola, disimuladamente, como se mira lo que nos importa. ¿Lo he de confesar todo? Apartado de los míos, sucedíame por momentos olvidarme de que existían. borrárseme entre neblina los contornos de la realidad. Aturdido por tantos pasos y vueltas como tiene que dar un solicitante; cansado y rendido de andar de ceca en meca y ver rostros indiferentes ó altaneros,—el único reposo y la única satisfacción era la que encontraba en interesarme por mi joven vecino. Una puerta comunicaba su habitación con la mía; descorrí el cerrojo, y de día y de noche hablábamos, nos acompañábamos y nos prestábamos pequeños servicios. El tintero, el jabón, los pei-

nes, eran bienes comunes. Viendo á Demetrio salir á cuerpo un día frío, le propuse mi capa. Yo me arreglaría con el gabán.....

Ahora que recapacito y pienso en aquel extraño episodio, comprendo que todo fué culpa de la soledad y el aislamiento, que ejercen una acción excitadora y depresiva alternativamente sobre el hombre habituado á la blanda y enervante atmósfera del hogar. Yo no podía vivir sin la comunicación de los seres de mi especie: padecía la mala enfermedad, tan peligrosa para el hombre, de *necesitar* del hombre (como si cada uno de nosotros no llevase en sí una fuerza propia é incomunicable, una suma de alegía ya de dolor que nadie puede acrecer ni aminorr....) Hoy conozco que, por mucha gente que nos rodee, vivimos solos siempre, hasta cuando nos creemos cercados de pedazos de nuestra alma y de retoños de nuestra sangre. Y esta convicción, manzana del árbol de la ciencia (amarga manzana), fue para mí fruto de la aventura que voy relatando,—porque cuando regresé á mi casa en busca de amor y consuelo, encontré en ella el menosprecio y la cólera mal disimulada, y estuve en ridículo entre los míos, que hablaron de mí con esos meneos de cabeza reveladores de un concepto de inferioridad y lástima indignada....

Volviendo á Demetrio Lasús, tanto fué estrechándose nuestra amistad, que le confié mis esperanzas todas. No le oculté que, empopado ya el asunto que en Madrid me detenía, iba á recibir una suma, plazo primero y mayor de la con-

trata. El día en que la suma llegó á mí poder, Lasús vió cómo la guardaba en mi baulillo—las llaves de las fondas no ofrecen seguridad,—y cuando tuve que salir dije á mi amigo: «Voy sin cuidado, por que usted no piensa moverse de casa.» «Vaya usted tranquilo», me respondió; y en efecto, tan tranquilo fuí, que al regresar ni me cercioré de si estaba allí la cantidad, los fajos de billetes verdosos, mugrientos, sobados, tan gratos, sin embargo, á la vista. Me acosté temprano; Lasús me aseguró que se acostaba también. A media noche creí oir ruido en su cuarto. «Se habrá desvelado—pensé—acordándose de su linda rubia.» Y me entró alborozo. ¡Amor! ¡Juventud! ¡Que divinas cosas!

A la mañana siguiente yo tenía que entregar la cantidad. Me levanté, me arreglé activamente, y ya con el sombrero puesto, abrí sin recelo la maleta.... Aún recuerdo que me quedé sin voz: lo que se dice mudo, afónico por completo. ¡No había allí ni rastro de los billetes! Palpé, revolví con alocados movimientos.... ¡Nada!

Caí al suelo acogotado. Me encontraron roncando una congestión. Me acostaron, me sangraron, mucho derivativo.... El médico dijo que salvaría.... pero ¡cuidadito! Si se repitiese..... —Y así que pude hablar, preguntar, armar alboroto,—risas irónicas me contestaron.

—¿Pero á quién, á no ser á usted, santo varón, se la pega Lasús? ¿Quién no sabía que era un jugador de oficio, un tahur eterno y sempiterno? ¿Por qué se hace usted uña y carne de un hombre así? ¿Quién le mandaba intimar con él,

y ni siquiera cruzar la palabra con los demás huéspedes, gente honrada y formal? ¿Y se ha tragado usted lo del destino, y lo de los amoríos y todo?

Y como yo, furioso, hablase de tribunales y jueces, la bigotuda patrona añadió:

—Sí, cítele usted ante el Padre eterno... . ¡Han traído los papeles que á la salida de la timba se pegó un tiro y quedó redondo! Se conoce que perdería en una noche toda la guita de usted....

Sin poderlo remediar —¡cuidado que soy majadero!—perdoné al alma atormentada y crispada del pasional incorregible, que me arruinaba y me desconceptuaba para siempre.

XI

El quinto

No puedo dudarlo. *Ella* se aproxima: oigo el ruido de madera seca de sus canillas y el golpeteo de sus pies sin carne sobre los peldaños de la escalera. No la quieren dejar pasar los médicos: mis sobrinos la aguardan con secreta ansiedad... *Ella* está segura de entrar cuando lo juzgue oportuno. Pondrá los mondos huesecillos de sus dedos sobre mi corazón, y el péndulo se parará eternamente.

Viene como acreedora: sabe que la debo una vida... que al fin cobró, pero que yo me negaba á entregar. Y es que en mi conciencia estaba grabado el precepto santo que nos manda no extinguir la antorcha que Dios enciende. ¿Hice bien? ¿Hice mal? Voy á recordar aquel episodio, por si á la luz de esta hora suprema lo descifro. Otros sienten remordimientos de haber matado. Yo no puedo reconciliarme conmigo mismo... porque no maté.

Fué mi mejor amigo de la juventud el marqués de Moncerrada. Juntos cursamos la facultad de Derecho; juntos corrimos las primeras aventuras. No teníamos dinero propio: todo era común, y ni el interés, ni la vanidad, ni la mujer, abrieron entre nosotros grieta alguna. De dos que se quieren, siempre hay uno que se impone: aquí fué Enrique, y yo me avine á sus gustos, me adapté á su genio. Al pronto no me dí cuenta del ascendiente que sobre mí ejercía: cuando lo advertí, experimenté cierta involuntaria mortificación. En mi interior surgió el afán inconsciente de reivindicar mi personalidad si se presentaba una ocasión decisiva.

En las cosas pequeñas es á veces más difícil transigir que en las grandes. Yo, capaz de dar por Enrique Moncerrada hasta la piel, no acertaba á soportar su afición á rodearse de animales, sobre todo caballos y perros. A instancias suyas aprendí á montar, y de mala gana sufrí las caricias de Medora, la perrilla predilecta, una faldera rizada, blanca como el ampo de la nieve, con hocico rosado y dos ojos lo mis-

mo que cuentas de azabache. La verdad es que era un encanto, y nos hacía mil travesuras graciosas, semejantes á coqueterías de niña ó de mujer. Con Enrique partía el lecho, el suave calor del edredón y de las mantas.

Un día... Esto sí que lo tengo presente, hasta en sus circunstancias más mínimas.—Volvía yo de alquilar unos dominós para el baile del Real por encargo de Enrique; eran las cinco de la tarde, y le encontré cerca de la ventana, aplicándose un parche de tafetán ingles sobre la mano derecha. «Figúrate—exclamó—que Medorita me ha clavado los dientes.,. no sé hasta dónde. ¡Así son todas las hembras! ¡Tan pronto halagos, como mordiscos! La vi triste; me empeñé en distraerla y que jugase... y ahí tienes el premio;» y diciéndolo, reía.—Por mis venas corrió hondo escalofrío Adiviné con tremenda lucidez, en un relámpago; la luz lívida, horrible, me cegó, y viéndome vacilar, Enrique me miró asombrado.

—¿Qué te pasa?

No contesté. En un rincón, sobre fofo cojín de seda, se enroscaba Medorita, abatida, inerte. Mis ojos se fijaron con tal extravío en el animal, que Enrique, á su vez, comprendió. Nunca he visto semejante expresión de terror en un rostro humano. Su palidez fué de muerto, de muerto ya descompuesto en la tumba.—No cruzamos palabra. Saqué del bolsillo mi cortaplumas; arranqué el tafetán inglés que cubría las heridas; las dilaté; calenté la hoja en la chimenea, hasta enrojecerla, y practiqué el caute-

rio—brutalmente, como supe, como pude. Enrique rechinaba los dientes, pero no gemía. Al fin murmuró con acento desesperado:

—Si está rabiosa... tiempo perdido. ¡Es muy tarde! ¡Mordió muy hondo!

Huímos del gabinete, cerramos con llave, para asegurar á Medorita—y esperamos al veterinario, avisado urgentemente. Buscando un pretexto, yo le aguardé en el portal, y le rogué que sólo á mi dijese la verdad entera. Convinimos en que si la perra estaba en efecto rabiosa, él afirmaría que no, pero por precaución daría orden de matarla.—Así se hizo. El veterinario examinó á Medorita, salió chanceándose torpemente, afirmando que no padecía sino los primeros sintomas de un mal cutáneo muy repugnante; que á eso se debían su tristeza y su furor, y que convenía evitarla sufrimientos con un tiro. «Y no tenga usted pizca de aprensión, señor marqués...» Cogí el revólver de Enrique, y á boca de jarro disparé dos veces. Medorita dió un salto y cayó, tiesa y erizada, con la cabeza deshecha y el espinazo partido... Al volverme, impresionado como si acabase de cometer un crimen, sentí que Enrique se abalanzaba á mi cuello. Fué un momento atroz... Creí que *me mordía*: —y era que con acento sobrehumano murmuraba á mi oído:

—Es inútil tratar de engañarme... ¿Entiendes? Inútil. ¡Vas á prometerme por tu honor, por tu madre... que al declarárseme la rabia, me matarás á mí lo mismo que á Medora!

Y, subyugado, prometí: prometí por mi ho-

nor. Enrique pareció tranquilizarse un poco.—Inmediatamente nos dedicamos á consultar á las eminencias. Entonces no se practicaban los atrevidos métodos modernos para combatir la rabia, pero el misterio del extraño mal era el mismo que es hoy. ¡Inmensa extensión de nuestra ignorancia!—«Nada podemos afirmar, nada pronosticar» —declararon los *hombres de ciencia*.—«La rabia puede presentarse y puede no presentarse. Si se presenta, no conocemos remedio seguro... Cruzarse de brazos... Calma y no preocupar el espíritu, que es peor.»

¡No preocupar el espíritu! Enrique, al oir este consejo, soltó una risa demoniaca, una risa que blasfemaba.—¡Qué período aquel, el de los brazos cruzados! Mi amigo no me hablaba sino del fatídico plazo, de la hora espantable... «¡Me matarás!» repetía con imperio.—En vano trataba yo de distraerle, de llevar su pensamiento á otros caminos. La idea fija derivaba hacia la locura. Sin embargo, corrían días, meses, trimestres; corrió medio año, un año. . y nada indicaba la aparición del mal. El tiempo hizo su oficio de lima: Enrique renació á la esperanza: empezó á interesarle algo de la vida exterior, á salir, á ver gente, á *olvidar*... ¡soberana medicina de todos los males de la tierra! Creyóse indultado, y entonces su juventud le rebosó por los poros, en vibrantes explosiones de alegría y de placer. Siempre había sido aficionado á la caza, y cuando me propuso una cacería, encontré en ella pretexto para disfrutar del campo, y acepté. Nos trasladamos al puebleci-

llo de Turnes, donde Enrique poseía una casa solariega.

Aún me parece respirar el hálito de fuego de aquella siesta de Agosto... Habíamos resuelto bañarnos en el río, y nos desnudamos en un paraje solitario, bajo unos frondosos alisos. Enrique se quejaba, desde hacía días, de malestar vago, de tener la garganta apretada, las fauces secas: era sin duda el bochorno canicular... Vi sus blancas piernas musculosas sumergirse en el agua transparente, y de pronto escuché un grito, un alarido más bien, algo estremecedor. Y le vi correr como un insensato hacia mí, agarrarse a mí, clavarme las uñas en la desnuda carne. Sus ojos salían de las órbitas.

—¡Ahí! —balbuceaba. —¡Ahí! ¡Medora! ¡Ahí! ¡Está ahí quieta, en el fondo del río! ¡La he visto en el espejo del agua!

Y cayó, revolcándose. Su boca espumaba; sus brazos se retorcían: pegaba prodigiosos saltos, como si no le pesase el cuerpo. Aparecía más aterrador en su desnudez de demente. Al fin se calmó un poco. Enjugué su sudor frío, le hice vestirse, me vestí, y cuando, sosteniéndole, volvíamos á casa, me suplicó, juntando las manos con angustiosa vehemencia:

—¡Acuérdate de lo que me has prometido!

¡Infeliz! No me atreví á cumplir. Le dejé agonizar ocho días, entre torturas, en manos de curanderos, de médicos rurales, que le recetaban ruda cocida con sal y vino blanco, y que por último le sangraron, porque no se le podía sujetar. No quise acceder á quebrantar el quin-

to mandamiento... Y por no infringirlo, por resistir al imperio que en mí ejercía Enrique, dí lugar á que él, en un acceso más violento que ninguno, comunicase el horrible mal á la hija de la mayordoma, que, piadosa, le quería asistir. Enrique sucumbió entre dolores y frenesíes, y en los últimos momentos me gritó:

—¡Cobarde!

Yo huí; no sé qué hicieron de su cuerpo; no le ví enterrar; no pregunté por la infeliz mordida, en quien la cadena de desesperación soldó otro anilló... A pesar de haber cumplido ¿mi deber? no tuve una hora de alegría; viví huraño, solo, deseoso de morir también... Y ahora que *ella* se aproxima, quisiera cerrarla el paso. Pero avanza inflexible, y va á apoyar sobre mi agitado corazón los mondos huesecillos de sus dedos, parando el péndulo eternamente.

XII

La argolla

Sola ya en la reducida habitación, Leocadia, con mano trémula, desgarró los papeles de seda que envolvían el estuche, se llegó á la ventana, que caía al patio, y oprimió el resorte. La tapa se alzó, y del fondo de azul raso surgió una línea centellante: las fulguraciones de la pedre-

ría hicieron cerrar los ojos á la joven, deliciosamente deslumbrada. No era falta de costumbre de ver joyas; á cada instante las admiraba, con la admiración impregnada de tristeza de una constante envidia, en gargantas y brazos menos torneados que los suyos. Si aquel brillo la parecía misterioso (el de los tachones de una puerta del cielo), es que se lo representaba al rededor de su brazo «propio», como irradiación triunfante de su belleza, como esplendor de su ser femenino.

¡Había pasado tantos años ambicionando algo semejante á lo que significaba aquel estuche! Siempre vestida de desechos laboriosamente «refrescados» (¡qué ironía en este verbo!); siempre calzada con botas viejas, al través de cuya suela sutil penetraba la humedad del enlodado piso; siempre limpiando guantes innoblemente sucios, con la suciedad ajena, manchados en los bailes por otra mujer; siempre cambiando un lazo ó una flor al sombrero de cuatro inviernos, ó tapando el roto cuello de la talma con una pasamanería aprovechada, verdosa,—Leocadia repetía para sí con ira oculta: «¡Ah! ¡Como yo pueda algún día!»—No sabía de qué modo... pero estaba cierta de que aquel día iba á llegar, porque su regia hermosura, mariposa de intensos colores, rompía ya el basto capullo.

Recibida Leocadia en casa del opulento negociante Ribelles, como señorita de compañía de sus hijas—el hermano del banquero, solteron más rico aún, al regreso de uno de sus frecuentes viajes al extranjero, hallándola sola cuando

volvía de escoltar á sus sobrinas, la detuvo, y sin preámbulo la dijo... lo que adivina el lector.

La conversación pasó frente á un espejo enorme, rodeado de plantas naturales, entre el silencio solemne de la escalera tapizada de grueso terciopelo rojo. Fué lacónica, firme, concreta, por parte de Gaspar; verdad es que Leocadia no titubeó: con dos «síes» aceptó el convenio.

Se irían juntos á Inglaterra, antes de una semana. Y el brazalete, la hilera de gruesos brillantes, que acababa de ceñir á su muñeca, era la señal, las arras, por decirlo así, del contrato. Se despidiría la víspera de la familia Ribelles, por medio de una sencilla carta. Ni les debía otra cosa, ni tenía por qué darles cuenta de sus resoluciones. ¡Abur, abur!

Y se complacía mirando el hilo de luz en torno de la muñeca redonda. Alzó la mano hasta el espejo, para divisar en él su brazalete copiado. ¡Ya los tendría de todas clases, muy pronto! Aros de rubíes sangrientos y de zafiros celestes; cadenas de eslabones de oro, entreverados con lágrimas de perlas, como los que se ostentare en el escaparate de Lacloche... Mientras pensaba esto, una idea cruzó por su cerebro de mujer á quien la necesidad ha forzado á adquirir cierta cultura, — idea confusa, ráfagas de lecturas, recuerdo de la significación de la joya. Argolla de esclava había sido en otros tiempos, en las primitivas edades, el mágico trazo centelleante que rodeaba su puño...—«Ahora significa libertad»—pensó.—«No volveré á cubrir mi cuerpo con lo que otras no quisieron para el su-

yo...» Y sentía un profundo goce que la dilataba el pecho, que la enrojecía las mejillas, el disfrute anticipado de tantas preciosidades. Su cutis fino, de puro raso, percibía el contacto de la batista, la caricia muelle del encaje; su garganta la tibia atmósfera que crean los rizados plumajes y las vivientes pieles; sus orejas de rosa, el toque frío del claro solitario; sus pies airosos, la opresión elástica y crujiente de la malla sedeña...

«No vuelvo á usar algodón», determinó. «Seda, seda no más... Y á docenas los pares... Unos calados, otros bordados como galas de novia...» Acordóse del equipo de la mayor de las Ribelles, casada el año anterior, y las punzantes sensaciones de codicia que despertaba tanta riqueza.

A la evocación de las venturas nupciales, un estremecimiento corrió por el espinazo de Leocadia. Ella no era «novia»... Las novias no lo son por las galas, ni por las joyas, ni siquiera por el amor... Son «novias» por otra razón: ¡Leocadia no sería «novia» jamás! Sin embargo, á pesar de sus ansias de desquite y de lujo, acaso por ellas mismas, conservaba su pureza como se conserva lejos del hielo y del cierzo una azucena destinada á marchitarse en una orgía. «Dentro de seis días»... calculó con involuntario horror. La figura de Gaspar brotó, por decirlo así, del fondo oscuro del cuartucho, en una especie de alucinación de los sentidos. Leocadia vió á su futuro... Futuro, ¿qué? «Futuro... dueño», articuló, abrasándose la garganta al pa-

so de la voz. El orgullo, el orgullo con anverso de virtud y reverso de vicio, con su dualidad moral, se irgió en su alma. ¡El tal Gaspar Ribelles! Su barba ya canosa, lustrada de aceite perfumado; su boca, de labios gordos; sus dientes plomizos, restaurados por medio de toquecitos de oro; sus mejillas llenas y encarnadas; su abdómen de ricachón... ¡qué tipo tan diferente de lo que á menudo, al oir música, después de leer versos, ó en la capilla, entre el olor del incienso, soñaba Leocadia! Con la intensidad de un dolor físico, agudo, de una impresión de azotes en las desnudas espaldas, la hirió la certidumbre de que sólo faltaban seis días para la esclavitud... ¡Ah! ¡Cómo aborrecía al mercader! ¡Cómo le aborrecía con todo su ser sublevado, con epidermis, nervios, fibras, venas, entrañas...!

Un golpe en la puerta del cuarto, y la cara risueña y maliciosa, de monago, de Tomasico, el «botones».

—Señorita... Esta carta acaban de traer.

Era un continental: un pliego de papel que tenía por timbre el globo terráqueo, dos hemisferios. Leocadia firmó el sobre, dejó la pluma encima de la mesilla, se acercó á la ventana enrejada y leyó. Según descifraba la misiva aquella, la fresca palidez de su semblante radioso se teñía de púrpura, rápidamente, como si millares de manos la abofeteasen á la vez.—«Sal esta noche á la calle: te aguardo en la esquina á las díez con un coche. Cenaremos juntos.—G.»

El tono imperativo, el grosero tuteo inmotivado, la precaución de la inicial... Leocadia cre-

yó notar que se abría en su corazón una fuente, un chorro de agua limpia, amarga, sana, hervidora—un maniantal de indignación, de altivez, de furor, de desprecio. Y debía de ser verdad que la fuente manaba, y se desbordaba, pues ya buscaba desahogo por los ojos. Lágrimas gruesas, copiosas, bajaban á apagar el incendio de las mejillas...

Hizo trizas el papel; abrió la ventana, y al través de la reja lanzó los pedacitos blancos, que revolotearon y fueron á posarse en las losas de la acera. Después, desabrochándose lentamente el ciclo de pedrería, lo miró al través de su llanto, lo tiró al suelo, y con sus botitas viejas pisó, volvió á pisar, taconeó, rompió la argolla—,haciendo saltar los brillantes de su engaste delicado.

XIII

El Destino

Casi todos creemos haber librado de algún peligro, por alguna casualidad; casi todos hemos visto, una vez al menos durante nuestra vida, inclinarse sobre el abismo el platillo de la balanza, y no volcarse, vencido ya, por milagro...

Pocos estarán de ello tan seguros como Matías Reñales, mocetón de pelo en pecho, que ejerce el desalmado oficio de guarda de consu-

mos, y más veces anda á tiros que reza el rosario. Aparte de los lances del oficio, Matías suele encontrarse enredado en otros que nada tienen que ver con las gabelas del ayuntamiento, pues Matías es más enamorado que dromedario africano, amén de celoso y matón y reñidor sin jactancias, pero con derroches de valentía que rayan en bizarra temeridad; y á su manera, y dentro del círculo nada selecto de sus relaciones Matías se procura una serie de emociones románticas, y se juega el pellejo con desgaire de guapo é indiferencia de fatalista.

—Porque, miusté—díjome en ocasión de haber venido á verme para pedirme cierta recomendación, la número quinientos mil de las que á toda hora llueven sobre todo el mundo, sea ó no sea *influyente*,—en no estando *de allá*....—y señaló, alzando el índice, al techo de mi escritorio.—Si está *de allí*, sale usté á la calle, hace viento, cae una teja de punta, le da en la caeza... y á San Ginés.

Se me había olvidado que Matías, recriado en Madrid, es albaceteño, no sé si de la propia ciudad puñalera, seguramente de la provincia; y convendrá advertir también que su tipo corresponde al del semimoro, bautizado, pero en el fondo incristianable, que con tal frecuencia encontramos en nuestras regiones del Mediodía. De arrogante figura, tez cetrina, ojos de fuego y terciopelo, barba de intenso negror, y un bosque de descuidados rizos coronando la bella cabeza, Matías es grave y sentencioso á fuer de moro *natural*, y ni se alaba de sus proezas, ni

echa por tierra á nadie. Hay en él rasgos simpáticos de la dignidad mahometana, sobre todo cuando insiste en lo estéril de los esfuerzos humanos para contrarrestar lo que *está escrito*. No emplea esta frase, pero el concepto sí. Y tirando del hilo del concepto, vine á sacar el ovillo del episodio que aún hace erizarse el cabello de Matías.

—Era yo criatura de unos siete años, y vivía con mi madre ¡proecita! en cá el agüelo, pae de mi pae, que era labraor. Yo no podía ayuar aún porque no tenía juerza, y mi quehacer era zamparme las golosinas y andar diableando. En la casa, además de mi madre y yo, estaba la otra nuera del agüelo y otros dos chiquillos, Roque y Melchorcico, hijos suyos. Mi tía se yamaba Tecla; mi madre Llanos—de la Virgen é los Llanos, que es la patrona del pueblo.—Las dos, mi tía y mi madre, habían enviudao á un tiempo, cuando el cólera. ¡Que fué una compasión! Y el agüelo, ¿qué quería usted que hiciese? Las recogió y las amparó.... y tós comíamos.

Sólo que la comía á unos aprovecha y á otros paece que se les vuelve solimán. Mi tía Tecla era de esta casta. ¡Mujer más seca...! Parecía guindilla é sartal, ó los gatos cuando pasan veinte días cerraos en un armario, que salen chupaos y echando lumbres. Gastaba un genio é vinagre, y andaba roía de envidia en vista de que sus dos criaturas no acababan de medrar, mientras yo, hecho una manzana y más duro que una guija. Mi madre estaba desvanecía conmigo; al fin no tenía otra cosa á qué mirar en el

mundo; y al agüelo—¡caprichos de señores mayores!—se le caía la baba conmigo y me hartaba de mimos y me daba á escondías la mejor fruta el huerto. Y miusté que yo comprendo las cosas; vamos, la que ha parío un par de chiquitines tan de Dios como cualquiera, y á más delicaos, y ve que todo el cariño se lo yeva otro hijo é otra madre,—¿cómo quiusté que se ponga? Como una pantera. Así andaba tía Tecla: unos ojos me echaba á escondías, que yo corría á agazaparme en las faldas de mi madre temblando é susto.

Y no era yo muy medroso.. . Al contrario: más malo que un cabrito; siempre enzarzao en peleas y metiéndome á hacer hombrás fuera e tino y hora, tirando pedrás al mesmo sol y rompiendo la crisma á zagalones que me yevaban la caeza de altos. Pero elante tía Tecla me entraba un canguelo, que se me quitaban el habla y la acción. Era como aquel que ve una serpiente desmesurá, y en igual de echar á correr se quea quieto esperando la mordeura. Tía Tecla me encantaba con los ojos de basilisco que siempre me estaba flechando; y es que por los ojos aquellos salía un aborrecimiento tan de a entro de la entraña, que me parecían las hojas de dos puñales metiéndoseme por el corazón á partírmelo. Como me la echaba de guapo, vergüenza me daría de ecirle á madre que tenía un miedo tan horroroso; pero juraría que á ella la pasaba otro tanto, ¡proecilla! y cá vez que yo me apartaba un minuto, andaba buscándome toda angustiá.

Por aquel entonces hizo mi agüelo una cosa

ná buena, y lo digo aunque sea faltar y parezca ingratitú, porque la gente de malos hígaos se güelve repeor cuando la esesperan con demasiá poca justicia. Pues el agüelo, ¡Dios le haya perdonao! sintiendo que le pesaban los años, llamó á un escribano y dispuso de cuanto tenía: el huerto, los trastos de la casa y la labor, unas tierras ... y tó en favor mío. A los chicos de tía Tecla ni esto. ¿Verdad que es pa irritar? Yo no me enteré, y aunque me enterase, ¿qué entiende un chico? Lo único, que tía Tecla se puso más feroz, y cuando me encontraba solo paecía que intentaba espeazarme. ¡Qué lástima que me dan los que pasan miedo! El miedo es cosa mala; es una enfermeá. Yo perdí el comer y me entró calentura.

Era una murria, que tó el día me lo pasaba acurrucao á la vera de la lumbre, cerca el fogón. Estío era, y yo tiritaba. El sangraor ijo que aquello venía de la humedá de la cequia; pero sí, ¡buena humedá! Mi madre me armó una especie de cama con un colchón y una colcha de percal, y de allí costaba trabajo sacarme. El agüelo juraba que una bruja me había hecho mal de ojo. Pué que sí, que los ojos suelten veneno.

No sentía miaja de alivio, cuando un sábado, ¡qué día tan señalao! mi madre puso el caldero de la lejía á hervir. Mientras cocía el agua, mi madre aclaraba en el patio. El agüelo se había ido fuera á tomar el sol. Y cátate que uno de los chicos de tía Tecla, Roquillo, el mayor, que era de mi edad y se espepitaba por mí, viéndome acostao con la cara tapá por la colcha, me

sacudió y me dijo: «Matías, ¿sabes que ha parío la perra? ¡seis cachorros tiene! y está tan celosa, que no me atrevo á cogerle uno. ¿Te atreves tú?» Yo he tenío siempre la debiliá de que cuando me preguntan si me atrevo, me atrevería me paece que á encararme con Dios. Contesté «ahora mismo», y salté de mi colchón. El chico —no sé por qué; ¡las veces que he pensao por qué pudo ser aquéllo! ¡cosas de la suerte del hombre! —va y dice: «Pues yo, pa que no te escubran, aquí en tu sitio me escondo.» Y se cuela en mi cama, y sube la colcha como yo, igualito...

Voy al cobertizo, me yego á la Pulía, me enzarzo con ella, me clava los dientes en este brazo, me saca un peazo e pellejo,—¡lo que son las madres pa defender la cría!—agarro uno de los perriyos, ciegos aún, un canelo precioso, cierro la cancilla y á escape me vuelvo á la cocina. En la puerta me paro clavao de susto; ¡tía Tecla estaba ayí! Me quedo estatua. Con la perra, bueno; pero con la mujer ... Y así, agachaíto, la veo que tienta en mi cama, —y el primo callao. Entonces, ¡Virgen de los Llanos! la veo que agarra por las asas el caldero de la legía, hirviendo á tó hervir, que lo alza en peso, que se vuelve, que se acerca á la cama, y que de pronto.... ¡zás! lo suerta encima de golpe.... ¡Si viese usted lo que pasó, antes de morir, aquella criatura escaldá viva! ¡Ni un santo martir!

Y ahí tiene usté por qué luego he creío que lo que está de allí....—añadió Matías, con relampagueos de espanto en las pupilas al recuerdo de la tragedia, y señalando hácia arriba.

XIV

Tío Terrones

En el pueblo de Montonera, por espacio de dos meses, no se habló sino del ejemplar castigo de Petronila, la hija del tío Crispín Terrones. Al saber el desliz de la muchacha, su padre había empezado por aplicarla una tremenda paliza con la vara de taray (la de apalear la capa por miedo á la polilla); hecho lo cual, la maldijo solemnemente, como quien exorciza á un energúmeno, y al fin, después de entregarla un mezquino hatillo y treinta reales, la sacó fuera de la casa fulminando en alta voz esta sentencia:

—Vete adonde quieras, que mi puerta no has de atravesarla más en tu vida.

Petronila, silenciosamente, bajó la cabeza y se dirigió al mesón, donde pasó aquella primera noche; al día siguiente, de madrugada, trepó á la imperial de la diligencia y alejóse de su lugar resuelta á no volver nunca. La mesonera, mujer de blandas entrañas, quedó muy enternecida; á nadie había visto llorar así, con tanta amargura; los sollozos de la maldita resonaban en todo el mesón. Tanto pudo la lástima con la tía Hilaria—la piadosa mesonera tenía este nombre,—que al despedirse Petronila preguntando cuánto debía por el hospedaje, en vez de cobrar nada, deslizó en la mano ardorosa de

la muchacha un duro, no sin secarse con el pico del pañuelo los húmedos ojos. ¡Ver aflicciones, y no aliviarlas pudiendo! Para eso no había nacido Hilaria, la de la venta del Cojitranco.

Cinco años transcurrieron sin que se supiese nada del paradero de la maldita. Ya en Montonera rarísima vez se pronunciaba su nombre; la familia daba ejemplo de indiferencia; el padre, metido en sus eras y en sus trigales; las hijas—que habían ido casándose, á pesar de la mala nota que por culpa de Petronila recaía en ellas, —atareadas en su hogar y criando á sus retoños. —Sin embargo, Zoila—la más joven, la única soltera, —solía detenerse á la puerta del mesón á conversar, mejor dicho á chismorrear con la tía Hilaria, movida del deseo de averiguar algo referente á Petronila, de la cual no se olvidaba. Y acaeció que cierta tarde, fijándose casualmente en las orejas de la mesonera, Zoila (que era todo lo aficionada á componerse y emperifollarse que permitía su humilde estado) soltó un chillido y exclamó:

—¡Anda, y qué pendientes tan majos, tía Hilaria! ¡Pues si son de oro! ¡y con chispas, digo! ¡Ni la Virgen del Pardal! ¿De ónde los ha sacao usté?

—Me los han regalao, ¡túl—contestó evasivamente la mesonera.

—¿Regalao? ¡Diez! ¿Y quién ha tenío la ocurrencia de regalarle esa preciosidá á una... á una persona mayor?

—Di á una vieja, que es lo que quieres decir, mocosa,—rezongó algo picada la tía Hilaria,

pues no hay hembra, así cuente los años de Matusalén, á quien no mortifique el que se los echen en rostro. – Ahí verás; quien me los regaló... quien me los regaló es persona muy conocía tuya.

No fué posible sacarle otra palabra; pero Zoila no era lerda ni roma del entendimiento, y concibió una sospecha fundada. Desde entonces volvió por el mesón del Cojitranco siempre que pudo, y observó. Hilaria, que tampoco pecaba de simple, notó el espionaje y pareció complacerse en desafiarlo y en irritar las curiosidades envidiosas. Cada día estrenaba galas nuevas, brincos y joyas que hacían reconcomerse á la mozuela y la volvían tarumba. Ya era el rosario de oro y nácar lucido en misa mayor, ya el rico mantón de ocho puntas en que se agasajaba, ya la sortija de un brillante gordo, ya el buen vestido de merino negro con adornos de agremán. No pasan inadvertidos detalles de esta magnitud en ninguna parte, y mucho menos en Montonera; pero antes de que el pueblo atónito se convenciese del insolente boato que gastaba la tía Hilaria; antes de que en la rebotica se comentasen acaloradamente las obras de reparación y ensanche emprendidas á todo coste en el ruinoso mesón, y la adquisición de varios terrenos de labradío de los más productivos, pegados á las heredades de Hilaria y que las redondeaban como una bola, ya Zoila había gritado á su padre con ronca y furiosa voz y con iracundo temblor de labios:

—Tós los lujos asiáticos de la tía Hilaria,

¿sabe usté de ónde salen? ¿A que no? ¡De la Petronila, ni más ni menos! Y ahora, ¿qué ice usté deso, amos á ver?

—¿Y qué quiés que yo te diga?—respondió el paleto, hosco y cabizbajo, con una arruga profunda en la frente y dejando arrastrar la mirada por el suelo.

—¿Qué quiero? ¡anda, anda! ¡Que es un pecao contra Dios que se lo lleven tó los extraños, y los parientes por la sangre no sepamos siquiá que tenemos una hermana más rica que el Banco España! Sí, señor; no haga usté señal que no con las cejas... Ya corre por tó el lugar, y ayer en la botica lo explicó el médico don Tiodoro... Paice que está la Petronila en Madrí, y que vive en una casa grande á mó de palacio, y por no faltarle cosa alguna, hasta coche lleva, con dos yeguas rollizas, que ni las mulas del señor Obispo. Y na menos que la manda á la tía Hilaria munchas pesetas por cá correo... ¿Es eso rigular?

—¡Allá ellas!—refunfuñó el tío Terrones ásperamente, sombrío y ceñudo.— ¡Lo mal ganao, que le aproveche á quien lo come!

—¿Y usté qué sabe si es mal ganao? Dios manda pensar lo mejor.

Callaron padre é hija, pero sus miradas ávidas, sus plegadas frentes, sus ojillos, en que relucía involuntariamente la codicia, se expresaron con sobrada elocuencia. Zoila fué la primera que se resolvió á formular el obscuro anhelo de su voluntad.

Retorciendo un pico del pañuelo y adelan-

tando los labios dos ó tres veces en mohín antes de romper á hablar, susurró bajito, dengosa y seria.

—Yo que usté... pues la escribía dos letras... ¡Na más que dos letras! ¡Medio pliego!

—¿Y estaría eso bonito, Zoila?... Amos, mujer... Como si ahora te fueses á morir, ¿estaría bonito? ¡Después de lo pasao, hija!

—Bonito, bonito... ¿De qué sirve bonitear? ¡Más feo está que se lleve la tía Hilaria lo que en ley debía ser de usté... ó mío por lo menos, ea!

Terrones alzó la callosa mano y se rascó despacio, con movimiento maquinal, la atezada sién, sombreada por una ráfaga de cabello ceniciento, corto y duro. Por primera vez, desde la expulsión de Petronila, meditaba en el problema de aquel destino de mujer, en que él había influido de tan decisiva manera al condenarla, rechazarla y maldecirla cuando cayó. Entonces le parecía al bueno del paleto que cumplía un deber moral, y hasta que procedía como caballero, allá á su manera rústica, pero impregnada de un sabor romántico á la antigua española; y lanzada la maldición, barrida y limpia la casa con la marcha de la hija culpable, el pardillo se había creído grande, fuerte, una especie de monarca doméstico, de absoluto poder y patriarcales atribuciones. El que juzga, el que sentencia, el que ejecuta, crece, domina, vuela por cima del resto de la humanidad... Bien recordaba Terrones que—en más ó menos rudimentaria forma,—así sentía cuando

hizo de justiciero; y ahora, por el contrario, advertía una humillación grande al reprenderle su otra hija, al persuadirse de que *la de allá*, la maldita, la echada, la barrida, la culpable, tenía en sus manos la felicidad según la comprendía Terrones: poseía los bienes de la tierra. Recordad lo que es para el paleto el dinero... ¿Pero y la honra? ¡Bah! ¿A quién le importa la honra de un pobre?... ¡Cuántas veces el pícaro dinero toma figura de honor!

No obstante estas reflexiones disolventes, el viejo, frunciendo las cejas con repentina energía, levantándose como para cortar la discusión, exclamó del modo más rotundo y seco, lleno de dignidad é intransigencia:

—La tinta con que yo la escriba á esa pindonga, no sá fabricao ni sá de fabricar, mujer.

Antes de que Zoila, aturdida, opusiese impetuosa réplica, sin dar tiempo á que abriese la boca, á que respirase, Terrones se detuvo un momento y masculló sin transición de tono:

—Ahora, si tú la quiés escribir... Hija, no digo... Tú, es otra casa. Pa eso has ío á la escuela y haces ese letruz tan reondo, que ¡no paice sino que estudiabas el oficio de mimorialista!

XV

Sin respuesta

Hé aquí la relación que hizo el viudo—uno de los poquísimos inconsolables que se encuentran:

—De Agueda Salas corría un rumor: que no se casaría jamás, y que si por caso improbable llegase á encontrar marido sería infinitamente desgraciada, abandonada al día siguiente.

Quien la viese en la calle ó en el teatro no se explicaría estas voces. ¿Por qué había de ser incasable Guedita? Mire usted este retrato: conmigo lo llevo siempre. Me parece que es toda una hermosa mujer, y que no me ciega la pasión. Ahí no ve usted sino las facciones: falta el color, lo más notable que tenía. Los ojos eran verdes y claros como el agua del mar en los huecos de las peñas, el pelo castaño y con resplandores rubios y la tez tan fina y tan blanca, que no he visto otra como ella. Lo más particular era la oposición que hacían con aquella blanca piel los labios acarminados, de un color de sangre viva, que, según las malas lenguas, se debía á la pintura. Y no se debía: ¡me consta!

En la calle, por las aceras de Recoletos y el pinar de Alcalá, seguían á Guedita infinidad de moscones. Eso tambien es positivo: como que lo presencié. Y me extrañó, porque recordaba lo que decían de ella. Entonces empecé á fijarme, á seguirla yo, sin darle importancia á la cosa, por todos los sitios públicos, y á enterarme de sus condiciones. Los informes redoblaron mi curiosidad: se desprendía de ellos que Guedita, lejos de ser incasable, reunía todas las condiciones que facilitan la colocación de una muchacha. Sin que descendiese de la pata del Cid, era de familia estimadísima: sin contar-

se entre las millonarias, tenía suficiente hacienda, heredada ya de su madre: y para más ventaja, sólo un hermano, que seguía la carrera de marina, y que sería cuñado poco molesto. A mí, personalmente, esto no me hubiese decidido: si algo me arrastró fue el contraste entre tales noticias y las profecías contra Agueda.

Nadie las razonaba: todo se volvía meneos de cabeza, gestos, cuchicheos de amigas entre sí... Y me entró una indignación, que todavía no se me ha quitado, y murmuré para mis adentros:—«Me parece, me parece que se casa Guedita.»

Yo no la trataba aún: no me habían presentado á ella. Me advirtieron, y en esto acertaban, que sería difícil la presentación, porque Agueda evitaba concurrir á reuniones, lo cual acabó de ganarla mis simpatías; yo soy también peña y retraído; tengo contados amigos, y solo me complazco en la intimidad. Pero, en el teatro, mis miradas no se apartaban del palco de Agueda, y después de una campaña de gemelos, se me figuró que correspondía con mirar dulce, furtivo y triste.

Ya decidido, y más interesado de lo que creía, quise, sin embargo, antes de dar un paso que me comprometiese, adoptar precauciones que aconsejaba la prudencia. Llamé á capítulo á un pariente mío, persona seria, le confesé mi inclinación, y le pedí consejo.

—Te ruego—le dije—que no me ocultes la verdad, si es que la conoces; y si no, que la averigües, porque á mí no me la han de descu-

brir: todos me embroman con Agueda ya. Si hay en su breve pasado, en su familia, una de esas manchas de honor...

—No—me respondió el interrogado.—Nada de manchas ni de deshonras. La causa de esas profecías sobre el casamiento de Agueda es diferente, muy prosaica y muy vulgar. ¿Cómo te lo explicaré, que no hiera tu entusiasmo? ¿No has oído tu comparar á las mujeres con las flores? ¿No has oído repetir que es una inferioridad en el pensamiento y en la camelia carecer de aroma? ¿Qué te parecería una flor que, en vez de despedir gratas emanaciones, ó ser buenamente inodora, exhalase?...

—¡Basta!—exclamé con repugnancia, sublevado, á punto de pegarle.—¡Eso es una invención ridícula, una patraña burda! ¡Sin haberme acercado á ella jamás, sostengo que quien tal dice miente por la gola, y poco he de tardar en desmentirles autorizadamente!

—Ya sabía yo—repuso él—que es tonto cantarle verdades á un enamorado.—Y, sardónico, añadió:—Acércate...

Me acerqué; conseguí ser presentado á Guedita en casa de unas señoras que recibían por la tarde, en confianza, á dos ó tres personas. El temor de perder mi ilusión me hacía latir el pecho. Temblaba al aproximarme. Temblaba con tanto mayor motivo, cuanto que una de las dueñas de la casa me había dicho por lo bajo:

—Aunque note usted la desgracia de la pobrecita, no lo deje ver. ¡La da tanta pena!

Momentos después... me había cerciorado de

lo embustero, de lo pérfido que es el mundo. Momentos después... una furiosa rabia retostaba mi sangre, y hubiese dado algo bueno por coger del pescuezo á los calumniadores, juntos en haz, y retorcerles, como quien retuerce un puñado de paja antes de pegarle fuego. ¡Si yo estaba seguro! ¡Si lo juraba, que la boca bermeja, tan pequeña y bonita, con sus dientes de piñón mondado, no exhalaba, no podía exhalar más que un hálito fragante como la brisa que pasa sobre jardines... y que no es más pura el agua reposada en cristal!

Lo demás... se adivina. Nuestros amores fueron breves y muy intensos. Ella no cesaba de preguntarme:—¿pero de veras me quieres?—porque sin duda la calumnia le había quitado toda esperanza de inspirar amor. Como ningún obstáculo se oponía á nuestros deseos, nos casamos en un relámpago, y por voluntad expresa de la novia se hizo la boda sin ruido, y nos fuimos á disfrutar la luna de miel á mi hacienda de Córdoba, resueltos, si nos encontrábamos bien, á prolongar la estancia. Y tan bien, tan divinamente nos encontramos, que allí pasamos los tres años felices de mi vida; los tres años tejidos de ventura, en los cuales, si los ángeles envidian, pudieron envidiarnos. Siempre que yo le proponía á Guedita volver á Madrid, ó emprender algún viaje que la distrajese, infaliblemente me respondía:

—No se debe nunca variar cuando se está á gusto. Es tentar á la mala suerte. Déjame que viva y respire...

¡Razón tenía! A los tres años corridos su salud decayó. No podía comer: un fuego interior la consumía. Llamamos á un médico ilustre, que la conocía y la atendía desde niña. Cuando le pedí que me sacase de dudas, me encargó valor y me sentenció así: «Durará más ó menos, pero esperanza no hay.»

Y como yo no quisiese conformarme y me entregase á conjeturas—lo de siempre, lo natural cuando queremos de veras,—agregó el doctor.

—El mal lo lleva desde hace tiempo en la masa de la sangre... El síntoma es la fetidez.

—¿Dónde está ese síntoma?—exclamé.—Su boca respira esencia de claveles y azahares.

—¿Habla usted en serio?—balbuceó asombrado el doctor.—Pues si yo iba á darle á usted algún preservativo, para que pudiese soportar... Porque ahora, con el padecimiento...

—¿Que si hablo en serio? Agueda tiene y ha tenido siempre un ramillete en los labios.

El médico, después de mirarme un instante fijamente, me pidió permiso, me examinó los oidos, la cara, el paladar, y habló no sé qué de obstrucción, de oclusión, para sacar en limpio que, por efecto de algunos catarros tenaces, que, en efecto, yo había sufrido, uno de los sentidos corporales no ejercía sus funciones.—Y el viudo añadió melancólicamente:

—Después... han vuelto á reconocerme varios médicos, y todos conformes con el diagnóstico del primer doctor. Pero ¿sabe Vd. lo que no han conseguido explicarme?—Que yo

careciese de un sentido... bueno .. Que por esa carencia no notase lo que el resto de la humanidad notaba... corriente.—Lo incomprensible es que, privado de ese sentido, percibiese y siga percibiendo, cuando me acuerdo de Guedita, aquel aroma mezclado de clavel y de azahar... ¡Ningún médico lo acierta! ¡Ninguno!

XVI

Un duro falso

—No te vengas sin cobrar, ¿yestú?—La orden repercutía con martilleo monótono en la cabeza, redonda y rapada, del aprendiz de obra prima. ¿Sin cobrar? De ningún modo. En primer término, le obligaba el punto de honra, el deseo de acreditar que servía para algo,—¡le habían repetido tantas veces, en tono despreciativo, la afirmación contraria! En segundo, le apremiaba el horror nervioso, profundo, á la vergüenza del infalible puntillón del maestro...

¡El maestro! ¡Si Natario, el desmedrado granuja, fuese capaz de aquilatar la exactitud de las denominaciones, sacaría en limpio que no procedía nombrar maestro á quien nada enseña! ¡Aun sin razonarlo, Natario lo percibía, y no podía sufrirlo, señores! Había un fondo de amargor en el alma oprimida del chico. Le faltaba aire de justicia; se sentía ofendido, menosprecia-

do, y acaso, en su propia ofensa, latía la de una colectividad. No daba á estos sentimientos su verdadero alcance; no era consciente de ellos. Protesta sorda, oscura, que se exaltaba á fin de mes, cuando la madre de Natario, asistenta y casi mendiga, tenía que aflojar una peseta por los «derechos» de aprendizaje de su hijo.

—¿Te da labor el Sr. Remualdo? ¿Aprendes ó no? Culpa tuya será, haragán, flojo, zángano... ¡Pum!

Y la mano ruda, deformada, de la madre plebeya caía sobre la cabeza pálida y afeitada al rape. Natario se sorbía las lágrimas, se guardaba el golpe—porque no era ignominoso—y volvía al obrador con más indignación depositada en el pecho. ¿Quién aprende, amos á ver, si no le ponen tarea; si en vez de confiarle un cacho de suela remojada para batirla, solo le dan unas hojas de papel con que apremiar á la gente? A él no le encargaban sino que «se llegase» aquí ó acullá, á casas situadas en barrios extraviados, á subir pisos y más pisos, para que le despidiesen con el encargo de volver á primeros de mes, cuando hay dinerete fresco... Así rompía Natario su calzado propio, sin esperanzas de adiestrarse en fabricar el ajeno nunca. Los pares de botas alineados en el mostrador, con sus puntas relucientes, cristalinas á fuerza de restregones de crema «smart»; los zapatos de alto taconcito y moño crespo, de seda y abalorio, parecían desdeñar sus afanes de artista. «No nos construirás nunca. Tú, á mal barrer el obrador y á atropellar recados.»

Algo semejante á esto le decían los demás oficiales con sus burlas y chanflonerías. El aprendiz recadero era el hazmereir, el tema jocoso de las conversaciones. Su huraña tristeza, su aire de persona herida por la suerte, daban larga tela regocijada á los intermedios de la labor, cigarrillo en boca. Le ponían motes efímeros—Papa-Natario, el Tranvía—por irrisión de que ignoraba lo que era subirse á este popularísimo vehículo. Bien podría, como otros golfos, trepar á la plataforma y estarse allí hasta que le corriesen: pero á Natario le dolía, como sabemos, el punto de honra maldecido.... En su sangre pobre, de chico escrofuloso y enteco por desnutrición, corría quizás una vena azul cobalto, algo que infunde al espíritu el temple de la altivez y no permite exponerse jamás á ser afrentado merecidamente... Sin razón, claro es que aguantaba bochornos y malos tratamientos... ¡Con razón, concho, con razón, nadie había tenido nada que decirle al hijo de su madre! Y el hervor de aquella indignación consabida se acrecentaba, y sus burbujas subían al cerebro del chiquillo, casi adolescente, alborotando sus primeras pasionalidades. Sus manos se crispaban, su garganta se contraía. Después, calmado el acceso, recaía en esquiva y pasiva obediencia.

Le encontramos volviendo al taller, después de una de sus odiseas de entrega y cobro. ¡Qué rendido venía! Arrastraba los pies. Eran las seis de la tarde, y desde las once, hora en que su madre le había dado unas sopas de corruscos de pan flotando en aguachirle turbia, ningún ali-

mento confortaba su estómago. Natario conocía el origen del desconsuelo, del desfallecimiento angustioso que engendraba su cansancio; un mendrugo y una copa de vino lo remediarían... Otros chicos, en las calles que el aprendiz iba recorriendo, extendían la mano, contando cosas muy plañideras, y los señores, sin mirarles, les alargaban perros. — «Si tiés hambre, ingéniate como los más» — era la imperiosa instrucción de la madre. Ingeniarse, significaba pedir limosna, ó... Esto último no acertaba ni á pensarlo. Y lo otro, tampoco: una luz de la conciencia le mostraba que ambos recursos se asemejan, y á veces se confunden. El, Natario viviría de su sudor, pero con la frente alta... es un decir, y lo de la frente alta una frase que jamás había pronunciado el chico; pero dentro de sí, Natario se hacía superior á la humillación de su inutilidad y pequeñez, con la certidumbre de no ser capaz —ni en trance de muerte— de «ingeniarse como los más,» — ¡mendigos ó rateros!

En el bolsillo de su raído pantalón, pesaban los cuartos de la cobranza, seis duros, cuatro pesetas, unos céntimos. Natario, por constumbre, deslizaba la mano frecuentemente, palpando las monedas, con terror de perder alguna, que se escurriese por agujeros invisibles del forro. Allí estaban; no se habían evaporado. Natario se detuvo á respirar, con el resuello corto y nublada la vista. Luego, de una arrancada desesperada, salvó las tres ó cuatro calles que le separaban del establecimiento de su patrono.

—¿Viene la cantidad?—Los ojos encarnizados del zapatero interrogaban severamente.

—Aquí la traigo...—Entre las ansias del sobrealiento y el impulso irresistible de rendir pronto lo que no era suyo, Natario jadeaba. Risas sofocadas salieron del obrador, donde, silbando un tango verde, los compañeros cosían y batían suela. Hacíanles gracia lo fatigoso que llegaba el bueno de Tranvía.

—Oye, oye, guasón... ¿qué rediez me trais aquí?—interrogó el patrono, al recontar la entrega.—¿Tú te has creído, sabandija, que voy á tomarte por buena moneda falsa?

—¿Moneda falsa?—Natario repetía las palabras atónito, sin comprender.

—¡Hazte el tonto!... ¡Buen tonto aprovechado estas tú! Te guardas el duro legítimo y me das el de plomo indecente. ¡A ver, venga mi duro, más pronto que la vista!

Un lloro repentino, un hipo asfixiante, una queja que vibraba furiosa...

—¡Es el que man dao! ¡El que man dao! ¡No man... dao... otro!

La diestra nervuda y velluda del patrono descargó un revés en la mejilla macilenta del aprendiz sofocado por las lágrimas y la rebeldía de su orgullosa honradez.

—¡Agua va!

—¡Apúntate esa!

Eran las voces mofadoras de los verdaderos aprendices, de los que machacaban el cuero y tiraban del hilo encerado. El estallido del bofetón, el alboroto de la bronca, les distraían.

—¡Por robar á tu maestro!—exclamó el zapatero violentamente, secundando en el otro carrillo. Natario no sintió el dolor del brutal soplamocos; las muelas le temblaron; pero ni lo advirtió siquiera. Allá dentro, en el fondo mismo de su ser, algo le dolía más, con punzadas y latidos intolerables. «Por robar...»

En voz ronca, voz de hombre—que él mismo no conocía, y le sonaba de extraño modo—lanzó á la cara de su opresor:

—Usté no es mi maestro. ¡Yo no he robao!

Y una interjección feroz y un conato de arrojarse al cuello de su enemigo... Un conato solamente: porque si Natario acababa de sentir en su espíritu la virilidad que reforzaba su voz, su cuerpo mezquino cedió inmediatamente; dos brazos fuertes le sujetaron, y puños enérgicos le contundieron, descargando sobre su pecho canijo, sus flacos hombros, sus espaldas precozmente doblegadas, lluvia de trompicones, mientras un pie recio, ancho, intentaba partirle la espinilla con reiterados golpes de los que hacen ver en el aire lucería de color... El niño, desencajado, apretando los dientes, reprimía el grito, el ¡ay! del martirizado; un hilo de sangre brotaba de sus narices magulladas por un puñetazo certero. El señor Romualdo, embriagándose con su propia ira, repetía:

—¡Ladrón! ¡Estafador! ¡Venga el duro, ó á la cárcel!

Se cansó al fin de pegar, tomó un respiro, soltó al muchacho, y se sentó, pasándose el revés de la mano por la frente sudorosa. Natario ca-

yó inerte al suelo; los aprendices ya no reían; uno se levantó, y con el agua de remojar, le roció las sienes. El chico abrió los ojos, se incorporó, tambaleándose, y con la cabeza baja se acercó al banco más próximo. Disimuladamente asió una herramienta afilada, una cuchilla de cortar suela, y volviendo hacia el maestro, que resoplaba en su silla, refunfuñando todavía para reclamar el duro, tiró tajo redondo, rebanándole mitad del pescuezo, del cual brotó un surtidor escarlata, mientras el hombre se derrumbaba sin articular ni un grito.

XVII

Las veintisiete

Había oído hablar Ramiro Nozales de cierto filósofo, el cual no era de estos metafísicos sutiles consagrados día y noche á la investigación de las causas y orígenes, relaciones y substancialidades de lo creado y lo increado, sino que, al contrario, complaciéndose en bajar á la tierra, aplicaba su inteligencia ejercitadísima á comprender lo relativo, aceptando al hombre, no cual salió de las manos divinas, sino con las modificaciones que le impone la sociedad. En suma; el tal filósofo, en vez de profesar teología, ontología ó cosmología, profesaba mundología, pero mundología elevada, quintesenciada,

y sutil; sus alumnos aprendían de él la aguja de marear más sensible y la gramática parda encuadernada en el tafilete de Esmirna más suave y bien curtido; y Ramiro Nozales, incitado por la fama que el filósofo iba ganando, se resolvió á consultarle y á oir sus lecciones, que en verdad le hacían buena falta.

Recibió el filósofo al nuevo alumno de noche, en la biblioteca, de elegante severidad, muy abarrotada de libros y alumbrada por un gran quinqué, cuya pantalla figuraba melancólico buho; al través de sus pupilas de esmeralda se traslucía claridad misteriosa y fosfórica. Nada hay que desate la lengua como la semiobscuridad y la luz verdosa y velada; así es que Ramiro abrió su corazón, hizo su completa biografía, refirió sus cuitas y declaró que se encontraba, á los treinta años de edad, saturado de desengaños y amarguras, semiarruinado y con un pinchazo en el cuerpo, que, si no acierta la espada á resbalar en una costilla, bien podría haberle atravesado el corazón. Escuchó el maestro atentamente, acariciándose la aliñada barba negra, sonriendo á ratos, y otros reflexionando: la blancura marfileña de su frente calva y el reflejo de sus limpios dientes iluminaban su faz, en que los ojos parecían dos manchas de sombra. Así que hubo terminado Ramiro, el filósofo tomó la palabra.

—Su historia de usted – dijo – nada tiene de particular. Se parece á las de otros muchos, á quienes he curado, asegurándoles existencia dichosa, sólo con un sencillísimo cuerpo de doc-

trina reunido en breve espacio. Todo lo que le ha sucedido á usted de malo y desagradable, es debido á que usted ignora esa doctrina sabia y benéfica. Los desengaños los ha recibido usted de sus amigos; del uno respondió usted y él cometió desfalcos; en el otro depositó usted confianza que él vendió; el de más allá le quitó á usted la novia. La semiruina de usted procede de prestar cantidades para sacar de apuros á determinadas personas, que todavía no le han devuelto un real. El pinchazo, es porque tuvo usted la inadvertencia de avisar á un creyente de que le engañaba una hembra, la cual le persuadió de que usted procedía así por despecho. Esto lo sé por usted mismo; no puedo estar mejor informado.

—Verdad es—asintió Ramiro.—Pero me parece asaz difícil, por no decir imposible, evitar tales contingencias, viviendo entre hombres; y puesto que ya lo pasado no se ha de remediar, quisiera precaverme contra lo que está todavía por venir. No soy tan viejo que no deba esperar mejor fortuna, ni tan mozo que la imprevisión me ciegue. Venga, pues, ese cuerpo de doctrina breve y categórico, que yo lo pondré sobre mi cabeza, como se ponen los textos sagrados.

—La doctrina—dijo el filósofo lentamente—no consiste más que en una lista ó catálogo...

—¿Una lista?—repitió Ramiro con sorpresa.

—Si tal; una lista... de las veintisiete cosas que no le importan á usted.

—¡De las que me importan, querrá usted decir!

—De las que no le importan, repito. Porque ha de saber usted que todas las desazones, berrinches, tribulaciones y pérdidas que en este mundo padecen los mortales, no las padecen por lo que les importa, sino por lo que debiera, en rigor, tenerles sin cuidado; y así, desde el momento en que usted se imponga y entere de lo que no le importa un comino, meditará usted despacio en que no debe arriesgar ni el valor de ese comino por ello, y después de asimilarse verdad tan patente, si procede usted en consecuencia, libre quedará de cuantos sinsabores hasta el día le han agobiado. Voy á escribir la lista: entretanto diviértase usted en recorrer esos libros, que tienen grabados muy hermosos.

Obedeció Ramiro, algo mortificado en su amor propio, y á la media hora recibía de mano del filósofo una tira de vitela que encerraba veintisiete renglones manuscritos, separados por barras de tinta roja. Al recogerse á su casa, no tuvo Ramiro cosa de más prisa que aprenderse de memoria el catálogo de las veintisiete cosas que no le importaban... y, bien empapado en aquellos preceptos negativos, se dedicó á seguir su vida habitual.

En la primer reunión á que asistió, la casualidad le hizo sorprender, en un espejo, furtivas señales de inteligencia entre la única hermana de su mejor amigo, niña candorosa, y un tronera de peor intención que un toro; su impulso

fué avisar al hermano, pero inmediatamente recordó la tira de pergamino: una de las veintisiete cosas que no le importaban, era «la conducta de la mujer ajena». Callóse, pues, como un muerto, y á los quince días el tronera robó á la muchacha. — Al salir del sarao, un mozalbete provinciano, que había sido recomendado á Ramiro por su familia, se despidió de él delante de un garito: Ramiro comprendió que iba á jugar, á buscar, probablemente, la desesperación y la deshonra; pero su Código fundamental decía que una de las veintisiete cosas eran «los vicios de los demás»; y no experimentó remordimiento alguno cuando poco tiempo después supo que el mozalbete se había pegado un tiro.

A cada momento resaltaba la eficacia de las enseñanzas del sabio: apenas se ofrecía circunstancia que no la demostrase. En el catálogo de las veintisiete se incluían todas las ocasiones que de malgastar oro, voluntad y salud, se ofrecen á un hombre en la vida social. Al practicar la doctrina del filósofo, aquel retraimiento discreto y prudentísimo, aquella abstención admirable, Ramiro conocía que su calma, su seguridad, su hacienda, su misma reputación y buen concepto crecían de continuo. Cuanto menos hacía, cuanto menos se exponía, más le respetaba y consideraba la gente, y aumentaba su crédito y ganaba simpatías. Al principio, Ramiro no cesaba de bendecir al filósofo. Su estado moral se traducía en una sensación física muy rara. Parecíale que alrededor de su cuerpo

iban elevándose unos muros, invisibles para todos, visibles sólo para él. Estos muros, al principio leves y mal cimentados, poco á poco se convertían en grueso reducto aspillerado, sólido é inexpugnable. Detrás de aquella fortaleza, ¡que le atacasen! ¡Vengan enemigos! Y por si no bastaban los muros, sintió Ramiro que sobre su torso también nacía y se condensaba una coraza de acero, templada, recia, á prueba de bala y puñal. ¡Qué tranquilidad tan grande y provechosa, sentirse resguardado por el impenetrable metálico forro!

Sin embargo, corriendo días, Ramiro notó como un vapor de angustia, ligero al pronto, más caracterizado después. Era opresión al corazón y á los pulmones; era falta de aire, vago malestar, unido á cierta especie de modorra. Juraría él que la dichosa coraza iba estrechándose, y por todos lados le oprimía. Tanto llegó á fatigarle este mal, que al fin, triste y mohino, fué á llamar otra vez á la puerta del sabio, á quien encontró en la misma severa biblioteca, alumbrado por las pupilas glaucas y fascinadoras del buho.

—¿Viene usted á darme las gracias? —preguntó apaciblemente.

—Sí y no...—fué la respuesta de Ramiro.—No cabe duda que le debo á usted gratitud. Me ha evitado usted desazones, gastos y ridiculeces sin cuento. Me ha granjeado usted la estimación general: desde que no me empeño en hacerles ningún bien, los hombres me aprecian y consideran doblemente. Mi situación es

cien veces mejor que cuando vine aquí á recibir de manos de usted el Alcorán de la sabiduría. Pero el caso es que me falta algo... no sé qué; y, además, la coraza con que usted me ha revestido, me ahoga. Antes, cuando *me importaba lo que no me importaba*... creo... sospecho á veces... perdóneme usted si digo una tontería... pero se me figura que, por momentos, era yo más feliz y más bueno... ¡De esto sí que estoy seguro! ¡Yo era más bueno!

Calló el sabio, y entretanto sus pupilas de sombra, vastas y profundas en su cara descolorida por el reflejo verde, se fijaron en el afligido discípulo. Al fin, en voz grave, esa voz que se timbra con broncíneo son al pronunciar solemnes palabras, dijo:

—Usted vino aquí á pedirme el tuétano de la sabiduría humana. Yo se lo dí en lo que usted llama *Alcorán*. Si eso no le basta, si nota asfixia del alma, vacío de abismo..., entonces no le soy á usted necesario; mi *Alcorán* sobra. Coja usted el Evangelio.

XVIII

Vocación.

Román subía la escalera de casa de su novia con la alegre presteza habitual. Sus ágiles piernas de veintiséis años salvaban dos á dos los

escalones,—cuando gritos salvajes de dolor, seguidos de otros agudísimos, que traducían infinito espanto, le hicieron dispararse en galope loco al descanso del inmediato piso. El cuadro que se le apareció le dejó petrificado un segundo. En el suelo, su Irene se retorcía, se revolcaba, envuelta en llamas: ardía su ligera ropa, ardían sus cabellos rubios. Alrededor de la víctima, un grupo: madre, hermana, criado—hipnotizados, inmóviles á fuerza de horror,—dejándola morir en aquel suplicio. Instantáneamente Román comprendió: instantáneamente se arrojó sobre la joven, revolcándose á su vez con voluntaria brutalidad, extinguiendo por medio del peso de su cuerpo las vivas llamas. Sus manos—para quienes eran sagradas aquellas vírgenes formas,—las palpaban ahora sin consideraciones de falso pudor, apagando el incendio como podían, á puñados, arrancando á jirones telas y puntillas inflamadas aún. La madre y la hermana, á ejemplo de Román, desgarraban traje y enaguas, desnudaban á la mártir su túnica de Neso. Al fin, consiguieron recogerla desvanecida—pero respirando aún,—y transportarla á su alcoba, depositándola sobre la cama, mientras el sirviente corría á la Casa de Socorro á buscar un médico.

La hermana, sollozando, explicó lo sucedido. Nada, un descuido; la maquinilla de alcohol donde calentaban las hierros de ondular, volcada; el líquido ardiente prendiendo en la flotante manga de la bata de muselina; el sufrimiento y el terror, que inspiran lo contrario de lo

que aconseja la prudencia, y lanzan á una carrera insensata hacia la puerta y hacia el aire libre; el aturdimiento de los espectadores, que no les da tiempo de hacer lo único indicado en casos tales, lo practicado por Román;—y, al terminar el entrecortado relato, un abrazo confundía al novio y á la hermana, cuyas lágrimas mojaron las mejillas de Román, sus tiznados y chamuscados ojos.

Llegó el médico. Nadie se había atrevido á tocar á Irene, que vuelta del desvanecimiento, se quejaba de un modo estremecedor.

Román ayudó; hizo de practicante, manejando las tijeras él mismo. Entre los circunstantes, ninguno se preocupó del extraño caso, de aquel novio ante quien despojaban de sus últimos velos á la casta novia. La fraternidad y la indiferencia nacían del padecer. El cuerpo de Irene se mostraba como en la mesa del anfiteatro; mas la hermosa estatua juvenil era una pura llaga.

Mientras iban á la botica por calmantes, por medicinas, por algodón hidrófilo, por vendas, Román arrastraba al doctor á la antesala y le preguntaba ansiosamente:

—¿Vivirá?

—Esperemos que sí. ¿Es usted su pariente?

—Soy su futuro esposo—contestó con sencillez Román.—Me contento con que no muera. ¿Sufrirá mucho?

—Torturas atroces, y que no podemos evitar. Avisen ustedes á su médico de confianza. Acaso sobrevenga fiebre y delirio. ¡La han dejado arder! Si usted no acierta á arrojarse so-

bre ella, apagando mecánicamente el fuego, ahora está carbonizada. Su intervención de usted la ha salvado.

Verificáronse punto por punto los vaticinios del doctor. Irene osciló entre la vida y la muerte bastante tiempo. Los que rodeaban su lecho, empezando por Román, sólo se preocupaban de la mejoría. Ni cruzaban por la mente del novio otros pensamientos. Siempre pendiente de la opinión del médico, el tumulto del amor, su apretada florescencia de rosas, no existía desde la hora en que apagó con su cuerpo las llamas. A decir verdad, ni pensaba en cambio alguno de su manera de sentir, y mucho le sorprendió que la misma enferma, una tarde, á la hora en que él solía visitarla y leer en alta voz, para distraerla, los periódicos, le dijese:

—Román, ¿no sabes que he quedado feísima?

El novio fijó los ojos en el semblante de la novia, cruzado aún por vendajes, y contestó sinceramente:

—¡Qué disparate! En cuanto te quiten esas tiras de gasa y esos algodones, estará mi nena igual que estaba: ¡muy guapa, reguapísima!

Ella insistió con firmeza:

—Estoy desfigurada: la cara, llena de costurones; el pecho con cada cicatriz... Por todo mi cuerpo señales... Román, no podemos casarnos. ¡Lo nuestro... se acabó!

Impaciente y enojado, protestó él.

—¡Qué manía te entra, Renita! Vamos, vamos, no te me pongas tonta; no quiero que seas

así. ¡Chiquilla rara! Soy tu novio; soy tu enamorado; soy tu futuro, y nos echan las bendiciones apenas te sueltes por ahí sana y buena. ¡No faltaba otra cosa!

La voz que salía de detrás de los vendajes se deshizo, se quebró en llanto.

—Muchas gracias, Román. Ya sabía yo que... que me contestarías *eso*. Es natural en tí.

—¿Que si es natural casarnos? ¡Me gusta! No parece sino que se trata de algún fenómeno. Ea, niña, la mano.

Ella la alargó, enflaquecida y todavía áspera por la sequedad de la calentura. Román la besó piadosamente, como hubiese besado, á ser devoto, una reliquia.

—Escucha, Román... – pronunció hondamente la enferma.—Tú te portas siempre bien; demasiado me consta. Valdría más que te portaras peor. En vez de arrojarte sobre mí á apagar el fuego, debiste detenerte un minuto, lo bastante para que acabase de abrasarme. Así me salvarías de una suerte bien amarga... sin hablar de los padecimientos, que no han sido pocos.

—¡Ea, ea, basta, niña!—exclamó Román. – No aguanto que continúes por tal camino. ¿De dónde sacas semejante suerte amarga, vamos á ver? Conmigo tu suerte será dulce; te querré mucho... ¿Es que pensabas hacer conquistas? A mí has de parecerme la mujer más bonita del mundo.

—¡A ti, no!—declaró con energía Irene.

—¿Tú que sabes?

—Lo sé. Y te lo probaré... hasta la evidencia. ¡Ah! Si te pareciese á tí bonita, ¿qué me importaban los demás? Pero tú ni eres ciego ni eres de palo. Me detestarías; te avergonzarías de mí.

El novio se alzó en pie, entre desazonado y compadecido.

—¡A callar!—ordenó. Mi niña está hoy nerviosa, y no quiero que se me ponga peor con estas conversaciones sin substancia. ¡A callar, á obedecer!

—¿Me aseguras que sientes por mí lo que sentías antes... de la desgracia? — interrogó Irene.

—¿Pues quién lo duda? ¡Exactamente, boba!

—¿Me lo jurarías?

—Lo juro,—contestó él sin titubear.

Hubo un instante de grave silencio entre la mujer que recibía tal prueba de ternura y el hombre que acababa de comprometer su porvenir. Román tenía asida la mano de la enferma, y la estrechaba contra los labios. Y lo primero que se oyó fué la voz de la madre de Irene, que entró y vió la escena, y la aprobó sonriendo.

—No, no te muevas, Román... Estás bien ahí, hijo mío... He venido no más que á ver si ocurría algo. Quedaos en paz. Antes, ya te acordarás, no me gustaba dejaros solos, ¿eh? pero ahora... ¡bah! si eres como un hermano de la pobre... Hazla compañía; entretenla. Tengo que atender á mi agente de bolsa, que me aguarda en la sala.

Apenas la madre hubo salido, Irene se alzó

sobre un codo y dijo á Román, que estaba cabizbajo:

—Ahí tienes la prueba que te ofrecí. ¡Mi madre nos deja solos!

Y atajando nuevas protestas de Román, añadió:

—No te esfuerces. Yo estoy resuelta: así que pueda levantarme y andar, irremisiblemente entraré en el Noviciado de los Paúles.

XIX

La Bronceada

Fué á la salida de misa cuando la ví. Mal podría ser en otra parte; sólo ponía los pies en la calle para eso, y madrugando. El tupido velo de su manto de luto, casualmente no la tapaba el rostro; el traje de negro merino moldeaba estrechamente sus majestuosas formas, haciendo resaltar lo aventajado de la estatura; al detenerse á humedecer los dedos en la pila del agua bendita y trazar con lentitud sobre su frente el signo crucífero, pude cerciorarme de que no me habían contado una conseja vana. La tez presentaba el tono enverdecido y hasta la patina lustrosa del bronce. Los ojos eran amarillentos. Los labios, una línea más oscura. Tenía en mi presencia una fundición viva, envuelta en ropajes de tristeza.

¡Qué efecto me causó! Sentí frío; una especie de terror cuajó mi sangre. La había conocido antaño, en el esplendor de su morena y pálida beldad, vestida de gasa junquillo, en un «asalto» de esos que se convierten en animadísimos bailes. Reconocerla después de aquel cambio tan extraño... imposible. A duras penas discernía los lineamientos de las facciones. Sólo el aire, el andar de diosa, recordaba á la belleza admirada bajo las luces y entre las bocanadas de música que venían del jardín, en el giro de un vals, que arremolinaba los volantes finos de su traje como nube dorada alrededor de un sol de alegría...

La misma tarde del día en que ví la figura de bronce en el templo, busqué á Mario Pareja, gaceta de la población, y exigí el relato entero, sin quitar una tilde. Al pronto se hizo de rogar, y en vez de satisfacer mi curiosidad quiso conformarme con especiosas reflexiones. Los pueblos son muy noveleros; la gente patrocina siempre las versiones románticas y nadie admite la explicación vulgar y sencilla, verosímil, de las cosas. Bien debía yo saberlo: el fenómeno que tanto me extrañaba era una enfermedad conocida, la de Adison, semejante á la ictericia, pero más grave: algo relacionado con el hígado; una alteración del pigmento y de los tejidos que comunica á la tez el aspecto del bronce. Caso raro, sin duda... pero... ¡pch! ¡La patología es tan rica y variada!

Después de torearme lo menos diez minutos, de improviso sonrió confidencialmente, hizo un gesto que parecía significar «vamos allá...», y

cerrando la ventana—como si por ella fuese á escaparse el secreto—y la puerta—no se enterase la criada,—paseándose de arriba abajo y deteniéndose en los momentos culminantes de la relación para accionar y dar fuerza á los períodos, me contó lo que sigue:

. . . . . .

La boda estaba tan próxima, que ya solo se esperaba la llegada de los trajes encargados por el novio para convidar á las amigas á la exposición de los regalos. Se suspendió y aplazó cuando á él le tocó en sorteo ir á Filipinas.

Hay que ser justos: á Iñigo Cervera—el novio se llamaba así—no se le ocurrió esquivar el cumplimiento de su deber. Embarcó en el plazo más breve, dejando cuanto aquí le atraía. Estaba perdidamente enamorado—ya recordará usted si era hermosa esa Borja Eguía que hoy parece un porta-lámpara.—Hay amoríos que, sin encontrar dificultades, corriendo por el cauce apacible de la conformidad de las familias al remanso del hogar—toman sin embargo un tinte poético que impresiona, debido á su vehemencia. Treinta ó cuarenta señoritas conocidas se casan en este pueblo cada año, sin que nadie se preocupe de su idilio soso. El de Iñigo Cervera y Borja Eguía nos dió dentera á los solterones, y la disimulamos con guasas. La felicidad casi estática de la pasión que se afirma libremente, orgullosa de sí misma; la juventud y la gallardía realzando y explicando la pasión —ahí tiene usted lo que leíamos con envidia en los ojos de ella y de él, siempre que ansiosos de

beberse la mirada fundían su luz, olvidando—estuviesen donde estuviesen, en el teatro, en la calle, en visita—la presencia de los indiferentes, el transcurso del tiempo y quizás el código de las conveniencias sociales...

Claro es que la llamada á la guerra cayó como una bomba; la despedida fué desgarradora y la ausencia un suplicio. Borja, adoptando ya que no las tocas, al menos las costumbres de la viudez, se encerró en su casa; de allí no la arrancaban ni con gruas. Su madre—compartiendo el disgusto de la hija—hubiese deseado imitarla en el retiro; pero no era posible, porque no había de arrinconar á la otra, á Manolita, que tenía quince años y ya piñoneaba. ¿A esa llegó usted á conocerla? Era muy diferente de su hermana: blanca, rubia, sonrosada, vivarachuela, alegre como unas sonajas y sin inclinación á tomar por lo trágico ningún suceso. Sin embargo, hubo un momento en que Manolita, rabiando ó cantando, se vió forzada á avenirse á la reclusión. Su madre no encontraba decoroso que, sabiéndose por los periódicos y oficialmente el cautiverio de Iñigo, prisionero de los insurrectos, anduviesen de fiesta en fiesta mientras Borja se entregaba á su aflicción silenciosa.

Hiciéronse gestiones activísimas para saber noticias; se apuraron todos los recursos; mediaron influencias y recomendaciones; gestionóse en Madrid el rescate por conducto del ministerio de la Guerra; pero un sino fatal lo inutilizó todo: no aparecía ni leve rastro del cautivo. ¡Como si

se lo hubiese tragado la tierra! porque el mar devuelve al menos el cadaver. Borja, aunque galvanizada por tenaz esperanza, comenzó á desfallecer. Se esparció el rumor de que estaba enferma. ¿En que consistía su enfermedad? El médico Rozas, hombre nada comunicativo, sólo respondía á los curiosos: «Del hígado.» Las enfermedades del hígado son varias. y frecuentemente las originan causas morales. No obstante, por reservado que el doctor fuese, traspiró el rumor de que Borja, de la noche á la mañana, se había vuelto de bronce. Aprendimos con asombro la existencia de un mal tan raro; nos compadecimos un poco, olvidamos luego... y siguió rodando la bola del mundo.

Nos refrescó la memoria meses después un acontecimiento: la reaparición de Iñigo Cervera, los anuncios de su vuelta sano y salvo. Había pasado larga temporada prisionero é internado en un país sin comunicaciones, sin posibilidad ni de intentar la evasión, pero en desquite muy bien tratado, y hasta con cariño, según la maledicencia, por damiselas color de tabaco á quienes debía la libertad... Y no faltó el gracioso de tanda con el inevitable chiste fúnebre: «Así no extrañará la tez de su novia.»

Y «aquí»—recalcó el narrador después de una pausa—empieza la parte oscura—no es «calembour» de este sucedido; «aquí» es donde sólo por conjeturas podemos guiarnos... eligiendo, de las dos versiones que le ha dado el público, la que nos parezca más racional; más conforme con esa realidad modesta que general-

mente huye de los golpes de efecto y desenreda la vida suave y prosaicamente.

La creencia menos general, pero más sensata y adaptable á la psicología femenina, es que Borja, después de sentir una alegría inmensa sabiendo que á Iñigo ni le habían martirizado ni matado—experimentó la reacción de una pena inconsolable, y hasta quiso, en el primer momento, no dejarse ver de él. Forzó esta consigna Iñigo, y desde luego afirmó, dentro y fuera de la casa de su novia, que venía á casarse loco de amor y de júbilo, más feliz que nunca al cerciorarse de cómo aquella incomparable mujer había conservado su memoria. Se traslució también una consulta secreta á Rozas, para indagar si era posible la curación; y aunque el dictamen del médico se ocultó, un compañero suyo, el doctor Moragas, dijo sacudiendo la cabeza, con la autoridad de la experiencia científica: «Incurable.»

Se tenía no obstante por cierto que se acercaba el día de la boda, porque Iñigo no salía de casa de su futura. Suponga usted el asombro de la gente, cuando empieza á susurrarse que con quien se casa el oficial es ni más ni menos que con la propia Manolita, la hermana, la chiquilla rubia y fresca, de sonrosada tez.

Y no fué invención: ¡verdad como un templo!... Una mañana, previa dispensa de amonestaciones, sin concurrencia, sin más que dos testigos, bendijo la unión el párroco; un coche esperaba á la puerta de la sacristía de San Efrén; Iñigo, ya destinado á Alicante, cogió el

tren mixto con su esposa, y se sabe de ellos que andan por allá satisfechísimos y que pronto tendrán un nene... Estos son los hechos; pero los hechos ¿qué importan? Lo único que vale son los móviles de los hechos...

Vamos ¿cree usted, le cabe en la cabeza que tal enlace fuese imposición expresa de la misma Borja Eguía? ¿No tiene aire de novela eso de que Borja—y ¿á quién se lo fué ella á confiar? ¿cómo se sabe?—dijese á su hermana: «Iñigo viene por mí, según afirma, pero sus ojos, que antes no se apartaban de mi cara, ahora no se apartan de la tuya. No creas que lo extraño: tengo espejo. Es tan natural mirar á una rosa, como desviar la vista de un cardo. Iñigo se casaría conmigo ahora mismo si yo lo exigiese... No quiero su mano, ni su nombre, ni su vida, sin sus ojos... No llores, criatura... un abrazo para que se lo trasmitas á mi hermano Iñigo...»

¡Bah! concluyó Mauro sentándose y cruzando una pierna sobre otra. La gente se pirra por lo sentimental... Sabe Dios lo que habrá sucedido en casa de Borja, y si las hermanas se arrancarían el moño. Ello es que desde entonces Borja no sale de la iglesia.

XX

El gusanillo

Antesala que precede á la capilla ardiente. Por la puerta entreabierta se divisa, allá en el fondo, la gran cama imperial, y á la luz amarillenta de los blandones fúnebres, entre el hacinamiento de las coronas y ramas de lila profusamente desparramadas, destellan las condecoraciones que honran el pecho del difunto. Los amigos y parientes, que han de formar el duelo, esperan conferenciando á media voz.

AMIGO PRIMERO *(persona conspicua y machucha).*—¡Quién lo dijera! ¡Si parecía tan fuerte, tan sanito!... ¡Más que todos nosotros! No ha guardado un día de cama.

AMIGO SEGUNDO *(semijoven, gomoso, atildado).*—Conmigo paseó á caballo el jueves, y hoy es lunes... Si soy yo quien maneja este cotarro, no permito que le entierren todavía. Está tan natural... Parece vivo.

AMIGO PRIMERO.—¿Vivo? ¡Pues si le han hecho la autopsia!

AMIGO SEGUNDO.—¡La autopsia! ¿Y á santo de qué?

MÉDICO.—Por eso justamente... Por ignorarse de qué enfermedad ha sucumbido. Como que no padecía ninguna, no se le conocían achaques,

y se hallaba en lo mejor de la edad. Crea usted que antes de proceder á dar el primer corte de escalpelo, buen cuidado tuvimos de cerciorarnos de si la muerte era real y no se trataba de una catalepsia ó cosa por el estilo. ¡Muerto estaba... y bien muerto!

AMIGO PRIMERO.—Y al fin, ¿se ha averiguado de qué?...

MÉDICO (*llevándoseles á un rincon, lo más lejos posible de la puerta de la capilla ardiente*). —¡Ah! una cosa muy curiosa. Verán ustedes... (*Cuchichean.*)

EL MARQUÉS DE LA GALIANA (*tío del difunto; señor vanidoso, quisquilloso, presumido, locuaz*).—Padre, ¿y Matildita? ¿Ha repetido la convulsión?

EL CAPELLÁN (*anciano, pálido, afectadísimo, temblón de cabeza y manos*).—No, señor; se ha tranquilizado un poco... Esperamos por lo menos que se resigne... con el tiempo, naturalmente...

EL MARQUÉS.—Es tan angelical... ¡Le quería tanto á este pobre sobrino mío! Es decir... le llamo pobre á Alberto, no sé por qué; en realidad, no he conocido hombre de más suerte... ¡Una suerte loca de remate; y todos los dones de la fortuna! Salud, buen humor, figura simpática, linaje, riquezas y el don de engatusar á cuantos... y á cuantas le conocían. Ya ve usted lo que pasó con Matilde... ¡Bien sabe á lo que aludo! Matilde... que ha sido y es todavía una belleza, y que además heredaba muchos millones, tenía tratada la boda con el hermano mayor de

Alberto, Lucianito... Y se cree, ¡jé! ¡jé!, que ya entonces prefería Matilde á Alberto, que gustaba más del menor... y que á él, por su parte, le hacía Matilde tilín... ¡pero vaya usted á asegurar estas cosas!... La malicia, padre capellán... ¡la pícara malicia!....

EL CAPELLÁN *(con abatimiento profundo)*.—La malicia inseparable de la mísera humanidad.

EL MARQUÉS.—La malicia... sí, corriente... Sólo que algunas veces... la malicia tiene su fundamento, vamos... No; en este caso yo no aseguro que lo tuviese... Alberto era un chico excelente... ¡convenido! Siempre lo dije; bueno á carta cabal. Algo descuidado en visitar... eso sí.. Hasta desatento. En un año, le veíamos media vez... En fin, defectillos insignificantes. Como lo pasaba tan bien y se encontraba tan halagado, se olvidaba de cumplir con las personas de respeto. Lo que sucede, padre: cuando todo nos sonríe... Y á Alberto le sonreía todo... Hasta los mismos disgustos tremendos, las desgracias de la familia, ayudaron á encumbrarle... La muerte de su hermano... aquella muerte tan impensada...tan trágica... ¿no se acuerda usted?...

EL CAPELLÁN (*turbado y deseoso de cortar la conversación*).—Señor marqués... se me figura que ya se organiza el duelo...

EL MARQUÉS.—¡Quiá, quiá! Si todavía no es la hora... Hay que cerrar la caja... Aún no ha llegado la mitad de los coches.—¡Qué sorpresa! ¿verdad?, al ocurrir la catástrofe de Lucianito... Esos accidentes en las cacerías siempre aterran; sí, señor, aterran punto menos que un crimen...

EL CAPELLÁN *(aturdido, desencajado)*.—¡Van á entrar en la capilla! Hago falta allí, señor marqués... Con su permiso... Hasta luego...

EL MARQUÉS *(aparte, pensativo, frotándose las manos)*.—¡Jé... jé...! ¿Qué mosca le ha picado al confesor de mi sobrinito? ¿Por qué huye así, lívido de terror? Si cuando me escamo yo... ¡vaya, vaya! ¡Aquella muerte de Luciano fué particular! Despeñarse á un precipicio engañado por la niebla... Eso no le sucede á quien conoce el país y lo ha recorrido desde muchacho. Y su hermano Alberto, que aparece diciendo que también la niebla le hizo perder el camino, y por eso se separó de los demás cazadores... Hum... hum... Con la tragedia de Luciano se hizo personaje Alberto. Lo sentiría mucho, lo sentiría lo que ustedes gusten; pero le vino como un guante: único heredero de los bienes, de la grandeza, de los títulos, y á los dos años esposo de Matildita...

En fin, lo que uno cree, lo cree... *(Pausa.)* Matildita es una preciosidad. ¿Se consolará? Jé, jé... Ahora no la conviene rodearse de jóvenes casquivanos: queda al frente de una inmensa fortuna, y necesita un sujeto experimentado y formal que sepa guiarla y aconsejarla con prudencia... ¡Encantadora Matildita! Vamos á verla, por si conseguimos que no note que sacan el cadáver... Luego me uniré al duelo... *(Desaparece por una puerta interior.)*

AMIGO SEGUNDO *(en el grupo del rincón)*.—¿Y dice usted que nada... nada absolutamente? ¿Ninguna lesión orgánica?

MÉDICO.—Ni tanto así... Y mire usted que pocas veces se da este caso... Diariamente estamos haciendo autopsias, y en individuos mayores de cuarenta años siempre encontramos, cuando menos, grietecillas, por donde empieza á cuartearse el edificio. El que no tiene una predisposición tiene otra; la vida nos gasta á todos; el oleaje siempre se lleva partículas de la roca, hasta que la destruye; sólo que para acabar con la roca se necesitan siglos, y para acabarnos á nosotros... ¡pss!

AMIGO PRIMERO —¿Pero han hecho ustedes una autopsia... en regla, formal?

MÉDICO. — ¡Formalísima... minuciosa! Nos picaba la curiosidad y nos entregamos por gusto á una apasionada exploración. No quedó sitio que no registrásemos: riñones, bazo, pulmones, estómago, hígado, cerebro, fueron visitados escrupulosamente. ¡Qué limpios, qué intactos los encontramos! ¡Daba gloria! Inverosímil, créalo usted, atendida la edad no provecta, pero sí madura, de ese señor.

AMIGO PRIMERO (*insistiendo*). — De modo que el hígado, el estómago, etc..., ¿á las mil maravillas? ¿Y el corazón? ¿No dice usted si el corazón?...

MÉDICO.—¡Ah! El corazón... En reserva... Yo también creí, dado lo súbito del fallecimiento, que se trataba de un aneurisma... Grande fué mi sorpresa al notar que tampoco el corazón presentaba lesión alguna. Sin embargo, al llegar al centro mismo del órgano, vimos... En confianza... No lo repitan ustedes... Porque no nos

lo explicamos; ningún compañero mío se lo explica...

AMIGO PRIMERO.—¿Qué, qué había?

MÉDICO.—Algo muy extraño... Un gusanillo pequeñísimo, escondido, cobijado, encerrado y domiciliado allí, que se dedicaba á roer su madriguera...

XXI

Diálogo

ROSALBA.—¿Cómo te gustaría á tí que fuese? ¿Rubio, pelicastaño, ala de cuervo sombrío?

AURINA.—Ninguno de esos pelos.

ROSALBA.—¿Rojo? Es de traidores...

AURINA.—Hay traidores de todos los pelajes.

ROSALBA.—Entonces, ni rojo, ni rubio, ni... ¿Entonces?

AURINA.—¿Entonces? Gris, y si puede ser blanco, ¡mejor!

ROSALBA.—¡Gris! ¡Blanco! ¿Para enviudar pronto?

AURINA.—Justamente. Ese rasgo de penetración me prueba que vas despabilándote un poco. Porque ¡cuidado que eres simplaina tú!

ROSALBA.—Muchísimo. Ya hago lo posible por adquirir malicia; pero genio y figura...

AURINA.—Pues, chúpate el dedo y verás el camino que llevas. Mira, las de tu calaña me

exasperan á mí. ¿Qué te propones en el mundo?

ROSALBA.—¿Y tú?

AURINA.—¡Me gusta! ¿Qué he de proponerme? Al nacer, nos meten en la mano el limoncillo de la vida. Estrujarlo, hija, á ver qué sabor tiene el zumo.

ROSALBA.—Agrio. No: amargo. ¡Amargo!

AURINA.—Porque no sabes echarle azucarillo.

ROSALBA.—Echale cuanto azúcar quieras, un tinajón de melaza; entre el empalago ha de sobresalir, siempre y por ultimo, la amargura.

. . . . . .

Aurina no contesta; se levanta y se mira al espejo; sonríe á su imagen, se atusa el pelo que lleva peinado en tejadillo saliente y bufante, estilo modernista, y se arregla los «chorritos» de gasa que adornan el delantero de su blusa azul, toda incrustada de medias lunas de encaje amarillento.

ROSALBA.—(benévola).—¿Qué haces, loquinaria?

AURINA.—Paso revista á la infantería, á la artillería y á la caballería.

ROSALBA.—¿Aquí? Aquí no hay batallas; ¿dónde está el enemigo?

AURINA.—Dice el Catecismo que los enemigos nos persiguen en todas partes. No veo por qué dejarían de perseguirme en esta casa.

ROSALBA.—Aquí no hay más que una amiga que te quiere de veras. Aunque pensemos de distinto modo, yo no vivo sin tí. Haces el sacrificio de venir á verme todos los días; te pa-

sas conmigo, que no soy nada divertida ni nada alegre, tardes enteras y muchas noches; y ¡vamos! sé estimar y agradecer.

AURINA.—¡Eh, eh, eh! ¡Incorregible! No estimes, no agradezcas, no tengas ley á nadie, no te fíes de tu sombra! Parece que conocemos á la gente... y ni de vista. ¡Ni de vista! Te lo aviso. De mí témelo todo: soy mujer, ¡y si vieras qué perros somos las mujeres y los hombres!

ROSALBA.—Haces alarde de mala y eres excelente.

AURINA.—No me injuries. ¡Buena! Llámame ya, para lo que te falta, fea y tonta. ¿Sabes lo único que no me gusta ser? Disimulada ni falsa; y así, te prevengo que te guardes de mí más que de los otros, porque si me quieres más estoy en condiciones de hacerte más daño.

ROSALBA.—Necesito creerte buena, creer bueno á alguien. ¡Dios mío! ¡Qué triste es dudar, Aurina! ¡Qué triste es sentirse sólo, pensar que nadie nos quiere! (Rosalba se acerca á su amiga y la pasa el brazo por el cuello.) Ya sabes que no llegué á conocer á mamá... Soy hija única... ¡Si tuviese una hermana, una hermanita menor, con quien comentar de noche los sucesos del día!

AURINA.—¿Y tu ínclito papá? ¿No te acompaña y te entretiene bastante? Es muy entretenido el buen señor.

ROSALBA.—¡Mi padre! (Pensativa.)

AURINA.—¿Qué tienes que decir de él? Tan peripuesto, tan amigo de divertirse...

ROSALBA.—Acaso por eso... no nos enten-

demos enteramente... en ciertas cuestiones...

AURINA (besándola).—Y conmigo ¿te entiendes?

ROSALBA (estremecida).—¡Qué helada tienes la boca, criatural

AURINA (riendo).—¡Es que mis dientes de nieve la enfrían! Bonito, ¿eh? Lo que digo es que me alegro, me alegro de que conmigo te entiendas. Pienso que estemos mucho tiempo juntas: digo, á no ser que te me cases.

ROSALBA.—O que te me cases tú, que será más probable: á tí te sobra gancho, y á mí no me dió Dios ni asomo de él.

AURINA.—Y si me caso, ¿qué razon hay para que no sigamos tan amiguitas?

ROSALBA (con sentimiento).—No sé. Todo lo que cambia la vida, cambia los afectos. Si te casas, el amor á tu marido te hará olvidar á la amiga. ¿Pues y los chicos?

AURINA.—¿Chicos? ¡A la Inclusa con ellos! Prefiero los niños cuando ya saben sonarse y abrillantarse las uñas. Una hija como tú, me ilusionaría. Que otras den á luz los chicos: yo me encargo de llevarlos al teatro... ¿No estás conforme? ¡Tontona!

ROSALBA.—No sé qué veo en tí... ¿Qué te pasa? ¿Has arreglado ya tu porvenir? Mucho te brillan los ojos. ¿Estás nerviosa? ¿Hay misterio? Abreme tu corazón.

AURINA.—Están forjando en Eibar la llave. Mi corazón tiene figura de cofrecito. He mandado que sea llave de esas á la inglesa, contraganzúas.

ROSALBA.—Noviazgo seguro. Lo que te preguntaba: ¿el pelo?

AURINA.—Lo que te respondía: blanco; y se me olvidó añadir: teñido.

ROSALBA.—¿En serio?

AURINA.—En fúnebre.

ROSALBA.—Reflexiona, Aura. Es por toda la vida.

AURINA.—Claro. Por toda... la de él.

.....

Rosalba enmudece: silencio triste y reprobador. Vuelve los ojos por no mirar á su amiga, y aparenta distraerse con el ruido que se oye en la antesala. Pasos algo pesados, craqueo recio de botas nuevas, anuncian que se acerca un hombre. La puerta se abre, y en el hueco aparece el papá de Rosalba, setentón atildado y retocado: su levita, gris hierro, última moda, acentúa la proeminencia de su vientre. En el ojal luce un clavel blanco, rodeado de ramillas de cilantro. Calza guantes de Suecia, y al moverse despide emanaciones de *ideal* (el perfume más caro de la casa Houbigant). Viene preocupado, y no saluda á Aurina.

.....

ROSALBA (mirándole como si le viese por primera vez).—Milagro, papá, que vengas á estas habitaciones.

AURINA (muy tranquila, dulcemente).—¡Milagro que un padre cariñoso entre á preguntar cómo lo pasa su niña!

ROSALBA.—Nunca acostumbra, y menos á estas horas...

AURINA. — Las buenas costumbres, si no existen hay que inventarlas. Tu papá vendrá, desde hoy, todas las tardes á enterarse de cómo lo pasas, y á prodigarnos su amable conversación...

ROSALBA (atónita).—Y tú, por qué dispones...?

AURINA (apacible).—Porque... porque. ¿Pero, no se atreve usted á entrar, se queda usted ahí? Pase usted: deseando estábamos su llegada.

ROSALBA (con súbita indignación, al oído de Aurina) —¿Esas tenemos? Voy á decirle...

AURINA (al oído de Rosalba).—Perderás el tiempo. No atenderá á nada que vaya contra su pasión. Puedes repetirle lo que hablábamos de pe á pa; te desmentiré, y me creerá á mí. ¡Cuidado que eres bobalicona!

.....

(Mientras Rosalba, petrificada, sigue mirando de hito en hito á su padre y á Aurina, los dos se acercan y se arrinconan en la ventana, riendo y coqueteando. Rosalba, pasado un instante, agacha la cabeza, atraviesa la habitación, cruza una puertecilla, entra en su dormitorio y se echa de bruces sobre la almohada de la cama, sollozando.)

XXII

El tapiz

El viejo poeta dejó caer la fragante cartita de su desconocida admiradora lejana, indican-

do un gesto de melancolía. «Me pregunta si soy joven aún...» Y no sabiendo qué contestar á aquel fogoso himno, escribió con cansada mano, en estrofas, sin embargo, brillantes, la especie de apólogo que transformo en cuento.

. . . . . .

Fué en una tienda de anticuario parisiense donde encontró Rafael el tapiz persa y dió por él cuanto le pidieron: el resto de sus ahorros. Al pronto, no le preocupó más el tapiz que otros objetos de arte que poseía. Poco á poco, sin embargo, el tapiz se destacaba. Cuantos inteligentes lo veían, ó se deshacían en elogios, ó—actitud más significativa—afectaban frialdad y secura y, previos circunloquios de chalán, preguntaban, como al descuido, si no pensaba Rafael «cambiar el tapicito». Ante la negativa, venían las proposiciones insinuantes. «Vamos, hasta los dos mil me correría...» Una semana después, el de los dos mil llegaba con la cartera bien abultada de billetes. «¿No le tientan á usted los cinco mil? Cójame la palabra, que soy un encaprichado...» Y Rafael rehusaba; pero el tapiz, actuando ya sobre su fantasía, empezaba á ser base de la inconsciente labor con que creamos lo maravilloso.

A fin de averiguar en qué consistía el mérito de su tapiz, pensó que lo viese un eminente orientalista, explorador de Persia y la Bactriana. Y el orientalista, después de minucioso examen, abrazó á Rafael y exclamó extáticamente:

—¡Feliz mortal! Posee usted un objeto precioso. ¡Ya lo creo que se lo pagarían si usted

se propusiese venderlo! Yo creo que aquí no saben su verdadero valor, su rareza inestimable. Unicamente yo, por mis viajes y mis especiales indagaciones, puedo asegurar que tapiz así no se encuentra. Sólo he visto uno, y menos hermoso; lo poseía el rajá de Mirzapur y aseguraba que era sin par.

—¿Y en qué consiste la singularidad...?—interrogó Rafael.

—¡Oh! Fíjese usted bien... Sus dibujos y matices encierran un secreto que ya se consideraba perdido. Se asegura que este colorido extraño, á la vez sombrío y esplendoroso, sólo se obtenía tiñendo las lanas en la caliente sangre de la tejedora. Se cuenta asimismo que estos dibujos son un conjuro de hechicería, escrito en un idioma más viejo que el sánscrito; en un alfabeto desaparecido. Llámeles usted patrañas... Ello es que el tapiz, no aquí, en Asia misma, no tiene precio.

Desde aquel punto y hora, como se declara una enfermedad latente en el organismo, se declaró en Rafael la fascinación del tapiz. Diríase que las misteriosas cláusulas del conjuro habían sido murmuradas á su oído por la voz de una bruja, y que el encanto le envolvía en su invisible red de telaraña. Rafael era romántico impenitente, y ocultaba el romanticismo porque comprendía que es *inactual*. Pero al ocultarlo lo acrecía, como acrece la luz de la lámpara al recatarla con la mano. Soñaba algo divino é imposible. Encontró en el tapiz lo que buscaba á ciegas. Encontró el amor.

El trozo de oriental tejido, flexible, suave, de entonaciones cálidas y vivas como las de la carne morena, se transformó para Rafael en lo que se transforma para el enamorado la ropa que ha cubierto el cuerpo de la amada y que conserva su dulce calor. Más aún: se transformó en *ella misma*. ¿Acaso, según los informes del sabio, no estaban las lanas del tapiz teñidas en la sangre de la tejedora? A aquella maga *única*, á la que había tejido y matizado el portento, era á quien Rafael evocaba con ansia infinita, con vértigos de locura. Y la veía, la veía de bulto, tan pronto como se envolvía en el tapiz sin precio, ó cuando lo extendía para tratar de descifrar con ávida mirada el conjuro inscrito en caracteres de un alfabeto ya eternamente borrado de la memoria de los hombres, y ni aun conservado por la tradición.

Algunas lecturas, un poco de erudición á salto de mata, debida á sus visitas á los talleres de pintores y escultores, habían sembrado en el cerebro de Rafael ideas que ahora se traducían en representaciones plásticas. Figurábase á lo vivo una de aquellas mujeres del Irán, de quienes dijo Alejandro Magno «que hacen daño al corazón». Una doncella de las que se ven en las miniaturas del *Chá Namé:* pálidas como la luna, mostrando en el rostro, exageradamente oval, los sombríos ojos, el doble arco perfecto de las cejas anchas, el rojo de cinabrio de la boca, entre el cual los dientes menudos brillan húmedos, como guijas en el fondo de cristalino remanso... Una doncella de

cuerpo esbeltísimo y talle largo, menudo el seno, prolongados los brazos, con esas líneas fugaces, casi inmateriales, flexuosas, de enloquecedoras curvas de serpiente, adivinadas y restituídas al arte por el modernismo. Y se la figuraba sentada en cojines en una terraza de azulejos de color, donde los rosales florecen en jarrones de porcelana—á un lado un veladorcillo, en que el servidor dejó la bandeja con frutas y bebidas; á otro el laúd de tres cuerdas —sin interrumpir la languidez de su reposo más que para trabajar en el tapiz, para tejer en él, con lanas á que su sangre dió un color que no da ningún otro tinte, los caracteres del conjuro que despierta el amor en las profundidades del sér...

Y aquella mujer no sería como las otras: Joven, hermosa, sí, pero de diferente modo, con rara hermosura, con juventud que brotaba de eternos manantiales, en las entrañas de la creación. Y las palabras que ella dijese serían las nunca oídas, y los estremecimientos de ventura que ella diese tendrían otro sabor, como de ambrosía jamás gustada por humanos labios.

Cuatro ó cinco meses pasó Rafael á solas con su irrealizable ensueño. Y sentía necesidad de confiarlo, de explayarlo, de darle forma. Un día, encontró confidente: era un amigo que regresaba de largo viaje, y á quien no veía desde años atrás.

—Estoy hechizado—dijo Rafael.—Sufro un maleficio. Me siento enamorado perdidamente de la tejedora de este tapiz, que fué una don-

cella, una beldad iraniense, y que me ha embrujado con su labor y con su sangre.

El amigo sonrió, mostrando el desengaño de los que han vivido mucho.

—¿De dónde sacas la belleza y la juventud de la tejedora?—preguntó irónicamente.—Las tejedoras de tapices tan preciosos, son unas viejas secas como bambúes... Y mira... ¡en el tapiz está la prueba!

Sutilmente, entre las yemas de los dedos, manejó el tapiz y extrajo un cabito amarillento, casi invisible,—una cana. Rafael la miró con espantados ojos... El conjuro mágico,—que no tiene otro nombre sino *juventud*—se desvanecía, llevándose consigo las rosas alejandrinas y los tulipanes pérsicos del ensueño.

INDICE

Páginas

El terruño.

I.—El fondo del alma..... 5
II.—El Xeste..... 9
III.—Curado 20
IV.—Consuelos..... 26
V.—Leliña..... 32
VI.—Cuesta abajo..... 39
VII.—Dalinda..... 45
VIII.—La cruz negra..... 52
IX.—Accidente..... 58
X.—Ardid de guerra..... 65
XI.—Inútil..... 72
XII.—Armamento..... 79
XIII.—La Capitana..... 86
XIV.—El montero..... .. 93
XV.—Mansegura..... 99
XVI.—Vampiro.... 106
XVII.—Los de entonces..... 113
XVIII.—Siglo XIII..... 119
XIX.—Los padres del Santo... 125

Profesiones.

I.—Paternidad 133
II.—Restorán..... 139
III.—Irracional..... 146
IV.—Perlista..... 152

Páginas

Interiores.

I.—Bromita..... 160
II.—Eximente..... 165
III.—Las vistas..... 171
IV.—Las caras..... 178
V.—Por dentro..... 184
VI.—La enfermera 189
VII.—La reja..... 195
VIII.—El revólver..... 200
IX.—El gemelo..... 206
X.—De un nido..... 212
XI. El quinto..... 217
XII.—La argolla..... 223
XIII.—El Destino..... 228
XIV.—Tío Terrones..... 234
XV.—Sin respuesta..... 239
XVI.—Un duro falso..... 245
XVII.—Las veintisiete..... 251
XVIII.—Vocación..... 257
XIX.—La bronceada..... 263
XX.—El gusanillo..... 270
XXI.—Diálogo..... 275
XXII.—El tapiz..... 280

OTRAS OBRAS: **Verdad.**—**Cuesta abajo,** (dramas). Seis pesetas.—**El vestido de boda,** monólogo. Una peseta.—Colección completa del **Nuevo teatro crítico.** (Rebajada.) Veinte pesetas.—**La España de ayer y la de hoy,** (conferencia de París). Peseta y media.

OBRAS COMPLETAS DE E. PARDO BAZÁN

TOMO 1.—**La cuestión palpitante.**—Precio, tres pesetas.

TOMO 2.—**La piedra angular** (novela).—Tres pesetas.

TOMO 3.—**Los Pazos de Ulloa** (novela).—Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen al precio de tres pesetas.

TOMO 4.—**La madre naturaleza.** (novela).—Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen al precio de tres pesetas y media.

TOMO 5.—**Cuentos de Marineda.**—Tres pesetas.

TOMO 6.—**Polémicas y estudios literarios.**—Tres ptas.

TOMO 7.—**Insolación** y **Morriña** (dos novelas amorosas).—Tres pesetas y media.

TOMO 8.—**La Tribuna** (novela).—Tres pesetas.

TOMO 9.—**De mi tierra** (segunda edición).—Tres ptas.

TOMO 10.—**Cuentos nuevos.**—Tres pesetas.

TOMO 11.—**Doña Milagros** (novela).—Tres pesetas y media.

TOMO 12.—**Los Poetas épicos cristianos.**—Tres pesetas y media.

TOMO 13.—**Novelas ejemplares.**—Tres pesetas y media.

TOMO 14.—**Memorias de un solterón** (novela).—Tres pesetas y media.

TOMO 15.—**El saludo de las brujas** (novela).—Cuatro pesetas.

TOMO 16.—**Cuentos de amor.**—Cuatro pesetas.

TOMO 17.—**Cuentos sacro-profanos.**—Cuatro pesetas y media.

Tomo 18.—**El Niño de Guzmán** (novela). — Primera parte, dos pesetas y media.

Tomo 19.—**Al pie de la torre Eiffel. Por Francia y por Alemania.**—Edición corregida y completa, en un volumen.—Tres pesetas.

Tomo 20.—**Un destripador de antaño** (historias y cuentos regionales).—Tres pesetas y media.

Tomo 21.—**Cuarenta días en la Exposición.**—Tres pesetas y media.

Tomo 22.—**Una cristiana.** — **La prueba** (novelas). — Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á siete pesetas, en un volumen al precio de cinco ptas.

Tomo 23.—**En tranvía** (Cuentos dramáticos). — Tres pesetas y media.

Tomo 24.—**De siglo á siglo (1896-1901).**—Tres pesetas y media.

Tomo 25.—**Cuentos de Navidad y Reyes.**—**Cuentos de la Patria.**—**Cuentos antiguos.**—Tres pesetas y media.

Tomo 26.—**Por la Europa Católica.**—Tres pesetas y media.

Tomo 27.—**San Francisco de Asís.**—Primera parte.—Tres pesetas.

Tomo 28.—**San Francisco de Asís.**—Segunda y última parte.—Tres pesetas.

Tomo 29.—**La Quimera** (novela).—Siete pesetas.

Tomo 30.—**Un viaje de novios.**—**El Tesoro de Gastón** (novelas).—Seis pesetas.

Tomo 31.—**El fondo del alma** (cuentos).—Tres pesetas y media.

Los pedidos, á la Administración de las Obras de E. Pardo Bazán,

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

Y Á LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS